



**EL LIBRO DE
MIRDAD**

MIKHAIL NAIMY

MIKHAIL NAIMY
EL LIBRO DE MIRDAD
UN FARO Y UN PUERTO

Acerca de Mikhail Naimy

Nacido en el Líbano en 1889, tuvo la extraordinaria oportunidad de ampliar los estudios realizados en su tierra natal en Rusia, Francia, y Estados Unidos.

Ello le impulsó a pensar, hablar y escribir, con una gran amplitud de miras, de los problemas básicos del hombre y su destino, en términos que rebasan los límites de la raza, la religión, el idioma y la geografía. En los medios intelectuales del mundo árabe está considerado, con razón, como el mayor y más atrevido librepensador.

UN LIBRO FUERA DE LO COMÚN

Una de las más antiguas y respetables empresas editoras de Londres, a la que le fue entregado, en primer lugar, el manuscrito de este libro, envió a Mikhai'l Naimy una carta en la que le decía lo siguiente:

«Desde que usted nos envió el manuscrito de "El Libro de Mirdad", hemos recibido detallados comentarios sobre él, procedentes de nuestros consejeros literarios y, aunque naturalmente sus opiniones son de carácter confidencial, podemos revelarle que expresan admiración por su sinceridad y devoción; sin embargo, resaltan... que este libro representa tal modificación del dogma cristiano establecido, que sería necesario fundar una nueva iglesia, en el mundo de habla inglesa, para que existiese la posibilidad de ser vendido en la cantidad suficiente que compensase su publicación.»

«... Le estamos muy agradecidos por habernos brindado la oportunidad, en primer lugar, de leer un libro tan fuera de lo común.»

Citamos ahora parte de la respuesta de M. Naimy:

«Es totalmente cierto que el libro se aparta del dogma cristiano establecido. Y se desvía también de todos los dogmas establecidos, sean religiosos, filosóficos, políticos o de cualquier otra especie. ¿Por qué ha de ser tan sagrado e inmutable un dogma? ¿Podrá encerrarse, alguna vez, la Verdad en unas determinadas palabras y no en otras? ¿Acaso la Verdad tiene un solo camino? La importancia de mi libro reside precisamente en esto: en que revela nuevos caminos para aproximarse a los eternos problemas de la existencia. Si hubiera sido una simple variante o confirmación de una creencia o de un sistema de pensamiento establecido, no me habría molestado en escribirlo...»

«Aunque concebido y redactado en inglés, no está destinado exclusivamente al público de habla inglesa, ni tampoco pretende conmocionar o alarmar a los fieles de otras creencias, sino conmover a la humanidad para hacerla salir de su letargo dogmático, tan cargado de odio, de disputas y de caos.»

LA HISTORIA DEL LIBRO

I

EL ABAD ENCADENADO

En la cumbre más alta de las Montañas Blancas, conocida como el Pico del Altar, yacen las vastas y sombrías ruinas de un Monasterio antaño famoso, conocido con el nombre de «El Arca». La tradición le atribuía una antigüedad tan respetable como la del Diluvio.

Existían varias leyendas respecto al Arca, pero la que más se escuchaba en boca de los montañeses del lugar, entre los que tuve la oportunidad de pasar un verano a la sombra del Pico del Altar, es la siguiente:

Muchos años después del gran Diluvio, Noé, su familia y sus descendientes, llegaron a las Montañas Blancas, donde encontraron valles fértiles, ríos caudalosos y un clima extraordinariamente benigno. Y allí decidieron establecerse.

Cuando Noé sintió que se acercaba el final de sus días, llamó junto a él a su hijo Sem — que, como él, era soñador y tenía una mirada visionaria— y le habló de esta manera:

«Repara, hijo mío, cuan abundante fue la cosecha de años de tu padre. Ahora la última gavilla está dispuesta para la siega. Tú y tus hermanos, y vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos, repoblaréis la Tierra desolada, y vuestra semilla será como la arena del mar, según la promesa que Dios me hizo.

Sin embargo, una inquietud ensombrece estos vacilantes días que me restan. Los hombres, con el tiempo, se olvidarán del Diluvio, y de la lujuria y la maldad que lo provocaron, así como del Arca y de la Fe que la sostuvo triunfante, durante ciento cincuenta días, sobre la furia de los oleajes vengadores. Tampoco recordarán la nueva vida que surgió de esa Fe, de la cual ellos son el fruto.

Para que no lo olviden, yo te pido, hijo mío, que levantes un altar sobre el pico más alto de estas montañas, el cual será llamado, a partir de este momento, «el Pico del Altar». Y te ruego que alrededor de ese altar, construyas una casa, semejante al Arca en todos sus detalles, aunque de menores dimensiones, y que se la denomine «El Arca».

Sobre este altar me propongo hacer mi última ofrenda de acción de gracias. Y el fuego que yo encienda allí, te ruego que lo mantengas constantemente encendido. En cuanto a la casa, harás de ella un santuario, donde vivirá una pequeña comunidad de personas escogidas, cuyo número nunca será mayor ni menor de nueve. Se les conocerá como «los Compañeros del Arca». Cuando uno de ellos fallezca, Dios proveerá inmediatamente de otro que lo sustituya. Estas personas jamás dejarán el santuario, y allí llevarán una vida monástica durante el resto de sus días, practicando toda la austeridad del Arca Madre y manteniendo encendido el fuego de la Fe, rogando al Altísimo que les guíe a ellos y a sus semejantes. Sus necesidades materiales serán provistas por la caridad de los fieles.»

Sem, que había estado pendiente de cada sílaba que pronunciaba su padre, le interrumpió para saber el motivo de aquel determinado número de nueve, ni uno más ni uno menos. Y el anciano patriarca le respondió:

«Porque ése es, hijo mío, el número de los que navegaron en el Arca.»

Pero Sem no podía contar más que ocho: su padre y su madre, él y su esposa, sus dos hermanos y sus respectivas esposas. En consecuencia, estaba desconcertado ante las palabras de su padre. Noé, advirtiendo la perplejidad de su hijo, le explicó:

«Voy a revelarte un gran secreto, hijo mío. La novena persona era un pasajero clandestino que sólo yo vi y conocí. Era mi constante compañero y mi timonel. No me preguntes nada más sobre él, pero no dejes de reservarle un lugar en tu santuario. Sem, hijo mío, ésta es mi voluntad. Cuida de que todo sea llevado a cabo.»

Y Sem hizo todo cuanto su padre le había ordenado.

Cuando Noé fue a reunirse con sus antepasados, sus hijos enterraron su cuerpo bajo el altar del Arca, que continuó siendo durante miles de años, de hecho y en espíritu, el verdadero santuario concebido y ordenado por el venerable vencedor del Diluvio.

Con el transcurso de los siglos, no obstante, el Arca empezó, poco a poco, a recibir de los fieles donativos muy superiores a sus necesidades. De este modo, se fue haciendo cada vez más rica en tierras, plata, oro y piedras preciosas.

Cierto día, hace ya algunas generaciones, al fallecer uno de los Nueve, se presentó un desconocido a las puertas del Monasterio, solicitando su admisión en la comunidad.

Según las antiguas tradiciones del Arca, que jamás habían sido violadas, el desconocido debía ser admitido inmediatamente, ya que había sido el primero en solicitar la admisión después del fallecimiento de uno de los Compañeros. Mas el Abad —que era el nombre que se daba al superior de la comunidad— era en aquella ocasión un hombre autoritario, apegado a las cosas de este mundo y de corazón duro. No le agradó la apariencia del desconocido, que estaba desnudo, hambriento y cubierto de llagas, y le dijo que era indigno de ser admitido en la Comunidad.

El desconocido insistió, a pesar de todo, en ser admitido; y esta tenacidad enfureció de tal modo al Abad, que le exigió que se retirase inmediatamente de su presencia. Sin embargo, el extraño era perseverante, y rehusó irse. Finalmente, venció la resistencia del Abad, quien aceptó admitirle como sirviente.

Mucho tiempo estuvo el Abad a la espera de que la Providencia le enviase a un Compañero que sustituyese al fallecido. Fue en vano. Nadie apareció. Y así, por primera vez en su historia, el Arca albergaba a ocho Compañeros y un sirviente.

Pasaron siete años y el Monasterio se volvió tan rico, que ya nadie era capaz de calcular a cuánto ascendían sus inmensas riquezas. Poseía todas las tierras y aldeas de los alrededores. El Abad estaba muy satisfecho y tenía una buena disposición hacia el desconocido, creyendo que éste había traído «suerte» al Arca.

No obstante, al inicio del octavo año, la situación comenzó a modificarse rápidamente. La antigua y pacífica comunidad comenzó a agitarse. El astuto Abad se dio cuenta, inmediatamente, de que el causante de todo aquello era el desconocido, y resolvió expulsarle. Pero ya era demasiado tarde. Los monjes, bajo su dirección, ya no estaban dispuestos a seguir ninguna regla, ni atendían a razón alguna. En dos años donaron todas las posesiones del Monasterio, tanto las comunes como las personales. Los numerosos arrendatarios de las tierras pasaron a ser sus propietarios. Al tercer año, todos los monjes abandonaron el Monasterio. Y lo más aterrador fue que el desconocido maldijo al Abad, diciéndole que permanecería encadenado a aquel lugar y se volvería mudo.

Esta es la leyenda.

No me faltaron testigos que asegurasen haber visto al Abad en varias ocasiones —tanto de día, como de noche—, vagando por las tierras del Monasterio abandonado, desierto y reducido a ruinas. No obstante, nadie consiguió arrancarle jamás una sola palabra de sus labios. Más aún, cada vez que percibía la presencia de un hombre o una mujer,

desaparecía rápidamente sin que nadie supiese hacia dónde.

Confieso que esta leyenda me turbó. La visión de un monje solitario —o tal vez su sombra— vagando durante tantos años por los patios de un santuario tan antiguo, en lo alto de un pico tan desolado como el del Altar, era demasiado poderosa para que yo pudiese abandonarla. Esta visión hechizaba mis ojos, dominaba mis pensamientos, hacía hervir mi sangre, agujoneaba mi carne y mis huesos.

Finalmente, decidí subir a la montaña.

II

LA ESCARPADA ROCOSA

Frente al océano del oeste y elevándose a centenares de metros sobre el nivel del mar, pedregoso y casi vertical, el Pico del Altar se veía, a distancia, inaccesible, como un verdadero desafío para quien tuviese la audaz intención de escalarlo. A pesar de ello, me fueron mostradas dos sendas razonablemente seguras, ambas tortuosas, estrechas y que se extendían a lo largo de numerosos precipicios: Una al Sur y otra al Norte. Resolví desdeñar ambas. Entre las dos, descendiendo directamente de la cumbre y llegando casi a la falda de la montaña, vislumbré una vereda estrecha y lisa que me parecía el camino real hacia la cumbre. Me atrajo con una fuerza extraña, y decidí hacer de ella mi camino.

Cuando revelé mi decisión a uno de los montañeses del lugar, me miró fijamente con ojos llameantes y, juntando las manos, exclamó horrorizado:

—«¿Por la Escarpada Rocosa? ¡No sea tan loco como para arriesgar así su vida! Muchos otros lo han intentado antes, y ninguno de ellos volvió jamás para contarlo. ¿La Escarpada Rocosa? ¡No, nunca!»

Y habiendo dicho esto, insistió en guiarme montaña arriba. Pero yo, cortésmente, rehusé su ayuda. No puedo explicar por qué su terror causó en mí un efecto contrario al que era de esperar. En lugar de desanimarme, me estimuló a proseguir, haciendo todavía más firme en mí la decisión de iniciar la escalada.

Cierta mañana, exactamente en el momento en que la oscuridad empezaba a disolverse en la luz, sacudí de mis ojos los sueños de la noche, y tomando mi cayado y mis siete panes, partí hacia la Escarpada Rocosa. El suave aliento de la noche que espiraba, el pulso rápido del día que nacía, la ansiedad por afrontar el misterio del Abad prisionero, y el anhelo aún mayor de liberarme de mí mismo, aunque sólo fuese por un momento, parecía poner alas a mis pies y dar vivacidad a mi sangre.

Inicié el viaje con un canto en el corazón y una firme determinación en el alma. Pero cuando, después de una larga y alegre caminata, llegué a la base de la Escarpada y recorrí la senda con la mirada, la canción murió en mi garganta. Aquello que visto desde lejos me había parecido un camino recto, suave y extendido como una cinta, aparecía ahora largo, vertical, altísimo e inexpugnable. Hasta donde alcanzaba mi vista, hacia arriba y a ambos lados, sólo veía bloques de sílex de diversos tamaños, erizados de puntas agudas y de aristas afiladas como navajas. Ni la más leve señal de vida. Todo el paisaje alrededor era tan sombrío, que sólo podía inspirar pavor. Desde abajo no se vislumbraba la cumbre de la montaña. Pero ni aún así me dejé disuadir.

Sintiendo todavía en mi rostro la llameante mirada de aquel hombre que me había prevenido contra la Escarpada, reforcé mi decisión y empecé a escalar. Enseguida comprendí que únicamente con mis pies no podría llegar muy lejos, pues el sílex se deslizaba bajo ellos produciendo un ruido terrible, como un millar de gargantas a las que estuviesen estrangulando. Para avanzar debía enterrar mis manos y mis rodillas, y también los dedos de los pies, en aquellas piedras movedizas. ¡Cuánto deseé tener la agilidad de una cabra!

Avanzaba hacia arriba, gateando en zigzag, sin descanso, pues temía que cayese la noche antes de que pudiese alcanzar mi objetivo. No se me pasó por la cabeza la idea de retroceder.

El día tocaba a su fin cuando, súbitamente, sentí hambre. Hasta aquel momento no había comido ni bebido nada. Los panes que había ceñido con un pañuelo a mi cintura eran, en aquel instante, de un valor verdaderamente inapreciable para mí. Los desaté, y estaba a punto de partir el primero, cuando mis oídos escucharon el sonido de una

campanilla y algo que me parecía el lamento de una flauta. Nada podía parecerme más sorprendente en el seno de aquella rocosa desolación.

De pronto, vi aparecer, sobre una roca situada a mi derecha, un gran macho cabrío con un cencerro colgado al cuello. Antes de que pudiese tomar aliento, me vi rodeado de cabras por todas partes, pisando sobre las rocas y produciendo un ruido mucho más terrible que el que mis propios pies habían hecho. Como si hubiesen sido invitadas, se lanzaron sobre mis panes, y tal vez me los hubiesen arrancado de las manos si no hubiesen oído la voz de su pastor que, no sé cómo ni cuándo, surgió a mi lado. Era un joven de agradable apariencia, alto, fuerte y lleno de alegría. Sólo tenía por vestido un paño que le ceñía los riñones, y su única arma era la flauta que empuñaba en su mano derecha.

—«Este macho cabrío —dijo el pastor con voz dulce y sonriendo— está muy mimado. Le doy pan siempre que tengo. Pero hace ya muchas y muchas lunas que no pasa por aquí ninguna criatura que traiga pan consigo.»

Y, seguidamente, dirigiéndose al macho cabrío, le dijo: «¿Ves como Fortuna provee de todo, mi guía fiel? Nunca desconfíes de Fortuna.»

Luego, agachándose, tomó un pan. Creyendo que tenía hambre, le dije amable y sinceramente:

—«Podemos compartir esta frugal colación. Hay pan suficiente para los dos... y para el macho cabrío.»

Me quedé casi paralizado de asombro al verle tirar a las cabras el primer pan, el segundo, el tercero... y así sucesivamente hasta el séptimo, tomando de cada uno un bocado para sí. Mi asombro fue tan grande, que la ira comenzó a hervir en mi corazón. No obstante, comprendiendo mi impotencia, conseguí aquietar un poco mi cólera y, con expresión de espanto, me volví hacia el pastor diciendo, como quien suplica y censura al mismo tiempo:

«Ahora que terminaste de dar a tus cabras el pan de un hombre hambriento, ¿no le vas a dar un poco de su leche?»

—«La leche de mis cabras es veneno para los locos y no quiero que ninguna de ellas pueda ser culpada de la muerte de alguien, aunque sea un loco.» —«Pero, ¿por qué soy un loco?»

—«Porque traes siete panes para un viaje que dura siete vidas.»

—«¿Tenía entonces que haber traído siete mil?» —«Ni uno solo.»

—«¿Lo que me aconsejas, entonces, es empezar este largo viaje sin provisiones?»

«El camino que no ofrece provisiones al caminante, no es un camino que deba tomarse.»

—«¿Desearías entonces que comiese piedras en lugar de pan, y bebiese mi propio sudor en lugar de agua?»

—«Tu propia carne te bastará como pan, y tu propia sangre te bastará como agua. Esta es la solución.»

— «Llevas muy lejos tu burla. Sin embargo, no puedo recriminártelo. Aquél que come de mi pan, se hace hermano mío, aunque me deje hambriento. El día está huyendo por detrás de la montaña y es preciso que reanude mi marcha. ¿Podrías decirme si todavía estoy muy lejos de la cumbre?»

«Estás demasiado cerca del olvido.» Y diciendo esto, colocó la flauta en sus labios y se marchó al son de agrestes notas que parecían un lamento de los mundos inferiores. El macho cabrío le siguió y, tras él, todas las cabras. Durante mucho tiempo pude oír todavía el crujir de las rocas y los balidos de las cabras, entremezclados con los lamentos de la flauta.

Habiendo olvidado el hambre, comencé a recuperar parte de mi energía y de mi firme

determinación, que el cabrero había destruido. Antes de que la noche llegara a alcanzarme en aquella pedregosa vereda, sería necesario que encontrase un hueco donde pudiesen reposar mis huesos cansados, sin correr el riesgo de rodar montaña abajo.

Comencé a gatear de nuevo. Mirando hacia abajo, apenas podía creer que hubiese subido tanto. La falda de la montaña ya no se veía, mientras que la cima parecía estar al alcance de mi mano.

Al caer la noche, llegué a un grupo de rocas que formaban una gruta. Aunque aquella gruta se hallaba al borde de un abismo, en cuyo fondo se podían ver negras y pavorosas sombras, resolví hacer de ella mi posada por una noche.

Mis sandalias estaban deshechas y teñidas de sangre. Cuando intenté quitármelas descubrí que mi piel se había pegado a ellas. Las palmas de mis manos estaban cubiertas de rojos arañazos. Las uñas parecían pedazos de corteza arrancados de un árbol muerto. La mayor parte de mis ropas estaban hechas jirones, a causa de las agudas piedras. Sentía que la cabeza me daba vueltas de tanto sueño. Parecía estar vacía de cualquier otro pensamiento.

Cuánto tiempo estuve durmiendo —un momento, una hora o tal vez una eternidad— no lo sé. Pero me desperté al sentir que me tiraban con fuerza de una manga. Me senté asustado y atontado por el sueño, y vi una joven de pie delante de mí, con una mortecina linterna en la mano. Estaba completamente desnuda y era delicadamente bella de cuerpo y de rostro. Quien me había tirado de la manga de mi chaqueta era una vieja, tan fea como bella era la joven. Sentí un escalofrío que me estremeció de los pies a la cabeza.

«¿Ves como la buena Fortuna todo lo provee, hija mía?» —Decía la vieja al tiempo que me despojaba de mi chaqueta— «Nunca dudes de Fortuna.»

Yo sentía mi lengua paralizada, y no hacía el menor esfuerzo para hablar y menos todavía para resistirme. Era en vano que apelase a mi voluntad. Parecía haberme abandonado. Me sentía completamente incapaz de reaccionar; estaba en manos de la vieja, aunque hubiese podido arrojarla, al igual que a su hija, fuera de la gruta, si así lo hubiese querido. Pero me faltaba la voluntad y la fuerza para expulsarlas.

No contenta con haberme quitado la chaqueta, la mujer continuó despojándome de las demás prendas, hasta que me dejó completamente desnudo. A medida que me las quitaba, se las iba entregando a la joven que se las ponía. La sombra de mi cuerpo desnudo se proyectó sobre la pared de la gruta, junto a la sombra de las dos mujeres desharrapadas, lo que me llenó de temor y repugnancia. Miraba todo aquello sin comprender y sin poder decir nada, precisamente cuando más necesitaba hablar, puesto que mi voz era la única arma que poseía en aquella desagradable situación. Finalmente, mi lengua se soltó para decir:

«Si has perdido todo pudor, vieja, yo no lo perdí. Estoy avergonzado de mi desnudez, incluso ante una vieja bruja como tú. Aunque más avergonzado me siento delante de la inocencia de esta joven.»

—«De la misma forma que ella lleva tu vergüenza, lleva tú su inocencia.»

—«¿Qué necesidad tiene una joven de las ropas andrajosas de un hombre cansado, que se halla perdido en la montaña, en una noche semejante y en un lugar como éste?»

— «Tal vez para aligerarle de su carga. Tal vez para calentarse. Los dientes de la pobre niña están castañeteando de frío.»

—«Mas cuando el frío haga castañetear los míos, ¿cómo podré ahuyentarlo? ¿No tienes piedad en tu corazón? Mis ropas son lo único que todavía poseo en este mundo.»

—«*Cuanto menos poseas, menos serás poseído; Cuanto más poseas, más serás poseído. Cuanto más seas poseído, en menos serás valorado; Cuanto menos seas poseído, en más serás valorado. Ahora vamonos, hija mía.*»

Al tomar ella la mano de la joven, y cuando ya se retiraban, me vinieron a la mente

millares de preguntas que deseaba hacer. Sólo una consiguió salir de mi boca:

—«Antes de que te retires, vieja, ¿puedes tener la bondad de decirme si todavía estoy muy distante de la cumbre?»

—«Estás al mismo borde del Abismo Negro.»

La luz mortecina de la linterna lanzó nuevamente hacia mí aquellas extrañas sombras, cuando las dos se retiraron de la gruta, desapareciendo en la noche, negra como el azabache. Una gélida y negra ráfaga de viento, que no sabía de dónde provenía, me alcanzó. Ráfagas más negras y más frías la siguieron. Las propias paredes de la gruta parecían estar sudando hielo. Mis dientes comenzaron a castañetear y, en esta situación, acudían a mí los pensamientos más confusos: las cabras pastando en las rocas, el pastor burlón, la vieja y la joven, yo desnudo, magullado y herido, con hambre y frío, confuso en aquella gruta al borde de un abismo semejante. ¿Estaría próximo a mi objetivo? ¿Conseguiría alcanzarlo? ¿Tendría fin aquella noche?

Apenas había vuelto en mí, cuando oí ladrar a un perro, y vi otra luz, a muy corta distancia, dentro de la misma gruta.

—«¿Ves cómo la buena Fortuna provee, querida mía? Nunca dudes de la Fortuna.» Era la voz de un viejo cargado de años, con barba, encorvado y con las rodillas temblorosas. Hablaba con una mujer tan vieja como él, sin dientes, desgredada y, como él, también encorvada y de vacilantes rodillas. Aparentemente sin tener conocimiento de mi presencia, continuó con la misma voz penetrante que parecía luchar para poder salir de aquella garganta.

—«Una lujosa cámara nupcial para nuestro amor, y un espléndido cayado para sustituir al que perdiste. Con un bastón como éste ya no tropezarás, amor mío.» Y diciendo así, cogió mi cayado y se lo dio a la vieja, que se inclinó sobre él con ternura, acariciándole con sus manos marchitas. Seguidamente, como si acabase de darse cuenta de mi presencia, pero siempre hablando a su compañera, continuó:

—«El desconocido se va a ir inmediatamente, querida, y podremos soñar nuestros sueños sin testigos.»

Estas palabras cayeron sobre mí como una orden a la que me sentía incapaz de desobedecer, especialmente cuando el perro se aproximó gruñendo amenazadoramente, como para hacerme cumplir la orden de su dueño. La escena me llenó de horror. Asistía a ella como si estuviese bajo el efecto de un encantamiento... y, en ese estado, fui caminando hasta la salida de la gruta, haciendo esfuerzos desesperados para poder hablar, para defenderme, para manifestar mis derechos.

— «Me habéis quitado mi cayado. ¿Seréis tan crueles como para expulsarme de esta gruta, que debería ser mi cobijo por esta noche?»

—«*Felices los que no tienen cayado, pues no tropiezan.*

Felices los que no tienen hogar,

pues están en casa.

Sólo los que tropiezan —como nosotros—,

precisan andar con cayados.

Sólo los que están encadenados a un hogar

—como nosotros—,

necesitan tener una casa.»

Así cantaban a dúo, mientras preparaban el lecho nivelando la grava con sus largas uñas, sin prestarme atención. Esto me hizo gritar de desesperación:

- «Mirad mis manos. Mirad mis pies. Soy un caminante perdido en esta ladera. Tracé con mi propia sangre mi camino hasta aquí. Ya no puedo ver ni una sola pulgada más de esta pavorosa montaña, que parece ser tan familiar para vosotros. ¿No os inquieta tener que pagar por esto? Dadme al menos vuestra linterna, si no queréis permitir que

comparta esta noche la gruta con vosotros.»

—«*El amor no quiere ser desnudado. La luz no quiere ser compartida. Ama y ve. Ilumina y sé. Cuando la noche caiga, y el día se vaya, y la tierra esté muerta, ¿cómo viajarán los caminantes? ¿Quién se atreverá a avanzar?*

Completamente exasperado, decidí recurrir a la súplica, aunque íntimamente sabía que era inútil, pues una extraña fuerza continuaba empujándome hacia afuera:

-«Buen anciano, buena anciana, aunque yo esté entumecido por el frío y deshecho por el cansancio, no seré una mota en vuestros ojos. Yo también probé el amor. Os dejaré mi cayado y mi humilde posada, que habéis escogido como cámara nupcial. Sólo os pido a cambio un pequeño favor: Ya que me negáis la luz de vuestra linterna, ¿tendríais la bondad de guiarme fuera de esta gruta y enseñarme el camino hacia la cima? Perdí el sentido de la orientación y del equilibrio. Ya no sé ni lo que subí, ni cuánto tendré que subir todavía.»

Sin prestar atención a mi súplica, ellos cantaban:

—«*Lo verdaderamente alto, siempre está abajo. Lo verdaderamente rápido, siempre va despacio. Lo altamente sensible es entorpecido. Lo altamente elocuente es mudo. El flujo y el reflujo son una sola marea. Quien no tiene guía, tiene el mejor guía. El más grande es siempre el más pequeño. Todo lo tiene, quien todo lo suyo entrega.*»

Como último recurso, les pedí que me dijese hacia qué lado debía dirigirme al salir de la gruta, pues la muerte podía estar esperándome al primer paso que diese, y yo todavía no quería morir. Sin aliento, esperé la respuesta, que llegó por medio de otro extraño canto, que me dejó más perplejo y exasperado que antes:

—«*El borde del peñasco es duro y escarpado. El seno del vacío es blando y profundo. El león y el gusano. El cedro y la retama. El conejo y el caracol. El lagarto y la codorniz. El águila y el topo. Todos en el mismo agujero. Un solo anzuelo, un solo cebo. Sólo la muerte compensa.*

Como es arriba, así es abajo.

Morir para vivir o vivir para morir.»

La luz de la linterna se apagó en el momento en que salí de la gruta, gateando con las manos y las rodillas, con el perro detrás de mí, como para cerciorarse de que realmente salía. La oscuridad era tan densa, que me parecía sentir su peso sobre mis párpados. No podía demorarme ni un instante más. El perro me lo hizo comprender muy claramente.

Un paso vacilante. Otro paso vacilante. Un tercer paso vacilante, y tuve la impresión de que la montaña había desaparecido bajo mis pies. Me sentí cogido por las olas revueltas de un mar de tinieblas que me robaban el aliento y me lanzaban hacia abajo... hacia abajo... hacia abajo...

La última imagen que pasó por mi mente, cuando giraba en el vacío del Abismo Negro, fue la de la satánica pareja de novios. Las últimas palabras que murmuré cuando el aliento se me heló, fueron las que ellos habían pronunciado:

«Morir para vivir, o vivir para morir.»

III

EL GUARDIAN DEL LIBRO

—«¡Levántate, oh afortunado extranjero! ¡Has alcanzado tu meta!»

Muerto de sed y retorciéndome bajo los rayos de un sol abrasador, entreabrí los ojos y me encontré tendido en el suelo. Percibí la oscura silueta de un hombre que estaba inclinado sobre mí, mientras humedecía delicadamente mis labios con agua y lavaba cuidadosamente mis heridas. Su cuerpo era recio, sus facciones rudas, su barba y sus cejas hirsutas, su mirada profunda y aguzada, y su edad muy difícil de determinar. No obstante, su contacto era suave y reconfortante. Con su ayuda pude sentarme y le pregunté con voz tan débil que apenas llegaba a mis oídos:

—«¿Dónde estoy?»

—«En el Pico del Altar.»

—«¿Y la gruta?»

—«Detrás de ti.»

—«¿Y el Abismo Negro?»

—«Frente a ti.»

Fue inmenso mi asombro cuando miré y vi la gruta detrás de mí y, frente a mí, el Abismo Negro como una inmensa boca abierta. Me encontraba tendido al borde del precipicio, y entonces le pedí al hombre que me llevase al interior de la gruta, lo que hizo con la mejor voluntad.

—«¿Quién me sacó del Abismo?»

—«El que te guió hasta aquí, debe haberte sacado del Abismo.»

—«¿Quién es él?»

—«El mismo que ató mi lengua y me retuvo prisionero en este Pico durante ciento cincuenta años.»

—«Entonces, ¿eres tú el Abad encadenado?»

—«Sí, yo soy.» —«Pero tú puedes hablar, y él es mudo.»

—«Tú desataste mi lengua.»

—«El evita la compañía de los hombres; mientras que tú no parece tener miedo de mí.»

—«Evito a todos los hombres, excepto a ti.»

—«Nunca hasta hoy viste mi rostro. ¿Por qué evitas a todos los hombres menos a mí?»

—«Durante ciento cincuenta años estuve esperándote. Durante ciento cincuenta años sin faltar ni un sólo día, en todas las estaciones del año y con cualquier tiempo, mis ojos pecadores han escudriñado entre los peñascos de la Escarpada buscando un hombre que subiese a la montaña y que llegase hasta aquí como tú has llegado, sin cayado, desnudo y sin provisiones. Muchos han intentado subir por la Escarpada, pero jamás llegaron. Muchos llegaron por otros caminos, pero no venían sin cayado, desnudos y sin provisiones. Durante todo el día de ayer estuve observando tu "ascensión. Por la noche dejé que durmieses en la gruta, pero al amanecer vine aquí y te encontré desvanecido y sin aliento. Mas tenía la certeza de que volverías a la vida. ¡Y aquí estás! Más vivo que yo. Tú moriste para vivir. Yo vivo para morir. ¡Gloria sea dada a Su nombre! Todo sucedió según Sus promesas. Todo fue según tenía que ser. No tengo la menor duda de que tú eres el escogido.»

—«¿Quién?»

—«El bienaventurado en cuyas manos debo entregar el Libro Sagrado para que lo publique y lo dé a conocer al mundo.»

—«¿Qué Libro?»

—«Su Libro. El Libro de MIRDAD.»

—«¿Mirdad? ¿Quién es Mirdad?»

—«¿Es posible que no hayas oído hablar de Mirdad? ¡Qué cosa más extraña! Yo estaba absolutamente seguro de que en esta época Su nombre se habría extendido por toda la tierra, de la misma forma que impregna el suelo bajo mis pies, el aire que me rodea, y el cielo que me cubre. Este suelo es sagrado, ¡oh, extranjero!: Sus pies lo pisaron. Sagrado es este aire que nos envuelve: Sus pulmones lo respiraron. Sagrado es el cielo que nos cubre: Sus ojos lo escudriñaron.

Y dicho esto, el monje se inclinó reverentemente, besó tres veces el suelo y se calló. Después de una pausa le dije:

—«Despiertas mi deseo de saber más respecto a ese hombre al que llamas Mirdad.»

—«Presta atención, pues. Voy a relatarte todo lo que me está permitido contar. Mi nombre es Shamadam¹). Yo era el Superior del Arca el día que falleció uno de los Compañeros. Apenas había partido su alma, cuando ya vinieron a avisarme de que en la puerta había un desconocido que deseaba hablarme. Bien sabía yo que él había sido enviado por la Providencia para ocupar el lugar del Compañero fallecido, y tenía que haberme regocijado por el hecho de que Dios velase aún por el Arca, tal como lo había hecho desde la época de mi padre Sem.»

En aquel momento le interrumpí para preguntar si era verdad lo que contaban las gentes de la falda de la montaña, respecto a que el Arca fue construida por el primer hijo de Noé. Su respuesta fue inmediata y enfática:

—«Sí. Es exactamente como te han dicho.»

Y prosiguió el relato de la historia que yo había interrumpido:

—«Pues bien, yo debía haberme regocijado. Sin embargo, por motivos totalmente incomprensibles para mí, mi corazón se rebeló. Incluso antes de conocer al extranjero, ya todo mi ser luchaba contra él. Y resolví rechazarle, aunque en mi interior era consciente de que, haciendo esto, quebrantaba la inviolable ley del Monasterio y, por consiguiente, rechazaba a Aquél que le había enviado.

Cuando abrí la puerta y lo vi —un joven de unos veinticinco años aproximadamente—, sentí en el pecho millares de puñaladas con las que hubiese querido herirle. Desnudo, aparentemente hambriento y sin el menor medio de protección, ni tan siquiera un cayado, parecía completamente indefenso. A pesar de todo, había en su rostro una luz que le daba un aspecto más invulnerable que el de un caballero con su armadura, y que le hacía aparentar mucha más edad de la que tenía. Todo mi ser, desde lo más íntimo de mi corazón, clamaba contra él. Todas las gotas de mi sangre deseaban aplastarle. No me pidas explicaciones. Tal vez su mirada penetrante había desnudado mi alma, y yo estaba aterrizado de verla desnuda ante un hombre. Tal vez su pureza revelase mi inmundicia, y me doliese ver desgarrados los velos que yo había estado tejiendo para ocultarla. Pues la inmundicia siempre ha amado los velos. Tal vez había una vieja contienda entre su estrella y la mía. ¿Quién sabe? ¿Quién podría saberlo? ¡Sólo El podría decirlo!

Con el tono de voz más severo y despiadado, le dije que no podía ser admitido en la comunidad y le ordené que se marchase inmediatamente. El, a pesar de todo, no se movió de su lugar y, tranquilamente, me aconsejó que reflexionase. Su consejo me pareció un insulto y le escupí al rostro. Pero él permaneció firme y sin miedo. Y limpiando lentamente la saliva de su cara, de nuevo me aconsejó que reconsiderase mi decisión. Mientras se estaba limpiando la saliva de su rostro, yo tenía la impresión de que era el mío el que estaba manchado con ella. Me sentía derrotado y, en lo más íntimo de mi ser, admitía que la lucha era desigual, que él era el más fuerte.

Como sucede siempre que el orgullo es derrotado, el mío se negó a ceder y luchó hasta

¹ N.T. Sham significa fingir, simular, aparentar. «Shamadam» significa, por consiguiente, «falso Adán», «imitación de Adán».

que se vio caído y pisoteado en el polvo de la tierra. Estaba casi dispuesto a acceder al ruego de aquel hombre, pero primero deseaba verle humillado. Sin embargo, él no se humillaba de ningún modo.

Inesperadamente, pidió alimento y ropas, y con ello revivieron mis esperanzas. Juzgué que, con el hambre y el frío combatiendo a mi favor, podría ganar la batalla. Cruelmente le negué un pedazo de pan, declarando que el Monasterio vivía de la caridad y que, por ello, no podía hacer caridad. Diciendo esto, mentía desvergonzadamente, pues el Monasterio era tan extraordinariamente rico como para no tener que negar alimento y ropas a los necesitados. Lo que yo deseaba era que él suplicase. Pero él no lo hacía. Pedía como quien tiene derecho a aquello que solicita. Había un aire de mandato en su solicitud.

La lucha duró bastante tiempo, pero la situación no cambió. Desde el principio tenía ganada la batalla. Finalmente, para esconder mi derrota, decidí proponer que él entrase en el Arca como sirviente —solamente como sirviente—. Yo pensaba, para consolarme, que ello le humillaría. En mi orgullo no me daba cuenta de que era yo el mendigo y no él. Para confirmar mi humillación, accedió a mi propuesta sin murmurar siquiera. No llegaba a imaginar que, al aceptarle como sirviente, ¡sólo como sirviente!, estuviese excluyéndome a mí mismo. Hasta el último momento estuve aferrado a mi ilusión de que era yo, y no él, el Maestro del Arca. ¡Ah, Mirdad, Mirdad, qué le hiciste a Shamadam! ¡Shamadam, qué te hiciste a ti mismo! Dos grandes lágrimas mojaron sus largas barbas, y su gran cuerpo se estremeció. Me sentí conmovido y le dije:

—«Te pido que no hables más de ese hombre, cuya memoria sale de tus labios con lágrimas.»

—«No te conmuevas, bendito mensajero. Es el orgullo del Abad de antaño el que todavía destila estas lágrimas de hiél. Es la autoridad de la letra la que rechina los dientes contra la autoridad del Espíritu. Deja que llore el orgullo, llora su muerte. Deja que rechinen los dientes de la autoridad, es la última vez que lo hacen. ¡Ah, si mis ojos no hubiesen estado tan cegados por la oscuridad de este mundo, cuando me encontré por primera vez con su rostro celestial! ¡Ah, si mis oídos no hubiesen estado tan obstruidos por la sabiduría de este mundo, cuando fueron desafiados por su sabiduría divina! ¡Ah, si mi lengua no hubiese estado tan colmada de las amargas dulzuras de la carne, cuando luchaba contra su lengua colmada de Espíritu! Ya he arrancado mucha cizaña de mi ilusión, y aún tendré que arrancar mucha más.

Durante siete años fue un humilde sirviente entre nosotros —dócil, diligente, afable, conciliador—, dispuesto a satisfacer el menor deseo de cualquiera de nosotros. Se movía suavemente, como si se deslizara por el aire. Ni una sola palabra salía de sus labios. Todos pensábamos que había hecho voto de silencio. Al principio, algunos de nosotros estábamos inclinados a provocarle. El recibía los ataques con una calma sobrenatural y, al poco tiempo, nos había forzado a respetar su silencio. Al contrario de lo que sentían los otros siete Compañeros, que estaban fascinados con su calma, que les producía el efecto contagioso de un calmante, yo la sentía opresiva e irritante. Me esforcé constantemente por perturbarla, pero siempre fue en vano.

El nombre con el que se nos presentó fue el de MIRDAD. Sólo atendía por ese nombre. Era todo cuanto sabíamos de él. No obstante, su presencia era profundamente advertida por todos nosotros. Tan profundamente que rara vez nos atrevíamos a hablar, ni aún de lo más esencial, hasta que él no se hubiera retirado a su celda.

Los primeros siete años de Mirdad fueron años de abundancia. Las posesiones del Monasterio aumentaron mucho más de siete veces. Mi corazón se suavizó a su favor y consulté seriamente con la comunidad para saber si le admitíamos como Compañero, ya que la Providencia no nos enviaba otro.

Precisamente en esta ocasión, sucedió lo que ninguno de nosotros pudo prever, y mucho menos aún este pobre Shamadam. Mirdad abrió sus labios y la tempestad se desencadenó. Dio libertad a lo que durante tanto tiempo su silencio había ocultado, desbordándose en torrentes tan irresistibles que todos los Compañeros fueron arrastrados por su impetuosa corriente; todos menos este pobre Shamadam, que luchó contra él hasta el fin. Intenté dominar la situación afirmando mi autoridad como Abad, pero los Compañeros no reconocían otra autoridad que no fuese la de Mirdad. Mirdad era el Maestro; Shamadam no pasaba de ser un proscrito. Recurrí incluso a la astucia. Intenté sobornar a algunos Compañeros con grandes sumas de oro y plata; a otros, con grandes extensiones de tierra fértil. Ya casi había vencido cuando, de manera bastante misteriosa, Mirdad advirtió mi intriga y la deshizo sin el menor esfuerzo. Le bastaron, para ello, unas pocas palabras.

Extraña y complicada era la doctrina que predicaba. Toda ella está contenida en este libro. De eso no me está permitido hablar. Mas su elocuencia hacía que la nieve pareciese como la pez, y la pez como la nieve. Tan nítida y poderosa era su palabra. Contra ese arma, ¿qué podía oponer? Absolutamente nada, a excepción del sello del Monasterio que se hallaba a mi cargo. Con todo, éste ya no servía para nada, pues los Compañeros, entusiasmados por sus ardientes exhortaciones, me obligaban a poner el sello del Monasterio en todos los documentos que juzgaban que yo debía legalizar. Poco a poco, fueron donando todas las tierras del Monasterio, que con anterioridad habían sido donadas a éste por los fieles durante muchos años. Más tarde, Mirdad fue enviándoles fuera del Monasterio en misiones, cargados de presentes para los pobres y necesitados de las aldeas cercanas a la montaña. Finalmente, en el «Día del Arca», que era una de las dos conmemoraciones anuales del Monasterio —la otra era el «Día de la Vid»—, Mirdad culminó sus locuras, ordenando a sus Compañeros que acarreasen todo lo que aún pertenecía al Monasterio y lo distribuyesen entre el gentío que se había congregado en sus alrededores.

Todo esto lo vi con mis propios ojos pecadores y está registrado en mi corazón, el cual casi reventó de odio contra Mirdad. Si el sentimiento de odio por sí solo hubiese sido capaz de matar, ¡aquél que yo abrigaba en mi corazón habría sido capaz de asesinar a un millar de Mirdades! Pero su amor era más fuerte que mi odio. Una vez más la lucha era desigual. Una vez más mi orgullo no quería ceder hasta verse finalmente derribado y pisoteado en el polvo de la tierra. Me vencía sin atacarme. Yo le atacaba y, con ello, me vencía a mí mismo. ¡Cuántas veces intentó, en su amorosa paciencia, quitar la viga que me impedía ver! ¡Y cuántas veces yo me buscaba otras más sólidas y opacas para ponerlas delante de mis propios ojos! Cuanto más amor mostraba él hacia mí, más intensamente le odiaba.

Eramos como dos soldados en el campo de batalla, Mirdad y yo. Pero, él solo era como una legión. Yo luchaba en solitario, contra todos. Si hubiese tenido el apoyo de los demás Compañeros, tal vez al final hubiese sido el vencedor. Y le habría arrancado el corazón con los dientes. Pero mis Compañeros luchaban a su lado, contra mí. ¡Traidores! ¡Mirdad, Mirdad, bien te vengaste!»

Más lágrimas, esta vez acompañadas de sollozos, y una larga pausa, tras la cual el Abad se inclinó de nuevo besando, por tres veces, el suelo y dijo:

—«Mirdad, mi conquistador, mi señor, mi esperanza, mi castigo y mi recompensa, perdona la amargura de Shamadam. La cabeza de una cobra conserva su veneno incluso después de haberla separado de su cuerpo. Mas, felizmente, ya no puede morder. Shamadam ya no tiene dientes agudos ni veneno. Susténtale con tu amor hasta el día en que le sea posible destilar miel de su boca, tal como destilaba de la tuya. Esto fue lo que tú me prometiste. Hoy le liberaste de su primera prisión. No le dejes padecer mucho

tiempo en la segunda.»

Como si hubiese leído en mi mente la pregunta de cuáles eran las prisiones a las que se refería, el Abad suspirando explicó, con una voz tan melodiosa y cambiada que podría jurarse que era la de otra persona:

—«Aquel día él nos convocó a todos dentro de esta gruta, donde con frecuencia instruía a los Siete. El Sol iba a ponerse. El viento del Este había traído una neblina cerrada que henchía las gargantas pedregosas de la montaña y, como si fuese un manto místico, se esparcía por toda la Tierra, desde la cima hasta el mar. Se elevaba hasta la mitad de esta montaña, que parecía así haberse transformado en un litoral. En el Oeste había nubes negras y amenazadoras que oscurecían totalmente el Sol.

El Maestro, conmovido pero dominando sin embargo su emoción, abrazó a cada uno de los Siete por separado, diciendo al abrazar al último:

—Muchos años habéis vivido en estas alturas. Hoy tendréis que descender al abismo... Si no subís descendiendo, y no aproximáis el valle a la cumbre, sus alturas os volverían dementes y la profundidad os cegaría.

Después, volviéndose hacia mí, me miró tierna y prolongadamente a los ojos y me dijo:

— En cuanto a ti, Shamadam, tu hora todavía no ha llegado. Tendrás que esperar mi regreso a este Pico. Y mientras me esperas, serás el guardián de mi Libro, que está encerrado en un cofre de hierro, bajo el Altar. Cuida de que nadie lo toque. Ni siquiera tus manos deben tocarlo. A su debido tiempo enviaré a mi mensajero para que se lo lleve, lo edite y lo ofrezca al mundo.

Estas son las señales por las que le reconocerás: Subirá a esta cumbre por la Escarpada Rocosa. Iniciará su viaje completamente vestido, llevando consigo un bastón y siete panes; mas le encontrarás ante esta gruta, sin cayado, sin provisiones, desnudo y sin aliento. Hasta que él llegue, tu lengua y tus labios permanecerán sellados y evitarás la compañía de las personas. Sólo cuando le veas, serás liberado de la prisión del silencio. Después de que le hayas entregado el Libro, serás convertido en piedra, la cual guardará la entrada de esta gruta hasta que yo vuelva. De esa prisión sólo yo te podré liberar. Si juzgases la espera demasiado larga, más larga se volverá. Si la juzgases corta, más corta se volverá. Cree y ten paciencia.

Dicho esto, también me abrazó a mí. Y después, volviéndose hacia los Siete, hizo una señal con la mano y dijo: «Compañeros, seguidme.»

Caminaba delante de ellos, al descender la Escarpada, con su noble cabeza erguida, su serena mirada penetrando la lejanía, y sus santos pies apenas tocando el suelo. Cuando llegaron a la orilla de la niebla, el Sol surgió en la extremidad inferior de la nube negra que se mantenía sobre el mar, formando un pasaje abovedado en el cielo, iluminado por una luz demasiado maravillosa para poder ser descrita con palabras humanas, excesivamente resplandeciente para los ojos humanos. Y me pareció que el Maestro y los Siete Compañeros se habían desligado de la montaña y caminaban por la niebla, por el Camino abovedado, hacia el interior del Sol. ¡Ay, cómo me dolía que me dejasen solo, tan solo!»

Como alguien que estuviese extenuado por los pesados trabajos de una larga jornada, Shamadam, súbitamente, relajó los músculos y quedó en silencio, dejando caer la cabeza y cerrando los ojos.- Su pecho jadeaba desacompañadamente. Mientras yo meditaba, buscando palabras de consuelo, levantó la cabeza y me dijo:

«Tú eres un elegido por Fortuna. Perdona a un hombre desgraciado. He hablado mucho, tal vez demasiado. No podía ser de otro modo. ¿Podría alguien, cuya lengua hubiese estado presa durante ciento cincuenta años, romper el silencio simplemente con un «sí» o un «no»? ¿Puede Shamadam ser Mirdad?»

—«Me permites que te haga una pregunta, hermano Shamadam?»

-«Cuánta bondad hay en ti al llamarme «hermano». Nadie me dio ese tratamiento desde que murió mi único hermano, hace de esto muchísimos años. ¿Cuál es tu pregunta?»

—«Puesto que Mirdad es un Maestro tan grande, es sorprendente que hasta hoy el mundo no haya oído hablar de él, ni de sus siete Compañeros. ¿Cómo es posible esto?»

—«Tal vez espera que llegue su hora. Tal vez esté enseñando bajo cualquier otro nombre. De una cosa estoy seguro: Mirdad cambiará el mundo, al igual que cambió el Arca.»

—«Quizás haya muerto hace mucho tiempo.» —«Mirdad, no. El es más poderoso que la muerte.» —«¿Quieres decir que él destruirá el mundo, de la misma manera que destruyó el Arca?»

—«No, ¡una y mil veces no! El liberará el mundo como liberó el Arca. Y entonces reavivará la llama eterna que los hombres como yo han ocultado bajo muchas formas de ilusión, quejándose ahora de las tinieblas en que se encuentran. El reconstruirá en los hombres aquello que los hombres han destruido en sí mismos. El Libro estará pronto en tus manos. Leyéndolo, verás la Luz. No me puedo demorar más. Espera aquí hasta que yo vuelva. No debes venir conmigo.»

Se levantó y se fue apresuradamente, dejándome bastante perplejo e impaciente. También yo me levanté y salí, pero no fui más allá del borde del abismo.

Las magníficas líneas y colores de la escena que se desarrollaba ante mis ojos, embargaban de tal modo mi alma que, por un momento, me sentí como disuelto y esparcido, en gotas imperceptibles, por encima y en el interior de todas las cosas: sobre el lejano mar, en calma y cubierto por una neblina nacarada; sobre las colinas, unas inclinadas y otras erectas, pero siempre elevándose en rápida sucesión, desde la playa hasta la cúspide de los áridos peñascos; sobre las apacibles aldeas situadas en las colinas, enmarcadas por el verdor de la tierra; sobre los verdes valles al pie de las colinas, que apagan su sed con el corazón líquido que desciende de las montañas, y están salpicados de hombres que cultivan la tierra y de animales que pastan; dentro de las gargantas y hondonadas de las montañas, cicatrices vivas del combate librado contra el tiempo; en la brisa suave, en el azul del cielo y en la tierra grisácea de allá abajo.

Solamente cuando mi mirada descansó de su viaje, volviendo a posarse sobre la Escarpada, recordé al Abad y a su avergonzada narración sobre sí mismo, a Mirdad y al Libro. Quedé maravillado pensando en la poderosa mano invisible que me había impulsado a la búsqueda de una cosa para conducirme a otra. La bendije en mi corazón. Al poco tiempo, el Abad volvió, entregándome un pequeño paquete envuelto en tejido de lino amarillento por el tiempo, y me dijo:

—«Mi responsabilidad es, de ahora en adelante, tu responsabilidad. Sé fiel a ella. Llegó la segunda etapa de mi historia. Las puertas de mi prisión comienzan a abrirse para recibirme. Luego se cerrarán tras de mí. ¿Cuánto tiempo permanecerán cerradas? Sólo Mirdad podría decirlo. Pronto será olvidado Shamadam por todas las memorias. ¡Qué dolor! ¡Oh, cuan doloroso es ser olvidado! Pero, ¿por qué digo esto? Nada se borra nunca en la memoria de Mirdad. Aquél que vive en la memoria de Mirdad, vive para siempre.»

Tras una larga pausa, el Abad levantó la cabeza y, mirándome con los ojos llorosos, continuó con un susurro apenas perceptible:

—«Dentro de poco descenderás al mundo. Pero estás desnudo y el mundo detesta la desnudez. Hasta su propia alma la envuelve en harapos. Yo ya no necesito mis ropas. Entraré en la gruta y me despojaré de ellas, con el fin de que puedas cubrir tu desnudez, aunque las ropas de Shamadam sólo se ajustan a Shamadam. Espero que no sean un estorbo para ti.»

No hice comentario alguno a aquella propuesta, aceptándola con agradecido silencio.

Tan pronto como el Abad entró en la gruta para desvestirse, desenvolví el Libro y comencé despreocupadamente a hojear sus páginas de pergamino, amarillentas por el tiempo. Pronto me sentí prendado por la primera página que me esforcé en leer. Y continué leyendo y leyendo, cada vez más absorto. En mi subconsciente, esperaba que el Abad me avisase que había acabado de desvestirse y me llamase para vestirme. Pero los minutos pasaban y él no me llamaba.

Levanté los ojos de las páginas del Libro y miré hacia la gruta. Vi en el medio de ella las ropas del Abad amontonadas, pero a él no lo veía. Le llamé varias veces, cada vez más fuerte. No obtuve respuesta, lo que me alarmó y me dejó confundido. La gruta no tenía ninguna otra salida, sino aquella, frente a la que yo estaba. Por allí el Abad no había salido, de esto no tenía la menor duda. ¿Sería un fantasma? ¡Mas, yo había tocado su carne y sus huesos con mi propia carne y mis propios huesos! Además, allí estaba el Libro en mis manos y sus ropas dentro de la gruta. ¿Estaría acaso bajo ellas? Entré y las levanté una a una, pensando en lo ridículo de mi idea. Un montón de ropa, mucho mayor que aquel, no hubiese bastado para ocultar su voluminoso cuerpo. ¿Habría conseguido de algún modo salir de la gruta, cayendo al Abismo Negro?

Tan pronto como brilló esta idea en mi cerebro, salí precipitadamente de la gruta y, cuando apenas había dado algunos pasos, me vi frente a una roca grande, colocada en el mismo borde del Abismo. ¡Momentos antes, aquella roca no estaba allí! Tenía la apariencia de un animal agazapado, pero la cabeza se parecía mucho a la de un hombre de facciones rudas, con mentón fuerte y elevado, mandíbulas fuertemente cerradas y ojos semiabiertos, mirando al vacío en dirección al Norte.»

**EL LIBRO
ESTE ES EL LIBRO DE
MIRDAD
ESCRITO POR NARONDA
EL MAS JOVEN Y MAS
INSIGNIFICANTE
DE SUS COMPAÑEROS.
ES UN FARO
Y UN PUERTO
PARA AQUELLOS QUE ANHELAN
VENCERSE A SI MISMOS.
¡QUE TODOS LOS DEMÁS
SE APARTEN DE EL!**

CAPITULO UNO

Mirdad se manifiesta y habla de velos y sellos

NARONDA: Al anochecer de aquel día, los Ocho estaban reunidos alrededor de la mesa para cenar, mientras que Mirdad se hallaba apartado, de pie, esperando órdenes en silencio.

Una de las antiguas reglas que se mantenían entre los Compañeros era que en la conversación se evitase, siempre que fuese posible, el uso de la palabra «yo». El Compañero Shamadam se jactaba de sus obras como Abad. Citó numerosos detalles para demostrar hasta qué medida había contribuido a aumentar la riqueza y el prestigio del Arca. Y en su disertación hizo un uso excesivo de la palabra prohibida. El Compañero Micayon le reprendió con delicadeza. Enseguida se levantó entre ambos una acalorada discusión en cuanto a la finalidad de la regla y sobre quién la había instaurado, si el Padre Noé o el primer Compañero, es decir, Sem. Y el acaloramiento condujo a mutuas acusaciones, y éstas llevaron a una confusión tal, que mucho se decía y nada se podía entender.

Queriendo transformar aquella confusión en una situación hilarante, Shamadam se dirigió a Mirdad y le dijo, en un evidente tono de burla:

«Aquí tenemos a alguien más grande que el patriarca. Mirdad, muéstranos cómo salir de este laberinto de palabras.»

Todas las miradas se volvieron hacia Mirdad. Y fue grande nuestro asombro y nuestro júbilo cuando, por vez primera en siete años, abrió los labios y dijo:

MIRDAD: ¡Compañeros del Arca! El deseo de Shamadam, aunque expresado con ironía, anuncia inconscientemente la solemne decisión de Mirdad. Desde el día en que entró en este Arca, Mirdad había escogido esta fecha y este lugar —exactamente en estas circunstancias— para romper sus sellos y retirar sus velos, para revelarse ante vosotros y ante el mundo.

Con siete sellos había sellado Mirdad sus labios. Con siete velos había cubierto Mirdad su rostro, con el fin de que pudiera enseñaros a vosotros y al mundo, cuando estuviéseis maduros para aprender, cómo debéis romper los sellos de vuestros labios y levantar los velos de vuestros ojos, y así revelaros a vosotros mismos en la plenitud de la gloria que os pertenece.

Vuestros ojos están cubiertos por demasiados velos. Cada objeto sobre el que posáis vuestra mirada es un velo.

Vuestros labios están sellados por demasiados sellos. Cada palabra que pronunciáis es un sello.

Pues las cosas —sea cuales fueren sus formas y especies— son solamente velos y ataduras con las que la vida está atada y cubierta. ¿Cómo podrán vuestros ojos, que son en sí mismos un velo y una atadura, llevaros a algo que no sean ataduras y velos?

Y las palabras, ¿acaso no están selladas por letras y sílabas? ¿Cómo podrían vuestros labios, que son sellos en sí mismos, balbucear algo que no sean sellos?

Los ojos pueden cubrir con velos, pero no pueden penetrar los velos. Los labios pueden sellar, pero no pueden romper los sellos.

No les pidáis más de lo que pueden dar. Esa es la parte que les corresponde en las actividades del cuerpo, y ellos la desempeñan bien. Cubriendo con velos y poniendo sellos, os llaman en voz alta para que busquéis lo que está detrás de los velos y descubráis lo que está bajo los sellos.

Para atravesar los velos necesitáis otros ojos, diferentes a aquéllos que están dotados de párpados, pestañas y cejas.

Para romper los sellos necesitáis otros labios, distintos a los de carne que tenéis bajo la

nariz.

Ved primero correctamente vuestros propios ojos, si queréis ver correctamente las demás cosas. No es con los ojos, sino a través de ellos como debéis mirar, para que podáis ver aquello que está más allá de ellos.

Utilizad primero correctamente los labios y la lengua, si queréis pronunciar correctamente las demás palabras. No es con los labios y la lengua, sino a través de ellos como debéis hablar para pronunciar todas las palabras que están detrás de ellas.

Si no veis ni habláis correctamente, sólo os veréis a vosotros mismos y no seréis capaces de pronunciar otra cosa que no sea vosotros mismos. Porque en todas las cosas y más allá de las cosas, en todas las palabras y más allá de ellas, estáis vosotros —los que miráis y los que habláis—.

Así pues, si vuestra palabra es un enigma indescifrable, es porque vosotros mismos sois este enigma indescifrable. Y si vuestro hablar es una deplorable confusión, es porque vosotros sois esa deplorable confusión.

Dejad las cosas tal como son y no os esforcéis en modificarlas. Porque ellas parecen ser lo que parecen, debido a que vosotros parecéis ser lo que parecéis. Ellas no ven ni hablan, si vosotros no les prestáis la vista y la voz. Si ellas os hablan ásperamente, vigilad vuestras lenguas. Si os parecen feas, buscad esa fealdad en vuestros propios ojos.

No pidáis a las cosas que retiren sus velos. Retirad vuestros propios velos, y ellas perderán los suyos. Tampoco pidáis a las cosas que rompan sus sellos. Romped primero vuestros propios sellos y todos los demás serán rotos.

La llave para retirar los velos y romper los sellos en uno mismo, es una palabra que debéis tener eternamente impresa en vuestros labios. Es la menor y la mayor de todas las palabras. Mirdad la ha llamado la PALABRA CREADORA.

NARONDA: El Maestro se calló; y un profundo silencio, en el cual vibraba una intensa expectación, descendió sobre todos. Finalmente Micayón habló con apasionada impaciencia:

MICAYON: Nuestros oídos están ansiosos por escuchar la PALABRA. Nuestros corazones anhelan poseer la llave. Te rogamos, Mirdad, que la pronuncies.

CAPITULO DOS

La Palabra Creadora

El yo es la fuente y el centro de todas las cosas

MIRDAD: Cuando digáis «yo», que vuestros corazones exclamen al mismo tiempo: «Dios sea mi refugio contra la aflicción del yo y mi guía hacia la bienaventuranza del yo», pues en esta palabra, aunque sea tan pequeña, está encerrada el alma de todas las demás. Liberadla, e inmediatamente vuestra boca se perfumará y vuestra lengua se cubrirá de miel; de vuestras palabras rezumarán las delicias de la vida. Dejadla encerrada, y vuestro aliento despedirá hedor y amarga será vuestra lengua; cada una de vuestras palabras destilará el pus de la muerte.

«Yo», ¡oh, monjes!, es la Palabra Creadora. Y si no os apoderáis de su fuerza mágica y no os volvéis maestros de este poder, gemiréis cuando debierais estar cantando; estaréis en guerra cuando debierais estar en paz; seguiréis encerrados en la cárcel de las tinieblas, cuando debierais estar sumergidos en una atmósfera de luz.

Vuestro yo no es otra cosa que vuestra conciencia de ser, silenciosa e incorpórea, que se ha vuelto sonora y corpórea.- Es lo inaudible hecho audible; lo invisible hecho visible; para que al mirar podáis ver lo que no se ve; para que al escuchar podáis oír lo que no se oye. Todavía tenéis presos vuestros ojos y vuestros oídos. Y si no veis con vuestros ojos y no -oís con vuestros oídos, nada veréis y nada oiréis.

Basta que penséis «yo», y un mar de pensamientos se agitará en vuestras cabezas. Este mar es una creación de vuestro yo, el cual es, al mismo tiempo, el pensador y el pensamiento. Si tenéis pensamientos que apuñalan, muerden o desgarran, estad seguros que el yo en vosotros les dio el puñal, los dientes y las garras.

Mirdad desea que sepáis que aquél que puede construir, también puede destruir.

Basta sentir os «yo», para que se abra una fuente de sentimientos en vuestros corazones. Esta fuente es una creación de vuestro yo, el cual es, al mismo tiempo, el que siente y el que es sentido. Si existen espinos en vuestro corazón, fue únicamente el yo en vosotros el que los plantó.

Mirdad quiere que sepáis que quien puede fácilmente plantar, también puede arrancar fácilmente.

Por el mero hecho de pronunciar «yo», traéis a la vida una multitud de palabras. Cada palabra simboliza una cosa, cada cosa simboliza un mundo, y cada mundo forma parte de un universo. Este universo es creación de vuestro yo, el cual es, al mismo tiempo, el creador y la criatura. Si hay duendes en vuestro universo, podéis estar seguros de que vuestro yo los creó.

Mirdad quiere que sepáis que quien crea también puede destruir.

Tal como es el creador, así es la criatura. ¿Podría alguien crear algo superior a sí mismo? ¿O crear algo inferior a sí mismo? El creador sólo se crea a sí mismo, ni más ni menos.

El yo es una fuente de la que todo fluye y a la que todo regresa. Tal como es la fuente, así es lo que de ella fluye.

El yo es una varita mágica. Pero la varita mágica no puede hacer surgir cosa alguna que no esté en el mago. Tal como es el mago, así es aquello que su varita produce.

Tal como es vuestra conciencia, así es vuestro yo. Tal como es vuestro yo, así es vuestro mundo. Si vuestro yo es claro y tiene un sentido preciso, vuestro mundo será claro y tendrá un sentido preciso; y vuestras palabras jamás serán confusas y vuestras obras jamás serán nidos de dolor. Si vuestro yo es oscuro e incierto, vuestro mundo será oscuro e incierto, y vuestras palabras serán enmarañadas y confusas, y vuestras obras serán nidos de dolor.

Si vuestro yo es constante y paciente, vuestro mundo será constante y paciente, y seréis más poderosos que el tiempo y más extensos que el espacio. Si vuestro yo es efímero e inconstante, vuestro mundo será efímero e inconstante, y seréis como ligera neblina que el Sol deshace en poco tiempo.

Si vuestro yo es uno, vuestro mundo será uno, y estaréis en paz eterna con todas las huestes celestiales y los habitantes de la Tierra. Si vuestro yo es múltiple, vuestro mundo será múltiple, y estaréis en perpetua guerra con vosotros mismos y con todas las criaturas de los inconmensurables dominios de Dios.

El yo es el centro de vuestra vida, de donde irradian las cosas que constituyen la totalidad de vuestro mundo y hacia donde ellas convergen. Si él es firme, vuestro mundo será firme, y no habrá fuerza ni arriba ni abajo que os pueda desviar hacia la izquierda o hacia la derecha. Si es inestable, vuestro mundo será inestable, y seréis como una hoja indefensa, inmersa en un terrible huracán.

¡Tened cuidado! Es verdad que vuestro mundo es firme, pero sólo en la inestabilidad. Y vuestro mundo es cierto, pero únicamente en la incertidumbre. Y es constante vuestro mundo, mas tan sólo en la inconstancia. Y vuestro mundo es uno, mas solamente en la multiplicidad.

El vuestro es un mundo en el que las cunas se transforman en sepulcros y los sepulcros se transforman en cunas; en el que los días devoran a las noches y las noches vomitan los días; un mundo de paz que declara la guerra, y de guerra que implora la paz; en el que las sonrisas fluctúan sobre las lágrimas, y las lágrimas brillan en las sonrisas.

El vuestro es un mundo en constante trabajo de parto, en el que la partera es la muerte.

El vuestro es un mundo de cribas y tamices, en el que no existen dos cribas o dos tamices iguales. Y estáis siempre sufriendo al intentar cribar lo que no puede ser cribado, y tamizar lo que no puede ser tamizado.

El vuestro es un mundo dividido en sí mismo, pues vuestro yo también está dividido.

El vuestro es un mundo de barreras y de cercas, porque vuestro yo es una de esas barreras y cercas. El pone una cerca para que aquello que le es extraño no entre, y coloca otra para que aquello que le es afín no salga. No obstante, lo que está fuera de la cerca pasa adentro, y lo que está dentro pasa afuera, pues siendo ambos hijos de la misma madre —que es precisamente vuestro yo— no pueden estar separados.

Y vosotros, en lugar de regocijaros con su feliz unión, volvéis a imponeros el infructuoso trabajo de separar lo inseparable. En lugar de terminar con la división de vuestro yo, talláis vuestra vida intentando levantar una cerca con la que podáis separar aquello que pensáis que es de vuestro yo, de aquello que juzgáis que no es de vuestro yo.

Por esto, las palabras de los hombres están impregnadas de veneno. Por ello, sus días están llenos de preocupaciones. Por esto, sus noches están tan atormentadas por el dolor. ¡Oh, monjes!, Mirdad terminará con la división de vuestro yo, para que podáis vivir en paz con vosotros mismos, con todos los hombres, y con todo el universo.

Mirdad extraerá el veneno de vuestro yo, para que podáis probar la dulzura de la Comprensión.

Mirdad os enseñará como pesar a vuestro yo, para que conozcáis la alegría del PERFECTO EQUILIBRIO.

NARONDA: El Maestro hizo una pausa, y un profundo silencio cayó de nuevo sobre nosotros. Una vez más, Micayon rompió el silencio diciendo:

MICAYON- Turbadoras son tus palabras, Mirdad. Abren varias puertas, pero nos dejan en el umbral. Lleva-nos adelante, haznos entrar.

CAPITULO TRES

La Trinidad Santa y el perfecto equilibrio

MIRDAD: Aunque cada uno de vosotros esté centrado en su yo, todos estáis concentrados en un Yo, el Yo único de Dios.

El Yo de Dios, ¡oh, monjes!, es la única y eterna Palabra de Dios. En ella está Dios, la Suprema Conciencia manifestada. Sin ella, El sería un silencio absoluto. Por ella, es creado el Creador mismo. Por ella, Aquél que no tiene forma toma una multiplicidad de formas, a través de las cuales las criaturas volverán nuevamente a no tener forma. Para sentirse a sí mismo, para pensarse a sí mismo, para pronunciarse a sí mismo, Dios sólo precisa pronunciar «Yo». Por consiguiente, «Yo» es su única palabra. Por esto, ella es LA PALABRA.

Cuando Dios dice «Yo», nada queda por decir. Los mundos visibles e invisibles; las cosas nacidas y las que están por nacer; el tiempo que está pasando y el que debe transcurrir; todo, sin exceptuar ni un solo grano de arena, está expresado e incluido en esta Palabra. Por ella, todas las cosas son creadas. Por ella, todas las cosas son mantenidas.

Si una palabra no significa algo, no es más que un eco en el vacío.

Si su significado no es eternamente el mismo, no es más que un cáncer en la garganta y erupciones en la lengua.

La Palabra de Dios no es un eco en el vacío, ni un cáncer en la garganta, ni erupciones en la lengua, salvo para aquéllos que no poseen la Comprensión; pues la Comprensión es el Espíritu Santo que vivifica la Palabra y la une a la Conciencia; es el fiel de la balanza eterna, cuyos dos platillos son la Conciencia Original y la Palabra.

La Conciencia Original, la Palabra y el Espíritu de Comprensión son, ¡oh, monjes!, la TRINIDAD DEL SER, los Tres que son Uno, el Uno que es Tres; co-iguales, co-extensos, co-eternos; auto-equilibrados, auto-iluminados, auto-realizados; que jamás aumentan o disminuyen; siempre en paz; siempre iguales. Este es, ¡oh, monjes!, el PERFECTO EQUILIBRIO.

El hombre le da el nombre de Dios, pero es demasiado prodigioso para que se le pueda dar un nombre. No obstante, sagrado es su nombre y santa es la lengua que lo conserva sagrado.

Pues bien, ¿qué es el hombre, sino el retoño de este Dios?

¿Puede ser él diferente a Dios?

¿No está el roble contenido en la bellota? ¿No está Dios envuelto en el hombre?

Así pues, también el hombre es una trinidad sagrada; una conciencia, una palabra y una comprensión. También el hombre es un creador como su Dios. Su yo es su criatura.

¿Por qué no está equilibrado como su Dios?

Si queréis conocer la respuesta a este enigma, oíd lo que Mirdad os va a revelar.

CAPITULO CUATRO

El hombre es un dios en pañales

El hombre es un dios en pañales. El tiempo es un pañal. El espacio es un pañal. La carne es un pañal, y de igual modo son pañales todos los sentidos y las cosas por ellos percibidas. La madre sabe que los pañales no son la criatura. Pero la criatura no lo sabe. El hombre todavía es demasiado consciente de sus pañales, que cambian de día en día y de edad en edad. Por este motivo, su conciencia está siempre en movimiento; y su palabra, por la cual su conciencia se expresa, nunca es clara ni tiene un significado preciso; y su comprensión es turbia; y su vida está en desequilibrio. Es la confusión tres veces confusa.

Por eso los hombres piden ayuda. Sus gritos de angustia resuenan a través de los eones. El aire está repleto de sus gemidos. El mar es salado debido a sus lágrimas. La Tierra está surcada por sus sepulturas. Los cielos están ensordecidos por sus plegarias. Y todo esto porque todavía no sabe el significado de su yo, que para él son los pañales y la criatura que en ellos está envuelta.

Al decir «yo», el hombre escinde la Palabra en dos: sus pañales, por una parte, y el divino rayo inmortal, por otra. ¿Dividirá realmente el hombre aquello que es indivisible? Dios lo prohíbe. Ningún poder, ni siquiera el mismo poder de Dios, puede dividir lo indivisible. La inmadurez del hombre le hace imaginar la división. Y el hombre, el recién nacido, se ciñe para la batalla y se pone en guerra contra el Ser total, juzgándole enemigo de su ser.

En este combate desigual, el hombre desgarrar sus carnes en tiras y derrama su sangre en torrentes. Por su parte, Dios, el Padre-Madre, le observa con compasión, pues El sabe que el hombre está solamente rasgando sus pesados velos y derramando la amarga hiél, que le impiden ver su unidad con el Uno.

Este es el destino del hombre: luchar, sangrar, desfallecer y, al final, despertar y acabar con la división del yo por medio de su propia carne, y con el sello de su propia sangre.

Por esto, ¡oh, monjes!, fuisteis advertidos —y muy sabiamente advertidos— para que fuerais prudentes con el uso de la palabra «yo». Pues mientras que con ella os refiráis a los pañales y no exclusivamente a la criatura, mientras sea para vosotros una criba y no un crisol, estaréis cribando vuestra propia vanidad, para cosechar, finalmente, la muerte con toda su nidada de dolores y agonías.

CAPITULO CINCO

Crisol y criba La Palabra de Dios y la del hombre

La Palabra de Dios es un crisol. Lo que ella crea, se funde y fusiona en un todo, sin aceptar nada como valioso, y sin rechazar nada como carente de valor. Puesto que posee el Espíritu de Comprensión, sabe muy bien que ella y su creación constituyen un todo; que rechazar una parte es rechazar el todo, y rechazar el todo es rechazarse a sí misma. Por consiguiente, ella siempre tiene el mismo objetivo y el mismo sentido.

Por su parte, la palabra del hombre es una criba. Atrae y rechaza lo que ella crea. Está siempre aceptando esto como amigo, y rechazando aquello como enemigo. Y con frecuencia, el amigo de ayer se convierte en el enemigo de hoy, y el enemigo de hoy en el amigo de mañana.

Así se desencadena la cruel e inútil guerra del hombre contra sí mismo. Y todo esto ocurre porque el hombre no posee el Espíritu Santo, el único que le puede hacer comprender que él y su creación son una misma cosa; que expulsar al enemigo es expulsar al amigo, pues ambas palabras, «enemigo» y «amigo», son creaciones de su palabra, de su yo.

Aquello que no os gusta y rechazáis, considerándolo como malo, es ciertamente aprovechado por alguien o por algo, que lo considera bueno. ¿Acaso una misma cosa puede ser, al mismo tiempo, dos cosas contrarias? No es ni lo uno ni lo otro; sino que lo que vuestro yo considera malo, otro yo lo considera bueno.

¿No os he dicho que aquél que puede crear también puede destruir? Tal como habéis creado un enemigo, podéis destruirlo y volver a crearlo como amigo.

Para ello, vuestro yo necesita ser un crisol. Para ello, necesitáis tener el Espíritu de Comprensión.

Por eso os digo que si oráis para obtener algo, orad ante todo pidiendo Comprensión. Nunca seáis cribadores, queridos Compañeros. Pues la Palabra de Dios es Vida y la Vida es un crisol en el cual todo se hace uno e indivisible; todo permanece en perfecto equilibrio y todo es digno de su autor, la Santa Trinidad. ¡Cuánto más digno debe ser para vosotros!

Nunca seáis cribadores, queridos Compañeros, y adquiriréis tal dimensión, tan amplia en extensión y comprensión, que no habrá criba alguna que pueda conteneros.

Nunca seáis cribadores, queridos Compañeros. Buscad primero el conocimiento de la Palabra, para que podáis conocer vuestra propia palabra. Y cuando sepáis vuestra palabra, echad al fuego todas vuestras cribas, pues vuestra palabra y la de Dios son la misma, salvo que la vuestra todavía esté cubierta por los velos.

Mirad os pide que retiréis los velos. La Palabra de Dios es el tiempo y el espacio sin medida. ¿Ha habido acaso algún tiempo en que no hayáis estado con Dios? ¿Existe algún lugar en que no estéis con Dios? ¿Por qué cercáis entonces la eternidad con horas y estaciones? ¿Y por qué encerráis el espacio en pulgadas y leguas?

La Palabra de Dios es Vida sin necesidad de nacer y, por lo tanto, es inmortal. Entonces, ¿por qué vuestra vida está cercada por el nacimiento y la muerte? ¿Acaso no vivís únicamente la Vida de Dios? ¿Y puede lo inmortal ser la causa de la muerte?

La Palabra de Dios incluye el Todo. En ella no hay cercas ni barreras. ¿Por qué vuestra palabra está llena de cercas y barreras?

Os digo que vuestra propia carne y vuestros propios huesos no son sólo vuestros. Innumerables son las manos que junto a las vuestras se introducen en los eternos depósitos de la tierra y del cielo, de donde vienen y a donde vuelven vuestros huesos y vuestra carne.

Ni tampoco la luz de vuestros ojos es solamente vuestra. Ella es también la luz de todos

los que comparten el Sol con vosotros. ¿Qué podrían contemplar vuestros ojos en mí, si no hubiese luz en mí? Es mi luz la que me ve en vuestros ojos. Es vuestra luz la que os ve en vuestros ojos. Si yo estuviese en la oscuridad total, cuando vuestros ojos me contemplaran, sólo verían una oscuridad total.

El aliento de vuestro pecho no es sólo vuestro. Todos aquéllos que respiran o que ya respiraron el aire, están respirando vuestro aliento. ¿No es el aliento de Adán el que todavía respiran vuestros pulmones? ¿No es el corazón de Adán el que todavía late en vuestros corazones?

Ni tampoco vuestros pensamientos son sólo vuestros. El mar de los pensamientos los reclama como suyos, y también los seres pensantes que con vosotros comparten ese mar.

Vuestros sueños no son sólo vuestros. Todo el universo está soñando vuestros propios sueños.

Ni tampoco vuestras casas son solamente vuestras. Ellas son también la residencia de vuestro huésped, de la mosca, del ratón, del gato, y de todas las criaturas que comparten la casa con vosotros.

¡Cuidado, pues, con las cercas! Cuando cercáis algo, ponéis el engaño dentro de ella y dejáis la verdad fuera. Y cuando os volvéis para veros dentro de la cerca, os encontráis frente a la muerte, que es otro nombre del engaño.

Inseparable de Dios, ¡oh, monjes!, es el Hombre. Inseparable, pues, de sus semejantes y de todas las criaturas que proceden de la Palabra.

La Palabra es el océano, vosotros sois las nubes. ¿Y la nube no es acaso nube por lo que contiene del océano? Y en verdad, poco juicio tendría la nube que desperdiciase su vida para afianzarse en el espacio, con objeto de conservar su forma y su identidad para siempre. ¿Qué resultado cosecharía con estos vanos esfuerzos, sino esperanzas deshechas y una amarga vanidad? A no ser que se pierda, no se podrá hallar. A no ser que muera y desaparezca como nube, no podrá encontrar el océano que tiene en sí misma y que es Su único ser.

El hombre es una nube que contiene a Dios en sí mismo. A no ser que se vacíe a sí mismo, no podrá encontrarse. ¡Y qué alegría la de vaciarse!

A no ser que os perdáis para siempre en la Palabra, no podréis comprender la Palabra que está en vosotros, vuestro «yo». ¡Ah, qué alegría la de perderse!

Una vez más os digo, orad pidiendo Comprensión. Cuando la Sagrada Comprensión penetre en vuestros corazones, nada habrá en la inmensidad de Dios que no haga vibrar en vosotros una alegre respuesta, cada vez que pronunciéis «yo».

Y entonces la propia muerte pondrá en vuestras manos el arma con la cual venceréis a la muerte. Y entonces la vida colocará en vuestros corazones la llave que abre su corazón sin límites, la llave de oro del Amor.

SHAMADAM (Haciendo alusión a la posición de Mirdad como sirviente): Nunca soñé que tanta sabiduría pudiese ser extraída de un paño de cocina o de una escoba.

MIRDAD: Todo es fuente de sabiduría para el sabio. Para aquél que no es sabio, la propia sabiduría es locura.

SHAMADAM: Tienes una lengua hábil, sin duda. Es sorprendente que la hayas refrenado durante tanto tiempo; si bien tus palabras son muy duras de oír.

MIRDAD: Mis palabras son muy suaves, Shamadam.

Tu oído es el duro. Desdichados aquéllos que, oyendo, no oyen y, viendo, no ven.

SHAMADAM: Yo oigo y veo muy bien. No oiré, sin embargo esa locura de que Shamadam es lo mismo que Mirdad; de que el amo y el criado son iguales.

CAPITULO SEIS

El amo y el criado Los compañeros dan su opinión sobre Mirdad

MIRDAD: Mirdad no es el único criado de Shamadam. ¿Puedes tú, Shamadam, contar tus sirvientes?

¿Habrán un águila o un halcón, un cedro o un roble, una montaña o una estrella, un océano o un lago, un ángel o un rey que no sirva a Shamadam? ¿Acaso no está todo el mundo al servicio de Shamadam?

Y Mirdad no es el único amo de Shamadam. ¿Puedes tú, Shamadam, contar tus dueños? ¿Habrán un escarabajo o una pulga, una lechuza o un gorrión, un cardo o un brote, un guijarro o una concha, una gota de rocío o una laguna, un mendigo o un ladrón que no sea servido por Shamadam? ¿Acaso no está Shamadam al servicio de todo el mundo? Pues el mundo, al hacer su trabajo, también hace el tuyo. Y al hacer tu trabajo, haces también el del mundo.

La cabeza es dueña del vientre. Pero el vientre también es dueño de la cabeza. Nada puede servir si no es servido al servir, y nada puede ser servido si no sirve al sirviente.

En verdad te digo, Shamadam, como a todos vosotros: el criado es el dueño del amo; el amo es el sirviente del criado. Que el criado no incline su cabeza. Y que no la levante el amo. Sea abatido el orgullo mortal del amo. Sea arrancada la ignominiosa vergüenza del criado.

Recordad que la Palabra es una sola. Y vosotros, que sois sílabas de la Palabra, en realidad sois solamente uno. Ninguna sílaba es más noble que otra, ni más esencial que otra. Las numerosas sílabas no forman más que una sola sílaba: la propia Palabra. Y os transformaréis en tal monosílabo cuando conozcáis el éxtasis de este inexpresable Amor que es el amor por todos y por todo.

No te estoy hablando ahora como un amo a su criado, ni como un criado a su amo, Shamadam, sino como hermano. ¿Por qué te turban mis palabras?

Reniega de mí, si así lo quieres. Yo no renegaré de ti. ¿No te he dicho ya, hace un momento, que la carne que cubre mis huesos es la misma que la que cubre los tuyos? Jamás te apuñalaría, para no verme sangrar. Envaina, pues, tu lengua si no quieres derramar tu sangre. Ábreme tu corazón, si quieres tenerlo al abrigo de todo sufrimiento. Es mucho mejor no tener lengua que tener una cuyas palabras sean trampas y espinos. Y las palabras provocarán siempre heridas y trampas hasta que la lengua pueda ser purificada por la Sagrada Comprensión.

Os pido que examinéis vuestros corazones, ¡oh, monjes! Os pido que derrumbéis todas las barreras que hubiesen en vuestro interior. Os pido que arrojéis fuera todos los pañales con los que vuestro yo todavía está envuelto, para que podáis verle unido a la Palabra de Dios, eternamente en paz consigo misma y con todos los mundos que de ella emanan.

Así enseñé a Noé.

Así os enseñé a vosotros.

NARONDA: Y diciendo así, Mirdad se retiró a su celda, dejándonos inmensamente confundidos. Después de haber mantenido durante algún tiempo un silencio embarazoso, los compañeros comenzaron a separarse, dando cada cual, al retirarse, su opinión sobre Mirdad.

SHAMADAM: Un mendigo que sueña con la corona real.

MICAYON: El es el pasajero clandestino. ¿No dijo: «Así enseñé a Noé»?

ABIMAR: Un ovillo de hilo enmarañado.

MICASTER: Una estrella de otro firmamento. BENNOON: Su mente es poderosa, pero

se pierde en contradicciones.

ZAMORA: Un arpa maravillosa afinada en una clave que desconocemos.

HIMBAL: Una palabra errante en busca de un oído amigo.

CAPITULO SIETE

Micayón y Naronda mantienen una conversación nocturna

con Mirdad, y éste les avisa del diluvio que va a venir, pidiéndoles que estén preparados

NARONDA: Era cerca de la segunda hora de la tercera vigilia, cuando sentí que se abría la puerta de mi celda, y oí a Micayón que me susurraba: —«¿Estás despierto, Naronda?»

—«El sueño no visitó mi celda esta noche, Micayón.» —«Tampoco anidó en mis párpados. Y él, ¿piensas que él duerme?»

—«¿Hablas del Maestro?»

—«¿Ya le llamas Maestro? Quizás lo sea. No podré hallar descanso hasta que no me cerciore de su identidad. Vayamos a verle ahora mismo.»

Y andando de puntillas salimos de mi celda y entramos en la del Maestro. Un hilo de luna plateado, que se filtraba por un hueco en lo alto de la pared, iluminaba su humilde lecho, cuidadosamente extendido en el suelo. Evidentemente, no había sido ocupado aquella noche. Aquél a quien buscábamos no se encontraba allí donde lo buscábamos.

Confusos, avergonzados y defraudados, íbamos a volver sobre nuestros pasos, cuando, súbitamente, su apacible voz llegó hasta nuestros oídos, antes de que nuestros ojos pudiesen percibir su delicada silueta en la puerta.

MIRDAD: No os turbéis. Sentaos en paz. En la cumbre de las montañas, la noche se disuelve rápidamente en alborada. La hora es propicia para la disolución.

MICAYÓN (Perplejo y balbuciente): Perdona nuestra intrusión. No hemos dormido en toda la noche.

MIRDAD: El sueño es un olvido de sí mismo demasiado breve. Más vale ahogar el yo despierto, que paladear con cuentagotas el olvido del sueño. ¿Qué queráis de Mirdad?

MICAYÓN: Veníamos para saber quién eres.

MIRDAD: Entre los hombres soy un dios. Cuando estoy en Dios soy un hombre. ¿Comprendiste, Micayón?

MICAYÓN: Profieres una blasfemia.

MIRDAD: Contra el dios de Micayón... tal vez. Contra el Dios de Mirdad, nunca.

MICAYÓN: ¿Acaso hay tantos dioses como hombres, para que hables de uno de Micayón y otro de Mirdad?

MIRDAD: Dios no es «muchos». Dios es Uno. Pero numerosas y diversas son todavía las sombras de los hombres. Mientras los hombres proyecten sus sombras sobre la Tierra, el dios de cada hombre no será más grande de lo que es su sombra. Sólo los que no tienen sombra están en la Luz. Sólo los que no tienen sombra conocen al Dios único. Porque Dios es Luz, y sólo la Luz es capaz de conocer la Luz.

MICAYÓN: No nos hables con enigmas. Nuestra comprensión todavía es muy pequeña.

MIRDAD: Todo es enigma para el hombre que sigue a una sombra, pues éste, al caminar en una luz prestada, tropieza con su propia sombra. Cuando os hagáis resplandecientes de Comprensión, ya no proyectaréis más sombra. Pero en breve, Mirdad recogerá vuestras sombras y las quemará al Sol. Entonces, aquello que para vosotros es ahora un enigma, resplandecerá en vosotros como una verdad refulgente, demasiado evidente para necesitar explicación.

MICAYÓN: ¿No nos dirás quién eres? Si supiésemos tu nombre —tu verdadero nombre—, tu patria y tus antepasados, tal vez pudiésemos comprenderte mejor.

MIRDAD: ¡Oh, Micayón! Intentar sujetar a Mirdad con vuestras cadenas y cubrirle con vuestros velos, es como forzar a un águila a regresar al huevo en el que fue incubada. ¿Cuál es el nombre que se puede dar a un Hombre que ya no está en el «nido»? ¿Qué patria puede contener a un Hombre en el cual está contenido el universo? ¿A qué antepasados se puede referir un Hombre cuyo único ancestro es Dios? Si quieres conocerme bien, Micayón, es preciso que antes conozcas bien a Micayón.

MICAYON: Tal vez seas un mito vestido con la apariencia de un hombre.

MIRDAD: Efectivamente, algún día la gente dirá que Mirdad no era más que un mito. Pero dentro de poco sabréis cuan real es ese mito, mucho más real que cualquier realidad de los hombres. El mundo ahora no conoce a Mirdad. Mirdad está constantemente atento al mundo. Y en breve, el mundo conocerá a Mirdad.

MICAYON: ¿Eres, por casualidad, el pasajero clandestino?

MIRDAD: Soy pasajero clandestino en toda arca que afronta el diluvio de la ilusión. Tomo en mis manos el timón tantas veces como el capitán pide mi ayuda. Vuestros corazones, aunque no lo sepáis, me llamaron hace mucho tiempo en voz alta. ¡Heme aquí! Mirdad está aquí para guiaros con seguridad, para que vosotros, a su vez, podáis guiar al mundo fuera del mayor diluvio del que jamás se tuvo noticia.

MICAYON: ¿Otro diluvio?

MIRDAD: No para inundar la tierra, sino para manifestar el Cielo en la tierra. No para borrar la huella del Hombre, sino para revelar a Dios en el Hombre.

MICAYON: El arco iris surgió en nuestro cielo hace pocos días. ¿Cómo puedes hablar de otro diluvio?

MIRDAD: Más devastador de lo que fue el diluvio de Noé, será el diluvio que ya está asolando la tierra. Una tierra cubierta por las aguas es una tierra preñada de promesas de primavera. No así una tierra que hierve en la fiebre de su propia sangre.

MICAYON: ¿Debemos entonces esperar el fin? Se nos dijo que la venida del pasajero clandestino sería la señal del fin.

MIRDAD: No temáis por la tierra. Ella es muy joven y sus senos están rebosantes. Más generaciones de las que podáis contar, serán todavía amamantadas por ella.

Tampoco estéis preocupados por el Hombre, el señor de la Tierra; porque él es indestructible. Sí, inextinguible es el Hombre. Inagotable es el Hombre. El entrará en la forja como hombre y saldrá de ella como Dios.

Manteneos firmes. Preparaos. Que vuestros ojos, vuestros oídos y vuestras lenguas ayunen, para que vuestros corazones puedan experimentar aquella hambre sagrada que, una vez aplacada, os dejará saciados por toda la eternidad.

Y necesitáis estar saciados, para dar de comer a los hambrientos. Necesitáis ser fuertes y firmes, para socorrer a los que vacilan y a los débiles. Necesitáis estar preparados contra la tempestad, para que podáis proteger a todos los desvalidos que están acosados por la tempestad. Necesitáis estar siempre luminosos para poder guiar a aquéllos que caminan en las tinieblas.

Los débiles son una carga pesada para los débiles. Pero para los fuertes son un carga agradable. Buscad a los débiles, pues su flaqueza es vuestra fuerza.

Los hambrientos son solamente hambre para los hambrientos. Pero para los saciados son un alivio bienvenido. Buscad a los hambrientos, pues vuestra saciedad es su necesidad.

Los ciegos son una piedra de tropiezo para los ciegos. Pero para los que ven son mojones que les indican el camino. Buscad a los ciegos, pues sus tinieblas son vuestra luz.

NARONDA: En aquel momento sonó la trompeta, llamando a la oración de la mañana.

MIRDAD: Zamora hace sonar su trompeta para comenzar un nuevo día. Un nuevo

milagro que podéis pasar bostezando entre el sentarse y el levantarse, llenando el estómago y vaciándolo, fatigando vuestras lenguas con palabras vanas, haciendo muchas cosas que sería mejor no hacer, y no haciendo muchas otras que necesitarían ser hechas.

MICAYON: ¿No debemos ir, pues, a la oración?

MIRDAD: ¡Id! Orad conforme se os enseñó a orar. Orad de cualquier forma, por cualquier cosa. ¡Id! Haced todo lo que se os ordenó hacer, hasta que lleguéis a ser vuestros propios maestros y dueños, hasta que hayáis aprendido a hacer de cada palabra una oración y de cada acto una ofrenda. Id en paz. Mirdad tiene que velar para que vuestro refrigerio matinal sea abundante y delicioso.

CAPITULO OCHO

Los siete buscan a Mirdad en el Nido del Águila, donde él les advierte de que no hagan nada en la obscuridad

NARONDA: En aquel día Micayón y yo no comparecimos a los maitines. Shamadam notó nuestra ausencia y, sabiendo de nuestra visita nocturna al Maestro, se molestó en gran manera. A pesar de todo, no lo demostró en aquel momento, reservándose para otra oportunidad.

Los demás Compañeros quedaron muy intrigados por nuestro comportamiento, queriendo saber la razón. Algunos pensaron que había sido el Maestro el que nos aconsejó no ir a orar. Otros hicieron curiosas conjeturas sobre su identidad, diciendo que él nos había llamado por la noche para darse a conocer solamente a nosotros. Nadie creía que él fuera el pasajero clandestino. Sin embargo, todos querían verle y hacerle preguntas sobre muchas cosas.

Tenía el Maestro por costumbre, después de terminar sus tareas en el Arca, pasar las horas en la gruta que estaba frente al Abismo Negro, gruta que entre nosotros conocíamos con el nombre de «Nido del Águila». Allí fuimos a buscarle todos nosotros, excepto Shamadam, ese mismo día por la tarde, encontrándole en profunda meditación. Su rostro estaba iluminado, y resplandeció aún mucho más cuando, al levantar los ojos, nos vio.

MIRDAD: ¡Qué rápido encontrasteis vuestro nido! Mirdad se regocija al veros.

ABIMAR: El Arca es nuestro nido. ¿Por qué dices que esta gruta es nuestro nido?

MIRDAD: El Arca fue en otro tiempo un Nido de Águila.

ABIMAR: ¿Y ahora qué es?

MIRDAD: Una madriguera de topos, desgraciadamente.

ABIMAR: Ocho topos felices, ¡y con Mirdad nueve!

MIRDAD: Qué fácil es burlarse y qué difícil es comprender. Con todo, la burla siempre se ha burlado del burlador. ¿Por qué haces trabajar la lengua en vano?

ABIMAR: Eres tú quien se ha mofado de nosotros, llamándonos topos. ¿Por qué motivo merecemos ese apodo? ¿No hemos conservado encendido el fuego de Noé? Esta Arca que dio abrigo, antiguamente, a un puñado de mendigos, ¿no fue transformada por nosotros en una morada más rica que el más rico de los palacios? ¿No hemos ampliado sus fronteras hasta transformarla en un poderoso reino? Si fuéramos topos, seríamos ciertamente topos maestros.

MIRDAD: En efecto, el fuego de Noé está encendido, pero solamente en el altar. ¿De qué os vale eso, si no sois vosotros mismos el altar, y si vuestros corazones no son el aceite y la leña a quemar?

El Arca está ahora sobrecargada de oro y plata y, por esto, cruje y se balancea peligrosamente, pronta para irse a pique. Mientras que, antiguamente, el Arca Madre estaba sobrecargada de Vida y no llevaba peso muerto; por eso las profundidades eran impotentes contra ella.

Cuidado con el peso muerto, queridos Compañeros. Todo es peso muerto para el hombre que mantiene firme la fe en su divinidad. El contiene en sí mismo el mundo, pero no carga con su peso.

Yo os digo que si no arrojáis por la borda vuestra plata y vuestro oro, os arrastrarán consigo hasta abajo. Pues el hombre es poseído por todo lo que posee. Dejad de agarrar las cosas si no queréis estar bajo sus garras.

No pongáis precio a las cosas, pues la menor de ellas tiene un valor inestimable. Vosotros ponéis precio a un mendrugo de pan. ¿Por qué no poner precio al sol, al aire, a la tierra, al mar, al sudor y al ingenio del hombre, sin los cuales no habría pan?

No pongáis precio a cosa alguna, si no queréis poner precio a vuestras vidas. La vida del hombre no es más cara que aquello que le es máspreciado. Tened cuidado en no considerar vuestra vida, cuyo precio es incalculable, tan barata como el oro.

Ampliasteis en muchas leguas las fronteras del Arca, pero aunque las hubieseis llevado hasta los confines de la Tierra, todavía estaríais encerrados entre límites. Mirad quisiera veros ceñidos y cubiertos con el infinito. El mar sólo es una gota contenida en la Tierra y, no obstante, ¿no ciñe y cubre la Tierra? ¡Cuan más infinito mar es el Hombre! No seáis tan pueriles como para medirle desde la cabeza a los pies y pensar que habéis encontrado sus límites. Podéis ser topos maestros, conforme dice Abimar; mas solamente como los topos que trabajan en las tinieblas. Cuanto más complicados son sus laberintos, más se alejan sus rostros del Sol. Conozco vuestros laberintos, Abimar. Vosotros sois un puñado, como dijiste, supuestamente desligado de todas las tentaciones del mundo y consagrado a Dios. No obstante, sinuosos y oscuros son los caminos que os unen al mundo. ¿No estoy escuchando como silban y se agitan vuestras pasiones? ¿No veo vuestras codicias reptar y retorcerse ante el propio altar de vuestro Dios? Puede que seáis un puñado, ¡mas cuántas legiones hay en este puñado!

Si vosotros fueseis realmente los topos maestros que decís ser, hace mucho tiempo que habríais hecho un túnel no solamente a través de la Tierra, sino también a través del Sol y de todas las demás esferas que giran en el firmamento.

Dejad que los topos excaven sus oscuras galerías con el hocico y las patas. Vosotros no necesitáis mover una sola pestaña para encontrar el camino real. Sentaos en este nido, y dejad que la Imaginación trabaje. Ella es vuestro divino guía hacia los maravillosos tesoros del ser que es vuestro reino. Seguid a vuestro guía con corazones valientes e intrépidos. Aunque sus huellas se encuentren en la más distante estrella, os servirán de señal y certeza de que ya fuisteis allí plantados, pues no podéis imaginar cosa alguna que no esté en vosotros, o forme parte de vosotros.

Un árbol no puede extenderse más allá de sus raíces. Mientras que el Hombre puede extenderse hasta el infinito, pues tiene sus raíces en la Eternidad.

No os pongáis límite. Extendeos hasta que no haya región en la que no estéis. Extendeos hasta que el mundo esté donde quiera que estéis. Extendeos hasta que encontréis a Dios donde quiera que os encontréis. ¡Extendeos! ¡Extendeos!

No hagáis nada en las tinieblas, creyendo que las tinieblas son un manto impenetrable. Si no os avergonzáis de los hombres cegados por las tinieblas, avergonzaos al menos ante el murciélago y la luciérnaga. No hay tinieblas, queridos Compañeros. "Hay grados de luz que satisfacen las necesidades de todas las criaturas del mundo. Vuestro día claro es crepúsculo para el Fénix. Vuestra noche cerrada es claro día para la rana. Si las tinieblas mismas están descubiertas, ¿cómo podrían servir de cubierta para algo?

Procurad no encubrir cosa alguna. Si nada revelara vuestros secretos, éstos serían revelados por su propia envoltura. ¿Acaso la tapadera no sabe lo que contiene la olla? ¡Qué desgracia para aquellas ollas llenas de serpientes y gusanos cuando su tapadera sea levantada!

En verdad os digo: no sale aliento de vuestros pulmones sin que esparza a los cuatro vientos lo que anida en vuestro pecho. Ninguna mirada sale de vuestros ojos sin que lleve consigo todo el contenido del ojo: su codicia y su miedo, sus sonrisas y sus lágrimas. Ningún sueño ha franqueado nunca puerta alguna sin haber llamado antes a todas las demás puertas.

Tened, pues, cuidado de cómo miráis. Tened cuidado con los sueños que dejáis salir o entrar por vuestra puerta.

No obstante, si quisieseis libraros de vuestras inquietudes y sufrimientos, Mirad os mostrará el camino.

CAPITULO NUEVE

El camino hacia una vida sin sufrimiento Los Compañeros quieren saber si Mirdad es el pasajero clandestino

MICASTER: Muéstranos el camino.

MIRDAD: Este es el camino que lleva a la liberación de las preocupaciones y del sufrimiento:

Pensad como si todos vuestros pensamientos tuviesen que ser grabados a fuego en el cielo para que todo y todos los viesen. Y verdaderamente es así.

Hablad como si todo el mundo fuese un único oído, atento a escuchar lo que decís. Y verdaderamente es así.

Obrad como si todos vuestros actos tuviesen que arrojarse sobre vuestras cabezas. Y verdaderamente es así.

Desead como si vosotros mismos fueseis el deseo. Y verdaderamente lo sois.

Vivid como si vuestro propio Dios tuviese necesidad de vosotros para vivir su Vida. Y verdaderamente es así.

HIMBAL: ¿Por cuánto tiempo todavía continuarás manteniéndonos aturdidos? Hablas como jamás hombre ni libro alguno nos habló.

BENNOON: Dinos quién eres, para que sepamos con qué oídos tenemos que oírte. Si eres el pasajero clandestino, danos una prueba de ello.

MIRDAD: Hablaste muy bien, Bennoon. Tú tienes muchos oídos, por eso no puedes oír. Si sólo tuvieses uno que oyese y comprendiese, no exigirías pruebas.

BENNOON: El pasajero clandestino tendrá que venir para juzgar al mundo, y nosotros —los del Arca— nos sentaremos junto a El para juzgar. ¿Debemos prepararnos para el Día del Juicio?

CAPITULO DIEZ

El juicio y del Día del Juicio

MIRDAD: En mi boca no hay juicio, sino la Sagrada Comprensión. No vine para juzgar al mundo, sino, por el contrario, para desajuiciarlo, pues sólo la ignorancia gusta vestirse con la toga y el birrete, interpretar la ley y aplicar las penas.

El más despiadado juez de la ignorancia es la propia ignorancia. Fijémonos en el hombre. ¿Acaso no está dividido en dos, por ignorancia, atrayendo de esta manera hacia sí la muerte, así como hacia todas las cosas que componen su mundo dividido?

En verdad os digo que no hay Dios y hombre, sino Dios-Hombre u Hombre-Dios. Sólo existe el UNO. Aunque esté multiplicado o bien dividido, es siempre el UNO.

La unidad de Dios es la eterna ley de Dios. Es una ley que se cumple por sí sola. No tiene necesidad de tribunales ni de jueces que proclamen y sustenten su dignidad y su fuerza. El Universo —lo visible y lo invisible— es una sola boca que proclama la unidad de Dios a aquéllos que tienen oídos para oír.

¿No es el Mar —aunque vasto y profundo— una sola gota?

¿No es la Tierra —por extensa que sea— una sola esfera?

¿No son las esferas —aunque innumerables— un solo universo?

También la humanidad es un solo hombre. De manera semejante, el hombre, con todos sus mundos, es una unidad completa.

La unidad de Dios, queridos compañeros, es la única ley de la existencia. El otro nombre que se le da es Amor. Conocerla y ajustarse a ella es permanecer en la Vida. Pero cumplir cualquier otra ley es habitar en el no-ser, o sea, en la muerte.

La vida es cosechar; la muerte es esparcir. La vida es unir; la muerte, desunir. Por eso, el hombre dual está suspendido entre las dos. Pues él recolecta, pero solamente esparciendo. Y él une, mas solamente desuniendo. Cuando cosecha y une, guarda la Ley, y su recompensa es la Vida. Al esparcir y desunir, peca contra la Ley, y su amarga recompensa es la muerte.

Vosotros, que os condenáis a vosotros mismos, queréis sentaros para juzgar a los hombres que se han auto-condenado, como vosotros. ¡Qué horribles jueces y qué horrible juicio!

Menos horrible sería ver a dos sentenciados, condenándose mutuamente a la horca.

Menos ridículo sería que dos bueyes, atados al mismo yugo, se dijese mutuamente: «Quisiera atarte al yugo».

Menos macabro sería ver a dos cadáveres metidos en una misma fosa, condenándose mutuamente a la fosa.

Menos digno de compasión sería que dos ciegos se arrancasen mutuamente los ojos.

Evitad sentaros en el tribunal, queridos compañeros, pues para poder pronunciar juicio contra alguien o contra algo, no solamente debéis conocer la Ley y vivir de acuerdo con ella, sino también oír el testimonio. ¿Y a quién oiríais como testigo en cada caso que se presentase?

¿Llamaríais al viento para que declarase en el juicio? Pues el viento auxilia y provoca todo lo que ocurre bajo el cielo.

¿O citaríais a las estrellas? Pues ellas presencian todo lo que sucede en el mundo.

¿O enviaríais citaciones a todos los muertos, desde Adán hasta hoy? Pues todos los muertos están viviendo en los vivos.

En cada caso, para tener una testificación completa, es preciso el testimonio del Cosmos. Si os fuese posible llevar el Cosmos a los tribunales, ya no sería necesario constituirlos. Abandonaríais vuestro sitio en el tribunal y dejaríais que el testigo fuese el juez.

Cuando lo sepáis todo, no juzgaréis a nadie.

Cuando podáis reunir a los mundos, no condenaréis ni tan siquiera a uno de los que dispersan, porque entonces labréis que la dispersión ha condenado al que dispersa. Y en lugar de condenar a aquél que se condena a sí mismo, os esforzaréis para que su condena le sea perdonada.

Ahora, el hombre está sobrecargado con la carga que él mismo se impuso. Áspero y sinuoso es su camino. Cada juicio suyo es una nueva carga, tanto para el que juzga como para el que es juzgado. Si queréis aliviar vuestra carga, no juzguéis a hombre alguno. Si queréis que desaparezca vuestra carga, sumergios y perdeos para siempre en la Palabra. Que la Comprensión guíe vuestros pasos, si deseáis que vuestro camino sea recto y llano.

No es el juicio lo que os traigo en mis palabras, sino la Sagrada Comprensión.

BENNOON: ¿Qué nos puedes decir del Día del Juicio?

MIRDAD: Cada día, Bennoon, es un Día del Juicio. La cuenta de cada criatura es saldada en cada abrir y cerrar de ojos. Nada queda escondido. Nada queda sin ser pesado.

No hay pensamiento, acción o deseo que no sea registrado en el que pensó, actuó o deseó. Ningún pensamiento, ningún deseo, ninguna acción quedan estériles en este mundo, sino que todos se reproducen de acuerdo con su especie y naturaleza. Todo lo que está de acuerdo con la Ley de Dios es captado por la Vida. Todo lo que se opone a ella, es cosechado por la muerte.

Tus días no son todos iguales, Bennoon. Algunos son serenos; son la cosecha de las horas bien vividas. Algunos son nublados; son la dádiva de las horas medio adormecidas en la muerte, medio despiertas en la vida. Y hay otros que se precipitan sobre ti cabalgando sobre una tempestad, con relámpagos en los ojos y truenos en las fosas nasales. Te golpean desde arriba, te azotan desde abajo, te arrojan a derecha e izquierda, te estrellan contra el suelo y te obligan a morder el polvo, haciéndote desear no haber nacido jamás. Esos días son los frutos de las horas vividas en deliberada oposición a la Ley.

Así sucede con el mundo. Las sombras que ya amenazan desde los cielos no son menos siniestras que aquéllas que presagiaron el Diluvio. Abrid vuestros ojos y ved.

Cuando observáis las nubes dirigiéndose hacia el Norte, arrastradas por los vientos del Sur, decís que traen lluvia. ¿Por qué no sois tan hábiles para determinar el rumbo hacia el que se dirigen las nubes humanas? ¿No podéis ver cuan rápido llegan los hombres a estrangularse con sus propias redes?

El día del desenlace está próximo. ¡Y qué día más aterrador!

Las redes de los hombres han sido tejidas con las venas del corazón y del alma, durante muchos, muchísimos siglos. Para poder liberar a los hombres de sus propias redes, será preciso desgarrarles sus carnes y machacarles sus huesos. Y son los propios hombres quienes tendrán que desgarrar, ellos mismos, sus carnes y machacar sus huesos. Cuando las tapaderas sean levantadas —como ciertamente lo serán— y cuando las ollas descubran su contenido —como ciertamente lo harán—, ¿dónde esconderán los hombres su vergüenza y hacia dónde escapan?

En ese día, los vivos envidiarán a los muertos, y los muertos maldecirán a los vivos. Las palabras de los hombres quedarán aprisionadas en sus gargantas y la luz se helará en sus párpados. De sus corazones saldrán escorpiones y víboras, y ellos gritarán aterrorizados: «¿De dónde vienen estas víboras y estos escorpiones?», olvidando que ellos los habían criado y albergado en sus corazones.

Abrid vuestros ojos y ved. Incluso en esta Arca, destinada a ser un faro para un mundo que tropieza, hay más fango que el que sois capaces de atravesar. Si el faro se

transformó en trampa, ¡qué terrible debe ser la situación de los que se encuentran en el mar!

Mirdad os construirá una nueva Arca. Aquí mismo, en este nido, la fundará y erigirá. Desde este nido volaréis hacia el mundo; no para llevar a los hombres una rama de olivo, sino la Vida inextinguible. Para ello deberéis conocer la Ley y observarla.

ZAMORA: ¿Cómo conoceremos la Ley de Dios, y la observaremos?

CAPITULO ONCE
El Amor es la Ley de Dios
Mirdad adivina cierta desavenencia entre dos
compañeros,
pide el arpa y canta el himno de la nueva Arca

MIRDAD: El Amor es la Ley de Dios.

Vivís para que podáis aprender a amar. Amáis para que podáis aprender a vivir. Esa es la única lección que se exige al hombre.

¿Y qué es amar, sino que el que ama absorba lo amado para siempre, de modo que los dos sean uno?

¿A quién o a qué debemos amar? ¿Podemos elegir cierta hoja del Árbol de la Vida y derramar sobre ella todo nuestro corazón? ¿Y la rama que originó la hoja? ¿Y el tronco que sustenta la rama? ¿Y la corteza que protege al tronco? ¿Y las raíces que alimentan la corteza, el tronco, las ramas y las hojas? ¿Y el suelo que oculta las raíces? ¿Y el Sol, el agua y el aire que fertilizan el suelo?

Si la pequeña hoja de un árbol merece vuestro amor, ¡cuánto más lo merecerá todo el árbol! El amor que separa una fracción del todo, se predestina al sufrimiento.

Diréis: «Pero hay muchas, muchísimas hojas en un solo árbol. Unas están sanas, otras enfermas; unas son bellas, otras feas; algunas son gigantes, otras enanas. ¿Cómo sería posible no elegir?»

Y os diré: de la palidez de la enferma, proviene la frescura de la sana. Y os diré más todavía: la fealdad es la paleta, la pintura y el pincel de la belleza, y las enanas no serían tan diminutas si no hubiesen dado parte de su altura a las gigantes.

Vosotros sois el Árbol de la Vida. ¡Guardaos de dividiros a vosotros mismos! No pongáis un fruto contra otro, una hoja contra otra, una rama contra otra, ni pongáis el bronco contra las raíces, o el árbol contra el suelo nutricio. Exactamente eso es lo que estáis haciendo cuando amáis a una parte más que a las demás, o la excluís del resto.

Vosotros sois el Árbol de la Vida. Vuestras raíces están en todas partes. Vuestras ramas y hojas están en todas partes. Vuestros frutos están en todas las bocas. Cualesquiera que sean los frutos de ese árbol, cualesquiera que sean sus ramas y hojas, cualesquiera que sean sus raíces, son vuestros frutos, son vuestras hojas y ramas, son vuestras raíces. Si queréis que el árbol dé frutos dulces y aromáticos, si queréis que esté siempre fuerte y verde, vigilad la savia con que alimentáis sus raíces.

El Amor es la savia de la Vida. El odio es el pus de la muerte. Pero el Amor, al igual que la sangre, debe circular por las venas sin obstáculos. Reprimid el movimiento de la sangre, y ésta se convertirá en una amenaza, una plaga. ¿Y qué es el odio, sino el Amor reprimido, el Amor retenido, que se convierte en mortal veneno, tanto para el que lo alimenta como para el que es alimentado, tanto para el que odia como para el que es odiado?

Una hoja amarilla en vuestro Árbol de la Vida es solamente una hoja a la que le faltó amor. No culpéis a la hoja amarilla.

Una rama reseca es solamente una rama sedienta de Amor. No culpéis a la rama reseca.

Una fruta podrida es solamente una fruta que fue amamantada con odio. No culpéis a la fruta podrida. Antes culpád a vuestro corazón ciego y egoísta que repartió la savia de la vida a unos pocos, y la negó a otros muchos, negándosela de este modo a sí mismo.

Ningún amor es posible salvo el amor a sí mismo. Ningún ser es real salvo el Ser que todo lo abarca. Por eso Dios es Amor, porque se ama a sí mismo.

Si el Amor os hace sufrir, es porque todavía no habéis encontrado vuestro propio ser, ni

habéis hallado todavía la llave de oro del Amor. Porque si amáis a un ser efímero, vuestro amor es efímero.

El amor del hombre por la mujer no es Amor. Es algo muy diferente. El amor de los padres por los hijos es tan sólo el umbral del sagrado templo del Amor. Mientras que todo hombre no ame a toda mujer y viceversa; mientras que todo niño no sea hijo de todos los padres y de todas las madres, y viceversa; dejad que todos los hombres y todas las mujeres ensalcen las carnes y los huesos que se apegan a otras carnes y a otros huesos, pero jamás deis a eso el sagrado nombre de Amor. Sería una blasfemia.

No tendréis un solo amigo mientras os consideréis enemigo, aunque sea de un solo hombre. ¿Cómo podría el corazón que abriga hostilidad, ser un refugio seguro para la amistad?

No conoceréis la alegría del Amor mientras haya odio en vuestros corazones. Si alimentaseis con la savia de la Vida a todas las cosas, salvo a un pequeñísimo gusano, ese diminuto gusano transformaría en amargura vuestra vida, pues cuando amáis a alguien o a algo, en realidad solamente os amáis a vosotros mismos. Del mismo modo, cuando odiáis a alguien o a algo, en verdad os odiáis a vosotros mismos. Por eso, aquello que odiáis está inseparablemente unido a aquello que amáis, como el anverso y el reverso de una misma moneda. Si queréis ser honestos con vosotros mismos, tendréis que amar a aquello que odiáis y a aquello que os odia, antes de que podáis amar a lo que amáis y a lo que os ama.

El Amor no es una virtud. El Amor es una necesidad; es más necesario que el pan y el agua; más que la luz y el aire.

Que nadie se enorgullezca de amar. Debéis respirar en el Amor tan natural y libremente como inspiráis y expiráis el aire de vuestros pulmones.

El Amor no necesita que nadie lo exalte. El Amor exaltará al corazón que considere digno de él.

No esperéis recompensa del Amor. El Amor es, en sí mismo, recompensa suficiente para el Amor; así como el odio es, en sí mismo, castigo suficiente para el odio.

No pidáis cuentas al Amor, pues el Amor no da cuentas a nadie, salvo a sí mismo.

El Amor no presta ni pide prestado; el Amor no compra ni vende; pero cuando, da, se da completamente; y cuando toma, lo toma todo. Su verdadero tomar es dar, y su verdadero dar es tomar. Por lo tanto, es lo mismo hoy, mañana y siempre.

Así como un caudaloso río que se vacía en el mar, es abastecido de nuevo por el mar, así debéis vaciaros vosotros en el Amor, para que estéis siempre henchidos de Amor. La laguna que retiene el presente que el mar le da, se transforma en una laguna de aguas estancadas.

No hay ni «más» ni «menos» en el Amor. En el momento que intentáis graduar y medir el Amor, éste desaparece dejando tras de sí amargos recuerdos.

No existe «ahora» ni «después», ni «aquí» ni «allá», en el Amor. Todo tiempo es tiempo de Amor. Todo lugar es una morada propicia para el Amor.

El Amor no conoce fronteras ni obstáculos. Un Amor cuya acción sea impedida por cualquier obstáculo, ya no merece el nombre de Amor.

Siempre os oigo decir que el amor es ciego, en el sentido de que no ve defectos en lo amado. Esa ceguera es la máxima visión.

¡Pudierais ser siempre tan ciegos que no encontraseis faltas en cosa alguna!

No obstante, clara y penetrante es la mirada del Amor. Por eso no ve las faltas. Cuando el Amor haya purificado vuestra visión, no veréis absolutamente nada que no sea digno de vuestro Amor. Solamente una mirada despojada de Amor, un ojo defectuoso, está siempre ocupada en descubrir faltas. Y cualquiera que sean las que encuentre, serán

solamente sus propias faltas.

El Amor integra. El odio desintegra. Esta inmensa e imponente mole de tierra y rocas a la que dais el nombre de Pico del Altar volaría rápidamente en pedazos si no fuese mantenida unida por la mano del Amor. Incluso vuestros cuerpos, pereceros como son, resistirían la desintegración si amaseis con la misma intensidad a cada una de las células que lo constituyen.

El Amor es paz, llena de melodías de Vida. El odio es guerra, ansiosa por los satánicos golpes de la muerte.

¿Qué preferís: el Amor para gozar de paz eterna, o el odio para estar en perpetua guerra?

Toda la tierra está viva en vosotros. El cielo y sus huestes están vivos en vosotros. Amad, pues, a la tierra y a todos los que amamanta, si os queréis amar a vosotros mismos. Amad al cielo y a todos sus habitantes, si os queréis amar a vosotros mismos. ¿Por qué odias a Naronda, Abimar?

NARONDA: Todos quedaron desconcertados por el repentino cambio en el tono de voz y en los pensamientos del Maestro, mientras Abimar y yo quedamos mudos, ante la referencia tan directa a una desavenencia que había entre nosotros y que cuidadosamente ocultábamos a todos, no teniendo motivos para creer que alguien sospechase de ello. Todos miraban sorprendidos hacia nosotros, pendientes de los labios de Abimar.

ABIMAR (Mirando hacia mí con expresión reprobadora): ¿Has contado algo al Maestro, Naronda?

NARONDA: Cuando Abimar dijo «al Maestro», mi corazón saltó de alegría en mi pecho. Había sido exactamente por esta palabra por la que nos habíamos enemistado mucho tiempo antes de que Mirdad se hubiese revelado; pues yo mantenía que él era un maestro que venía a enseñar a los hombres, mientras que Abimar insistía en que era un hombre vulgar.

MIRDAD: No mires a Naronda con desconfianza, Abimar, pues él es inocente de lo que le censuras.

ABIMAR: ¿Quién te lo contó entonces? ¿Puedes también leer en la mente de los hombres?

MIRDAD: Mirdad no necesita espías ni intérpretes. Si amases a Mirdad como él te ama, fácilmente leerías en su mente y también verías en su corazón.

ABIMAR: Perdona a un ciego y a un sordo, Maestro, abre mis ojos y mis oídos, pues estoy ansioso por ver y oír. MIRDAD: Sólo el Amor hace prodigios. Si quieres ver, confía al Amor la pupila de tus ojos. Si quieres oír, deja que el Amor tome posesión de los tímpanos de tus oídos.

ABIMAR: Pero yo no odio a nadie, ni tan siquiera a Naronda.

MIRDAD: No odiar no es amar, Abimar. El Amor es una fuerza activa; si no dejas que ella guíe todos tus actos y pasos, no podrás encontrar tu camino; a no ser que ella sacie todos tus deseos y pensamientos, los deseos serán ortigas en tus sueños, los pensamientos serán canciones fúnebres en tus días.

Ahora mi corazón es un arpa y me siento dispuesto a cantar. ¿Dónde está tu arpa, Zamora?

ZAMORA: ¿Quieres que vaya a buscarla, Maestro?

MIRDAD: ¡Ve, Zamora!

NARONDA: Zamora se levantó enseguida y fue a buscar su arpa. Los demás se observaban y, admirados, se mantenían en silencio.

Cuando volvió Zamora con el arpa, el Maestro la tomó dulcemente en sus manos e,

inclinándose sobre ella tiernamente, afinó cuerda por cuerda, y comenzó a tocar y a cantar: MIRDAD:

Dios es tu capitán, ¡navega, Arca mía! Aunque el infierno desate sus encendidas furias sobre los vivos y los muertos, y transforme la tierra en plomo derretido, barriendo de los cielos todos los indicios, Dios es tu capitán, ¡navega, Arca mía!

El Amor es tu brújula, ¡deslízate, Arca mía! Ve hacia el Norte y hacia el Sur, hacia el Este y el Oeste, y reparte con todos la fortuna de tu cofre. La tempestad te llevará en su cresta como un faro para los navegantes en las tinieblas. El Amor es tu brújula, ¡deslízate, Arca mía!

La Fe es tu ancla, ¡viaja, Arca mía!

Puede rugir la tempestad y colmar de relámpagos el cielo, pueden las montañas temblar y desmoronarse, y el corazón del hombre debilitarse tanto que hasta se olvide de la chispa sagrada.

La Fe es tu ancla, ¡viaja, Arca mía!

NARONDA: El Maestro terminó de cantar y se inclinó sobre el arpa, como se inclina una madre amorosa sobre su hijo cuando le está amamantando. Aunque sus cuerdas ya no vibraban, el arpa continuaba resonando: «Dios es tu capitán, ¡navega, Arca mía!» Aunque los labios del Maestro estaban cerrados, su voz continuó sonando por algún tiempo en el Nido y fluctuando en ondas por los picos de las montañas hasta las colinas y los valles; hasta el incansable mar, a lo lejos; hasta la bóveda azul, en lo alto.

Había una lluvia de estrellas y un arco iris en aquella voz. Había temblores y borrascas, entremezcladas con brisas cantarinas y embriagadores trinos de ruiseñores. Había mares revueltos y oscurecidos por una suave bruma cargada de rocío. Y parecía como si toda la creación estuviese oyendo con alegre gratitud.

Y parecía, también, que las Montañas Blancas, con el Pico del Altar en el centro, hubiesen sido súbitamente separadas de la Tierra y estuviesen fluctuando por el espacio, majestuosas, poderosas y conscientes de su destino.

Durante los tres días siguientes, el Maestro no dirigió la palabra a nadie.

CAPITULO DOCE

El Silencio creador Hablar, en el mejor de los casos, es una mentira honesta

NARONDA: Transcurridos tres días, nosotros siete, como impelidos por una fuerza irresistible, volvimos a reunirnos y nos dirigimos hacia el Nido del Águila. El Maestro nos saludó como si esperara nuestra llegada.

MIRDAD: Una vez más os doy la bienvenida a vuestro nido, queridos polluelos. Decid a Mirdad vuestros pensamientos y deseos.

MICAYON: Nuestro único pensamiento y deseo es estar junto a ti, Mirdad, con el fin de que podamos sentir y oír tu verdad, para que podamos transformarnos en seres sin sombra, tal como tú eres. Tu silencio, sin embargo, nos ha inquietado a todos. ¿Acaso te hemos ofendido de algún modo?

MIRDAD: No fue para apartaros de mí por lo que permanecí en silencio durante tres días, sino para atraeros más cerca de mí. En cuanto a si me habéis ofendido, aquél que conoce la paz indestructible del Silencio, jamás puede ser ofendido u ofender.

MICAYON: ¿Es mejor callar que hablar? MIRDAD: Hablar es, en el mejor de los casos, una pura mentira. Mientras que el silencio es, en el peor de los casos, una verdad desnuda.

ABIMAR: ¿Debemos deducir de esto que incluso hasta tus palabras, Mirdad, aunque honestas, son simplemente mentiras?

MIRDAD: Desgraciadamente no son más que mentiras para aquéllos cuyo yo no es igual al YO de Mirdad. Mientras todos vuestros pensamientos no sean como piedras extraídas de la misma cantera y todos vuestros deseos como agua extraída del mismo pozo, vuestras palabras serán, aunque honestas, simplemente mentiras.

Cuando vuestro yo y el mío sean uno solo, al igual que mi Yo y el de Dios son uno, dispensaremos las palabras y comulgaremos perfectamente en el verdadero Silencio.

Puesto que ahora vuestro yo y el mío no son el mismo, estoy obligado a mantener contra vosotros una guerra de palabras, para vencerlos con vuestras propias armas y llevarlos a mi cantera y a mi pozo.

Y solamente entonces podréis salir al mundo, vencerlo y subyugarlo, como yo debo vencerlos y subyugarlos. Y solamente entonces estaréis preparados para guiar al mundo al silencio de la Conciencia Suprema, hacia la cantera de la Palabra, hacia el pozo de la Sagrada Comprensión.

Hasta que no seáis así vencidos por Mirdad no seréis, en verdad, inexpugnables y poderosos conquistadores. Ni la palabra podrá lavaros de la ignominia de su continua derrota, salvo cuando haya sido derrotada por vosotros.

Ceñíos, pues, para la batalla. Bruñid vuestro escudo y vuestras armaduras y afilad vuestras espadas y vuestras lanzas. Dejad que el Silencio golpee vuestro tambor y también porte el estandarte.

BENNOON: ¿Qué clase de silencio será ése que simultáneamente golpeará el tambor y portará el estandarte?

MIRDAD: El silencio en el cual yo os haré entrar es aquella expansión infinita en la que el no ser pasa a Ser y el Ser pasa a no ser. Es aquel vacío imponente donde todo sonido nace y es apagado; donde toda forma es modelada y destruida; donde todo ego es creado y aniquilado; donde nada existe a excepción de AQUELLO.

A no ser que atraveséis ese vacío y esa expansión en contemplación silenciosa, no sabréis cuan real es vuestro Ser, ni cuan irreal es el no ser. Ni sabréis cuan desligada está vuestra realidad de toda Realidad.

Es en ese silencio en el que espero que vaguéis para que podáis abandonar vuestra vieja

y tirante piel, y podáis andar sin grilletes ni impedimentos.

A él deseo que dediquéis vuestras inquietudes y recelos, vuestras pasiones y deseos, vuestras envidias y codicias, para que las podáis ver desaparecer una a una, liberando así vuestros oídos de sus incesantes gritos, y vuestros costados del dolor de sus afiladas espuelas.

Es allí donde deseo que arrojéis vuestros arcos y flechas de este mundo, con los que esperáis cazar alegrías y satisfacciones y en realidad sólo cazáis desasosiego y tristeza.

Es allí donde espero que os libréis de vuestra tenebrosa y sofocante concha del yo, para entrar en la luz y en el aire libre del YO.

Este Silencio es el que os recomiendo, y no un mero descanso de vuestras lenguas cansadas de parlotear.

Es el silencio fecundo de la tierra el que os recomiendo, y no el amedrantador del criminal y del bellaco.

Es el silencio paciente de la gallina clueca el que os recomiendo, y no el impaciente cacarear de su hermana ponedora. Aquélla se mantiene quieta durante veintiún días y espera con una silenciosa confianza que la Mano Mística realice el milagro bajo el plumón de su pecho y de sus alas. La otra salta del nido y cacarea locamente, anunciando la puesta de un huevo.

Cuidado con la gloria cacareante, compañeros. Así como silenciáis vuestras vergüenzas, silenciad también vuestras glorias, pues la gloria cacareada es peor que la vergüenza en silencio y la virtud pregonada es peor que la iniquidad muda.

Evitad hablar mucho. De cada mil palabras pronunciadas, a veces sólo hay una que es verdaderamente necesario pronunciar. Las restantes sólo sirven para nublar la mente, obstruir el oído, cansar la lengua y cegar el corazón.

¡Qué difícil es decir la palabra justa!

De cada mil palabras que se escriben, a veces sólo hay una, únicamente una, que verdaderamente sea necesario escribir. Las restantes son solamente tinta y papel desperdiciados y minutos a los que se dio pies de plomo en lugar de alas de luz.

¡Qué difícil, oh, qué difícil es escribir la palabra que realmente debe ser escrita!

BENNOON: ¿Qué dices de la oración, Maestro Mir-dad? Cuando oramos somos conducidos a decir palabras de más y pedir cosas en exceso. No obstante, raramente recibimos aquello que pedimos.

CAPITULO TRECE

La oración

MIRADAD: Oráis en vano cuando os dirigís a otros dioses que no seáis vosotros mismos, pues en vosotros está el poder de atraer y el de repeler.

Y en vosotros está aquello que atraéis y aquello que repeléis, pues poder recibir algo es poder dar eso mismo.

Allí donde hay hambre, hay alimento. Donde hay alimento, necesariamente también hay hambre. Sufrir el dolor del hambre es poder gozar de la bendición de estar harto.

Sí, en la necesidad está lo que colma la necesidad. ¿No es la llave una garantía para la cerradura? ¿Y no es la cerradura una garantía para la llave? ¿No son ambas, la cerradura y la llave, una garantía para la puerta?

No os apresuréis en importunar al cerrajero cada vez que perdáis o no sepáis dónde pusisteis la llave. El cerrajero hizo su trabajo y lo hizo bien; no se le debe pedir que lo esté haciendo constantemente. Haced vuestro trabajo y dejad en paz al cerrajero, pues él, después de haberos servido a vosotros, tiene otras cosas que hacer. Retirad el hedor y la basura de vuestra memoria y ciertamente encontraréis la llave.

Cuando Dios, el Impronunciable, os pronunció a sí mismo, El se pronunció en vosotros. Vosotros sois, por lo tanto, también impronunciables.

Dios no os dotó de ninguna fracción de Sí mismo, pues El es indivisible, sino que os dotó de toda su divinidad, indivisible, impronunciable. ¿A qué mayor herencia podéis aspirar vosotros? ¿Y quién o qué puede impedirlos disponer de ella, sino vuestra propia timidez y ceguera?

En lugar de estar agradecidos por esa herencia y en lugar de procurar los medios para poder tomar posesión de ella, algunos hombres —¡ciegos e ingratos!— hacen de Dios una especie de estercolero al que arrojan sus dolores de muelas y de vientre, sus pérdidas financieras, sus querellas, sus venganzas y sus noches de insomnio.

Otros hacen de Dios su tesoro, donde esperan encontrar en todo momento lo que desean, dado que codician poseer todos los oropeles de este mundo.

Todavía existen otros que hacen de Dios el administrador de sus intereses particulares. Pretenden que Dios no sólo mantenga al día las cuentas de lo que poseen y de sus deudas, sino que también cobre lo que se les debe, consiguiendo siempre un pingüe y generoso saldo a su favor.

Sí, son muchas y diversas las tareas que los hombres asignan a Dios. Muy pocos se dan cuenta de que si en verdad ellas estuviesen a cargo de Dios, El las ejecutaría solícito y no necesitaría de hombre alguno para incitarle a ello o hacérselo recordar.

¿Acaso le recordáis a Dios las horas en que debe nacer el Sol o ponerse la Luna?

¿Le recordáis que haga brotar a la vida el grano de trigo en aquel campo?

¿Le tenéis que recordar que aquella araña teja su tela? ¿Le tenéis que recordar la existencia de los polluelos del gorrión de aquel nido?

¿Acaso tenéis que recordarle las innumerables cosas que llenan este infinito universo?

¿Por qué presionáis en su memoria con las irrisorias necesidades de vuestros insignificantes seres? ¿Acaso os favorece menos que a los gorriones, al grano y a la araña? ¿Por qué no recibís, como ellos, vuestros presentes y os ocupáis de vuestras tareas, sin alaridos ni genuflexiones con los brazos extendidos, y sin buscar ansiosamente conocer el mañana?

¿Y dónde está Dios para que necesitéis gritarle, en Sus oídos, vuestros caprichos y vanidades, vuestras alabanzas y vuestras quejas? ¿No está El en vosotros y en todo lo que os rodea? ¿No está Su oído mucho más próximo a vuestra boca de lo que está vuestra lengua de vuestro paladar?

Le basta a Dios con su divinidad, de la que vosotros tenéis la semilla.

¿Si Dios, habiéndoos dado la semilla de su divinidad, tuviese que cuidar de ella en lugar de vosotros, cuál sería vuestra virtud? ¿Y cuál sería el trabajo de vuestra vida? ¿Y si vosotros no tuvieseis trabajo alguno que ejecutar, sino que Dios tuviese que ejecutarlo para vosotros, qué sentido tendría entonces vuestra vida? ¿Y de qué valdrían todas vuestras oraciones?

No elevéis a Dios vuestras innumerables preocupaciones y esperanzas. No Le pidáis que os abra las puertas de las que El os dio las llaves. Mas buscadlas en la inmensidad de vuestros corazones, pues en ella se encuentra la llave de todas las puertas. Y en la inmensidad del corazón están todas las cosas por las que sentís sed y hambre, sean para bien o para mal.

Un poderoso ejército aguarda vuestra llamada, y ejecutará inmediatamente la menor de vuestras órdenes. Si se halla debidamente equipado, sabiamente disciplinado y valientemente mandado, podrá saltar eternidades y destruir todas las barreras que se opongan a su ideal. Si está mal equipado, indisciplinado y tímidamente capitaneado, vagará inútilmente o se retirará con presteza ante el menor obstáculo, arrastrando tras de sí la más negra derrota.

Y ese ejército no es otro, ¡oh, monjes!, que esos diminutos glóbulos rojos que están ahora, silenciosamente, circulando en vuestras venas; cada uno de ellos es un milagro de fuerza, cada uno de ellos es un registro completo y exacto de toda vuestra vida y de toda Vida, en sus más ínfimos pormenores.

Este ejército se reúne en el corazón, y desde el corazón se despliega. Por eso, el corazón es tan famoso y tan reverenciado. De él brotan lágrimas de alegría y de tristeza. En él se precipitan vuestros temores de vida y de muerte. Vuestras ansias y deseos son el armamento de ese ejército. Vuestra mente es la que lo disciplina. Vuestra voluntad su instructor y comandante.

Cuando seáis capaces de equipar vuestra sangre con un Deseo-Director que silencie y sobrepase todos los deseos, y entreguéis a un Pensamiento-Director la disciplina, y encarguéis a una Voluntad-Directora el entrenamiento y el mando, entonces veréis realizado ese deseo.

¿Cómo alcanza el santo su santidad, sino eliminando de su corriente sanguínea todo deseo y todo pensamiento incompatible con la santidad, para después dirigirlo con una resuelta voluntad a no buscar más que la santidad?

En verdad os digo que todo deseo, todo pensamiento y toda voluntad santos, desde Adán hasta hoy, correrán a ayudar al hombre así inclinado a alcanzar la santidad, pues en todas partes las aguas buscan siempre el mar y los rayos de luz el Sol.

¿Cómo ejecuta el asesino sus planes, sino excitando su sangre hasta que ésta adquiera una sed insana de asesinato, y reuniendo las células de esta sangre en filas cerradas bajo el látigo de un pensamiento director asesino, y capitaneado por una incansable voluntad de asestar el golpe mortal?

En verdad os digo que todo asesino, desde Caín hasta hoy, correrá sin que sea llamado, para dar fuerza y firmeza al brazo del hombre que está embriagado por el asesinato, pues los cuervos siempre se asocian con los cuervos y las hienas con las hienas.

Orar, pues, es infundir en la sangre un Deseo-Director, una Voluntad-Directora. Es, pues, afinar el yo para que quede en perfecta armonía con todo aquello por lo que oráis. La atmósfera de este planeta, reflejada con todos sus pormenores dentro de vuestros corazones, está henchida por los errantes recuerdos de todas las cosas que presencié ella desde su nacimiento.

No existe ninguna palabra o acción, ningún deseo o anhelo, ningún pensamiento pasajero o sueño transitorio, ningún aliento de hombre o animal, ninguna sombra, nin-

guna ilusión que no haya registrado en ella, hasta hoy, su curso místico, y así se hará hasta el fin de los tiempos. Afinad vuestro corazón con cualquiera de ellos y él ciertamente se apresurará a tañer las cuerdas así templadas.

Para orar no precisáis tener lengua ni labios, sino un corazón silencioso y despierto, un Deseo-Director, un Pensamiento-Director y, por encima de todo, una Voluntad-Directora que no dude ni titubee; pues las palabras nada valen si el corazón no está presente y despierto en cada sílaba. Y cuando el corazón está despierto y presente, es mejor que la lengua duerma o se esconda tras los labios cerrados.

Tampoco necesitáis templos para orar en ellos.

Quien no pueda encontrar un templo en su corazón, jamás encontrará su corazón en un templo.

Yo os digo estas cosas a vosotros y a los que son como vosotros, pero no a todos los hombres, pues la mayoría de los hombres todavía son como náufragos. Sienten la necesidad de orar, pero no saben cómo hacerlo. Sólo pueden orar con palabras, y no encontrarán las palabras si vosotros no las ponéis en sus labios. Se sienten perdidos y llenos de pavor cuando se les hace recorrer la inmensidad de sus corazones, mas se hallan sosegados y confortados entre las paredes de los templos y entre la multitud de criaturas como ellos.

Dejadles erigir sus templos. Dejadles recitar sus oraciones.

Pero a vosotros y a todos los hombres, yo os ruego que oréis por la Comprensión. Cualquier deseo que no sea éste, jamás será cumplido.

Recordad que la llave de la Vida es la Palabra Creadora. La llave de la Palabra Creadora es el Amor. La llave del Amor es la Comprensión. Henchid vuestros corazones con ésta y evitad a vuestras lenguas la fatiga de tantas oraciones; liberad vuestros corazones de la unión con todos los dioses que os esclavizan con dádivas, que os acarician con una de sus manos solamente para golpearos con la otra, que están satisfechos y son amables cuando los alabáis, mas llenos de odio y venganza cuando los censuráis, que sólo os oyen cuando los llamáis, y que no os dan nada si no los imploráis y que habiéndoo dado, con frecuencia se arrepienten de los dones dados; cuyo incienso son vuestras lágrimas, cuya gloria es vuestra vergüenza.

Sí, liberad vuestros corazones de todos estos dioses, para que podáis encontrar en ellos a vuestro Dios único, que habiéndoo henchido de Sí mismo, os saciará para siempre.

BENNOON: A veces hablas del Hombre como de un ser omnipotente y a veces hablas de él como de un ser indefenso. Con ello nos dejas confusos.

CAPITULO CATORCE

El coloquio entre dos arcángeles y el coloquio entre dos archidemonios con ocasión del nacimiento intemporal del hombre

MIRDAD: Con ocasión del nacimiento intemporal del hombre, dos arcángeles —en el polo superior del universo— mantuvieron la siguiente conversación:

El primer arcángel dijo:

Una criatura prodigiosa ha nacido en la Tierra, y la Tierra está brillante de luz.

El segundo arcángel dijo:

Un glorioso rey ha nacido para el Cielo, y el Cielo está vibrante de alegría.

El primero: El es el fruto de la unión del Cielo con la Tierra.

El segundo: El es la unión eterna del padre, la madre y el hijo.

El primero: En él la Tierra es exaltada.

El segundo: En él el Cielo es justificado.

El primero: El día duerme en sus ojos.

El segundo: La noche está despierta en su corazón.

El primero: Su pecho es un nido de tempestades.

El segundo: Su garganta es una escala de canciones.

El primero: Sus brazos abrazan las montañas.

El segundo: Sus dedos pellizcan las estrellas.

El primero: Mares braman en sus huesos.

El segundo: Soles recorren sus venas.

El primero: Su boca es una forja y un molde.

El segundo: Su lengua es un yunque y un martillo.

El primero: Envueltas en sus pies están las cadenas del mañana.

El segundo: En su corazón está la llave de estas cadenas.

El primero: Sin embargo, este niño todavía está en una cuna de polvo.

El segundo: Pero envuelto en los eones.

El primero: Al igual que Dios, él conoce todos los secretos de los números. Al igual que Dios, él conoce el misterio de las palabras.

El segundo: El sabe todos los números, excepto el número sagrado, que es el primero y el último. El conoce todas las palabras, menos la Palabra Creadora, que es la primera y la última.

El primero: Y sin embargo él sabrá el Número y la Palabra.

El segundo: Pero solamente cuando haya retirado sus pies de los páramos sin huella del espacio; solamente cuando sus ojos ya no miren las tenebrosas cavernas del tiempo.

El primero: Maravilloso, extraordinariamente maravilloso es este hijo de la Tierra.

El segundo: Glorioso, excelsamente glorioso es este rey de los Cielos.

El primero: Aquél que no tiene nombre le llamó Hombre.

El segundo: Y él llamó, a Aquel que no tiene nombre, Dios.

El primero: El Hombre es la palabra de Dios.

El segundo: Dios es la palabra del Hombre.

El primero: Gloria a Aquél cuya palabra es Hombre.

El segundo: Gloria a Aquél cuya palabra es Dios.

El primero: Ahora y siempre.

El segundo: Aquí y en todas partes.

Así hablaron los dos arcángeles en el polo superior del universo, con ocasión, independiente del tiempo, del nacimiento del Hombre.

Al mismo tiempo, dos archidemonios —en el polo inferior del universo— mantuvieron la siguiente conversación:

Dijo el primer archidemonio:

Un valiente guerrero se unió a nuestras filas. Con su ayuda venceremos.

Dijo el segundo archidemonio:

Di más bien que es un cobarde quejumbroso y malicioso. Y la traición está alojada en su cabeza. Sin embargo, es terrible en la cobardía y en la traición.

El primero: Impávida y feroz es su mirada.

El segundo: Quejumbroso y desanimado es su corazón. Sin embargo, es temible en su desánimo y sus lágrimas.

El primero: Penetrante y perseverante es su mente.

El segundo: Vago y estúpido es su oído. Mas es peligroso en su indolencia y su estupidez.

El primero: Rápida y precisa es su mano.

El segundo: Inciertos y perezosos son sus pies. Mas es terrible en su pereza y alarmante en su incertidumbre.

El primero: Nuestro pan será acero para sus nervios. Nuestro vino será fuego para su sangre.

El segundo: El nos arrojará los cestos de nuestro pan y quebrará en nuestras cabezas nuestros cántaros de vino.

El primero: Su codicia por nuestro pan y su sed por nuestro vino será su carro en la batalla.

El segundo: Con un hambre insaciable y una sed inextinguible se hará invencible y provocará la rebelión en nuestro campamento.

El primero: Mas la muerte será la conductora del carro.

El segundo: Con la muerte como conductora del carro, él llegará a ser inmortal.

El primero: ¿Puede la muerte conducirle a algo que no sea la muerte?

El segundo: ¡Ay! Tan exhausta quedará la muerte de sus constantes lamentaciones que acabará por conducirle al campo de la Vida.

El primero: ¿La muerte traicionará a la muerte?

El segundo: No. La Vida será fiel a la Vida.

El primero: Excitaremos su paladar con frutos exóticos y deliciosos.

El segundo: Sin embargo, él ansiará frutos que no crecen en este polo.

El primero: Seduiremos su vista y su olfato con hermosas flores llenas de fragancia.

El segundo: Mas sus ojos buscarán otras flores y su olfato otras fragancias.

El primero: Y asediaremos sus oídos con dulces y lejanas melodías.

El segundo: Mas sus oídos se dirigirán hacia otros coros.

El primero: El miedo le someterá a nosotros.

El segundo: La esperanza le protegerá del miedo.

El primero: El dolor le subyugará a nosotros.

El segundo: La fe le liberará del dolor.

El primero: Invadiremos su sueño con sueños misteriosos y esparciremos sombras enigmáticas en su vigilia.

El segundo: Su fantasía desvelará los misterios y desvanecerá sus sombras.

El primero: Podremos contar con él como si fuese uno de los nuestros.

El segundo: Cuéntale como uno de nosotros si así lo quieres; mas cuéntale también como adversario nuestro.

El primero: ¿Puede él estar, al mismo tiempo, a nuestro favor y en nuestra contra?

El segundo: El es un guerrero solitario en el campo de batalla. Su único adversario es su sombra. Conforme cambia su sombra, cambia la batalla. El está con nosotros cuando su

sombra está delante de él. Está contra nosotros cuando su sombra está detrás de él.

El primero: ¿No vamos a mantenerle, entonces, constantemente de espaldas al Sol?

El segundo: ¿Mas quién conservará constantemente el Sol detrás de él?

El primero: Este guerrero es un enigma.

El segundo: Esta sombra es un enigma.

El primero: Salve al caballero solitario.

El segundo: Salve a la sombra solitaria.

El primero: ¡Salve!, cuando está con nosotros.

El segundo: ¡Salve!, cuando está contra nosotros.

El primero: Ahora y siempre.

El segundo: Aquí y en todas partes.

Así hablaron dos archidemonios en el polo inferior del Universo, con ocasión del nacimiento intemporal del Hombre.

CAPITULO QUINCE

Shamadam intenta expulsar a Mirdad del Arca El Maestro habla acerca de insultar y ser insultado, y de integrar al mundo en la Sagrada Comprensión

NARONDA: Apenas había terminado el Maestro cuando la silueta corpulenta del Abad surgió en la entrada del Nido del Águila, pareciendo impedir la entrada de aire y de luz. Y pensé por un momento que aquella forma corpulenta era uno de aquellos archidemonios sobre los que el Maestro acababa de hablarnos.

Sus ojos desprendían chispas de fuego y su barba se erizó cuando avanzó hacia el Maestro, agarrándole por el brazo, con la evidente intención de sacarle de allí.

SHAMADAM: Acabo de oír las terribles cosas que tu mente vil está vomitando. Tu boca es un torrente de veneno. Tu presencia es un augurio de desgracias. Como Abad de esta Arca, te invito a que te marches inmediatamente.

NARONDA: El Maestro, aunque de menor corpulencia, se mantuvo firme con la mayor facilidad, como si él fuese un gigante y Shamadam un recién nacido. Su ecuanimidad era admirable cuando, mirando a Shamadam, le dijo:

MIRDAD: Sólo tiene la potestad de invitar a marcharse aquél que la tiene para invitar a entrar. Tú, Shamadam, ¿acaso me invitaste a entrar?

SHAMADAM: Fue tu miseria la que apiadó mi corazón y, por ello, permití tu entrada.

MIRDAD: Mi Amor, Shamadam, fue el que se conmovió de tu miseria. Y aquí estoy, Shamadam, y conmigo está mi Amor. Mas tú no estás en ninguna parte. Es sólo tu sombra la que se esboza de aquí para allá. Y yo vine para recoger todas las sombras y quemarlas al Sol.

SHAMADAM: Yo ya era Abad de esta Arca mucho antes de que tu aliento comenzase a apestar el aire. ¡Cómo osa tu lengua vil decir que no estoy aquí!

MIRDAD: Antes de que estas montañas fuesen, Yo ya era, y seré después de que ellas se hayan transformado en polvo. Yo soy el Arca, el altar y el fuego. Si no os refugiáis en Mí, seréis presa de la tempestad. Y si no os inmoláis ante Mí, no conoceréis la inmunidad contra las siempre afiladas navajas de los innumerables carniceros de la Muerte. Y si mi delicado fuego no os consume, seréis pasto para las llamas crueles del infierno.

SHAMADAM: ¿Oísteis? ¿No oísteis, Compañeros? ¡Arrojemos a este blasfemo impostor al abismo!

NARONDA: Nuevamente Shamadam se arrojó sobre el Maestro agarrándole por el brazo con la intención de arrastrarle hacia fuera. Mas el Maestro no se atemorizó ni se movió. Tampoco los Compañeros hicieron el más leve movimiento. Después de una tensa pausa, Shamadam huyó del Nido del Águila, con la cabeza caída sobre su pecho y murmurando para sí: «Yo soy el Abad de esta Arca. Impondré la autoridad que Dios me dio.»

El Maestro estuvo mucho tiempo meditando sin hablar. Mas Zamora no pudo conservar la calma.

ZAMORA: Shamadam insultó a nuestro Maestro. ¿Qué quieres, Maestro, que hagamos con él? Ordena y obedeceremos.

MIRDAD: Orad por Shamadam, Compañeros. Solamente eso deseo que hagáis. Orad para que la venda caiga de sus ojos y su sombra sea desvanecida.

Es tan fácil atraer el bien como atraer el mal. Es tan fácil estar en armonía con el amor como con el odio.

Del espacio infinito y de la inmensidad de vuestro corazón, enviad bendiciones para el mundo, pues todo lo que es una bendición para el mundo es una bendición para vosotros.

Orad por el bien de todas las criaturas, pues el bien de toda criatura es vuestro propio bien, y el mal de toda criatura es vuestro propio mal.

¿No sois, todos vosotros, como los peldaños móviles de la escalera infinita del Ser? Aquéllos que quieran elevarse a la esfera de la Sagrada Libertad, tendrán que subir forzosamente sobre los hombros de los demás. Y a su vez, tendrán que dejar que sus hombros sean peldaños por los que los demás suban.

¿Qué es Shamadam sino un peldaño de la escalera de vuestro ser?

¿No queréis que vuestra escalera sea fuerte y segura? Cuidad, pues, de cada uno de vuestros peldaños, para conservarla fuerte y segura.

¿Qué es Shamadam sino una piedra fundamental de vuestra vida? ¿Y qué sois vosotros sino piedras en su edificio de vida y en el de toda criatura? Cuidad de que Shamadam sea una piedra sin defecto, para que vuestro edificio no tenga defecto alguno. Tampoco tengáis defectos vosotros, para que aquéllos en cuyas vidas podáis ser edificados, tengan su edificio sin defecto.

¿Pensáis que vosotros sólo estáis dotados de dos ojos? Pues en verdad os digo que todo ojo que ve, sea en la Tierra, encima o debajo de ella, es una extensión de vuestros ojos. En la medida en que la vista de vuestro prójimo sea nítida, será nítida vuestra vista. En la medida en que la vista disminuya en vuestro prójimo, la vuestra también disminuirá.

En cada ciego estáis privados de un par de ojos que, si viesen, serían un refuerzo para los vuestros. Preservad la vista de vuestro prójimo para que podáis ver mejor. Proteged la vuestra para que vuestro vecino no tropiece y caiga, obstruyendo, tal vez, vuestra propia puerta.

Zamora piensa que Shamadam me insultó. ¿Cómo podría la ignorancia de Shamadam alterar mi comprensión?

Un riachuelo enfangado puede enturbiar fácilmente otro riachuelo. Pero, ¿puede un riachuelo enfangado enturbiar el mar? El mar alegremente recibirá el lodo, lo esparcirá en su lecho y devolverá al riachuelo el agua limpia.

Podéis corromper o volver estéril un metro cuadrado de tierra, o tal vez más. Pero, ¿quién podrá corromper o volver estéril toda la tierra? La tierra recibe todas las impurezas de los hombres y de los animales y les devuelve frutos dulces, flores perfumadas, cereales y hierba en abundancia.

Una espada puede, ciertamente, herir la carne. Pero, ¿podría herir el aire por muy afilado que sea su filo, y por muy fuerte que sea el brazo que la empuña?

Sólo el orgullo de un yo mezquino y tacaño, poseído de una ignorancia ciega e impúdica, da la posibilidad de insultar y sentirse insultado, y se venga del insulto insultando, y lava las inmundicias con la inmundicia.

El mundo, que es presa del orgullo y está embriagado con su yo, amontonará injurias sobre vuestras cabezas. Soltará sobre vosotros las jaurías sedientas de sangre de sus leyes andrajosas, de sus creencias putrefactas, de sus enmohecidas honras. Proclamará que sois enemigos del orden y agentes del caos y de la ruina. Esparcirá celadas en vuestro camino y llenará vuestra cama de ortigas. Gritará maldiciones en vuestros oídos y escupirá el desprecio en vuestro rostro.

No dejéis flaquear vuestro corazón. Sed como el mar, vasto y profundo, y bendecid a los que os maldicen.

Y como la tierra, sed generosos y pacientes, y transformad las impurezas de los corazones humanos en pura salud y belleza.

Sed como el aire, libre y flexible. La espada que os quisiera herir, acabará perdiendo brillo y oxidándose. El brazo que quisiera dañaros, quedará débil e inactivo.

El mundo, no conociéndoos, no os podrá refrenar. Por eso, os recibirá refunfuñando. Pero vosotros, conociendo al mundo, podréis contenerlo. Por eso, debéis calmar su ira con la bondad y ahogar su calumnia con amorosa Comprensión.

Y la Comprensión se apoderará del mundo.

Así enseñé a Noé.

Así os enseñé a vosotros.

NARONDA: Seguidamente los Siete nos retiramos en silencio, pues ya habíamos advertido que siempre que el Maestro concluía con las palabras «Así enseñé a Noé», era señal de que no quería hablar más.

CAPITULO DIECISEIS

Acreeedores y deudores

¿Qué es el dinero?

Rustidión es perdonado de su deuda con el Arca

NARONDA: Cierta día en que el Maestro y nosotros Siete volvíamos del Nido del Águila hacia el Arca, vimos a Shamadam en la entrada agitando un documento que tenía en la mano, delante de un hombre que estaba postrado a sus pies. Shamadam le estaba diciendo con voz airada: «Tu falta de pago agota mi paciencia; no puedo ser más tolerante. O pagas enseguida, o irás a pudrirte a la prisión.»

Reconocimos en el hombre a Rustidión, uno de los muchos arrendatarios del Arca, a la que adeudaba cierta suma de dinero. Andrajoso y envejecido, suplicaba al Abad con el fin de que le ampliase el plazo para pagar los intereses, diciéndole que en una sola semana había perdido a su único hijo y a la única vaca que poseía y, que como consecuencia de ello, su anciana esposa había quedado paralítica. A pesar de ello, el corazón de Shamadam no se enternecía.

El Maestro fue al encuentro de Rustidión, y tomándole delicadamente por el brazo, le dijo:

MIRDAD: Levántate, querido Rustidión. Tú también eres imagen de Dios, y la imagen de Dios no debe inclinarse ante sombra alguna. (Y volviéndose hacia Shamadam):

Enséñame el documento de la deuda.

NARONDA: Shamadam, que hacía sólo un momento estaba furioso, para asombro de todos, se volvió más manso que un cordero y humildemente pasó al Maestro el papel que tenía en la mano. El Maestro lo examinó con todo cuidado, mientras que Shamadam observaba en silencio, como si estuviese bajo la acción de un encantamiento.

MIRDAD: El fundador de esta Arca no era un usurero. ¿Acaso él te legó dinero para prestar con usura? ¿Te ha legado bienes para negociar o tierras para arrendar a precio abusivo? ¿Te legó el sudor y la sangre de tu hermano, y prisiones para aquéllos a los que no pudieses extraerles más sudor y a los que ya hubieses chupado hasta la última gota de sangre?

Un Arca, un altar y una luz fue lo que él te dejó por herencia, nada más. Un Arca, que es su cuerpo vivo; un altar, que es su corazón intrépido; una luz, que es su fe ardiente. El te ordenó que conservases esas cosas intactas y puras en medio de un mundo que baila al son de las flautas de la muerte, y se revuelca en el fango de la iniquidad, debido a su falta de fe.

Para que los cuidados del cuerpo no distrajesen al espíritu, os fue permitido vivir de la caridad de los fieles. Y nunca, desde que fue fundada el Arca, le faltó la caridad.

Pero, ¡ay!, esta caridad tú la has transformado en maldición, para ti y para los caritativos, pues con sus donativos subyugas a los donadores. Tú les ahorcas con las mismas cuerdas que trenzaron para ti. Les desnudas de las mismas ropas que tejieron para ti. Tú les matas de hambre con el pan que cocieron para ti. Tú construyes prisiones para ellos con las piedras que labraron y prepararon para ti. Para ellos haces yugos y ataúdes con la misma madera que ellos cortaron para que te calentases. Les prestas con usura su propio sudor y su propia sangre, pues, ¿qué es el dinero sino sudor y sangre de hombres, acuñado por los astutos en monedas con las que se somete al mismo hombre? ¿Qué es la riqueza sino sudor y sangre de hombres, almacenada —por aquéllos que menos sudan y sangran— para moler con ella las costillas de los que más sudan y sangran?

¡Malditos! ¡Malditos sean aquéllos que queman sus mentes y corazones y asesinan sus

días y sus noches para acumular riquezas, pues no saben lo que están acumulando!
¡El sudor de las prostitutas, de los asesinos y los ladrones; el sudor de los tuberculosos, de los leprosos y de los paralíticos; el sudor de los ciegos, de los cojos y de los lisiados; el sudor del labrador y su buey, del pastor y su rebaño, del segador y del espigador —el sudor de todos éstos y de muchos más— es lo que almacena el que acumula riquezas!

¡La sangre del huérfano y del bribón; del déspota y del mártir; del perverso y del justo; del que roba y del que es robado; la sangre de los verdugos y de sus víctimas; la sangre de los parásitos y de los estafadores y de aquéllos que son parasitados y estafados —la sangre de éstos y de muchos más— es lo que almacena el que acumula riquezas!

¡Malditos! ¡Malditos sean aquéllos cuya riqueza y capital es el sudor y la sangre de los hombres! Sudor y sangre será al final su precio. Terrible será el precio y espantoso el ajuste de cuentas.

Prestar, ¡y prestar con usura!, es realmente una ingratitud demasiado vergonzosa para que se pueda perdonar.

¿Qué tienes tú para prestar? ¿No es tu propia vida un regalo? Si Dios quisiese cobrar los intereses por el más insignificante de los presentes que te hizo, ¿dónde irías a buscar con qué pagarlos?

¿No es este mundo un tesoro común, donde cada cosa y cada hombre deposita todo lo que tiene para el mantenimiento de todos?

¿Acaso la alondra te presta su canto, o la fuente, el agua que de ella brota?

¿Y el roble te presta su sombra, o el tamarindo sus dulcísimas frutas?

¿Te piden intereses, el carnero por su lana y la vaca por su leche?

¿Y las nubes te venden su lluvia, y el Sol, su luz y calor?

¿Qué sería de tu vida sin estas cosas, y millares de otras más? ¿Y quién de entre vosotros puede decir qué hombre o qué cosa ha sido quién ha depositado más o quién ha depositado menos en la tesorería del mundo?

¿Puedes tú, Shamadam, calcular cuáles fueron las contribuciones de Rustidión para la tesorería del Arca? Le prestas sus propias contribuciones —tal vez una parte ínfima de las mismas—, le cobras intereses desorbitantes, ¿y todavía pretendes que se pudra en prisión?

¿Qué interés le exiges a Rustidión? ¡¿No ves cuan provechoso le fue tu préstamo?!

¡¿Qué mejor pago quieres que el de un hijo muerto, una vaca muerta y una esposa paralítica?! ¡¿Qué mejores intereses puedes exigirle que los andrajos que cubren su encorvado cuerpo?!

Restrégate los ojos, Shamadam. Despierta, antes de que también te sea exigido que pagues tus deudas con intereses y, al no poder hacerlo, seas mandado a pudrirte en la prisión.

Lo mismo os digo a todos vosotros, Compañeros, restregad vuestros ojos y despertad.

Dad cuando podáis y todo lo que podáis. Pero nunca prestéis, no sea que todo cuanto tuvieseis, incluso vuestra vida, se vuelva un préstamo, un préstamo vencido, y seáis considerados insolventes y arrojados a la prisión.

NARONDA: El Maestro miró el documento que tenía en sus manos, y lo hizo pedazos que lanzó al viento. Se volvió entonces hacia Himbal, que era el tesorero, y le dijo:

MIRDAD: Da a Rustidión lo necesario para comprar dos vacas y cuidar de su esposa y de sí mismo hasta el fin de sus días.

Y tú, Rustidión, vete en paz. Tu deuda está saldada. Ten cuidado para que jamás te vuelvas un acreedor, pues el débito de quien presta es mucho mayor y más pesado que el de aquél que toma prestado.

CAPITULO DIECISIETE

Shamadam recurre al soborno en su lucha contra Mirdad

NARONDA: Durante muchos días el caso de Rustidión fue la conversación predominante en el Arca. Micayón, Micaster y Zamora elogiaban al Maestro con vehemencia, diciendo Zamora que él detestaba hasta el hecho de mirar o tocar dinero alguno. Bennoon y Abimar aprobaban y desaprobaban sin el menor entusiasmo. En cuanto a Himbal, lo reprobaba abiertamente diciendo que el mundo jamás podría pasar sin el dinero, y que la riqueza era la justa recompensa de Dios para la economía y la actividad, así como la pobreza era el evidente castigo de Dios contra la indolencia y el despilfarro, y que hasta el fin de los tiempos habría acreedores y deudores entre los hombres.

Mientras tanto, Shamadam andaba ocupadísimo en restaurar su prestigio como Abad. Me llamó una vez en privado a su celda, diciéndome lo siguiente:

«Tú eres el escriba y el historiador de esta Arca y eres hijo de un hombre pobre. Tu padre no posee tierras y, sin embargo, tiene siete hijos y una esposa para los que tiene que trabajar, con el fin de que no pasen necesidad. No debes registrar nada de este desgraciado episodio, pues de lo contrario los que viniesen después se reirían de Shamadam. Apártate de este reprobado Mirdad y haré de tu padre un hacendado, llenándole sus graneros y su cofre.»

A lo que yo respondí diciendo que Dios cuidaría de mi padre y de su familia mucho mejor de lo que jamás Shamadam podría hacerlo. En cuanto a Mirdad, yo le consideraba mi Maestro y liberador, y prefería abandonar la vida antes que abandonarle a él. Y referente al registro histórico del Arca, yo lo haría fielmente y del mejor modo que supiese de acuerdo con mis conocimientos y capacidades.

Más tarde supe que Shamadam había hecho la misma oferta a cada uno de los Compañeros; ¿con qué resultado?... no podría decirlo. Se notó, sin embargo, que Himbal ya no era tan constante en sus visitas al Nido del Águila.

CAPITULO DIECIOCHO

Mirdad adivina la muerte del padre de Himbal

y las circunstancias en que se produjo

El Maestro habla de la muerte

El tiempo es el mayor embustero

La rueda del tiempo, su llanta y su eje

NARONDA: Ya había corrido mucha agua montañas abajo, deslizándose hacia el mar, cuando los Compañeros, a excepción de Himbal, se habían reunido, una vez más, alrededor del Maestro en el Nido del Águila.

El Maestro estaba hablando sobre la Voluntad Universal, cuando súbitamente se paró y dijo:

MIRDAD: Himbal está afligido; él quisiera venir con nosotros para encontrar consuelo, pero sus pies sienten demasiada vergüenza para que puedan traerle hasta aquí. Ve a auxiliarle, Abimar.

NARONDA: Se fue Abimar, volviendo al poco tiempo con Himbal que estaba sollozando y temblando, mostrando en su rostro una expresión de profunda pena.

MIRDAD: Ven junto a mí, Himbal. ¡Ah, Himbal, Himbal! Porque murió tu padre dejas que la tristeza roa tu corazón y convierta tu sangre en lágrimas. ¿Qué harás cuando muera toda tu familia? ¿Qué harás cuando todos los padres y todas las madres y todas las hermanas y hermanos de este mundo fallezcan ante ti, ante tus ojos?

HIMBAL: ¡Ah, Maestro! Mi padre falleció de muerte violenta. Un toro que había comprado recientemente le ensartó por el vientre y le abrió el cráneo anteayer. Acabo de saberlo por un mensajero. ¡Qué desgracia la mía!

MIRDAD: Y, según parece, murió cuando la fortuna de este mundo comenzaba a sonreírle.

HIMBAL: Así es, Maestro. Exactamente así.

MIRDAD: Y su muerte te causa más sufrimiento porque el toro había sido comprado con dinero que le enviaste.

HIMBAL: Así es, Maestro. Exactamente así. Parece que lo sepas todo.

MIRDAD: Dinero que era el precio de tu amor por Mirdad.

NARONDA: Himbal no podía decir nada más; estaba ahogado en lágrimas.

MIRDAD: Tu padre no está muerto Himbal. Ni está muerta tampoco su forma y su sombra. Pero están muertos, verdaderamente muertos, tus sentidos para ver la forma y la sombra transformada de tu padre, pues hay formas tan tenues, con sombras tan sutiles, que los ojos toscos del hombre no pueden percibir.

La sombra de un cedro en la floresta no es la misma que la de un cedro transformado en mástil de navio, o en pilar de un templo, o en cadalso de un patíbulo. Y la sombra de aquel cedro no es la misma al Sol que a la luz de la Luna, o de las estrellas, o de la bruma purpúrea del crepúsculo.

Aunque aquel cedro, no importa cuánto haya sido transformado, viva como cedro, los demás cedros de la floresta ya no le reconocerán como a su hermano de antaño.

¿Puede el gusano de seda que está sobre las hojas, reconocer como su hermana a la crisálida que está adormecida en el capullo de seda? ¿O puede ésta reconocer como hermana a la mariposa de seda que está volando?

¿Puede el grano de trigo que está enterrado en la tierra reconocer su parentesco con la

espiga de trigo que crece sobre la tierra?

¿Pueden los vapores del aire, o las aguas del mar, reconocer como hermanos y hermanas a los carámbanos de hielo que están en la caverna de la montaña?

¿Puede la Tierra reconocer como hermano al meteorito que cae sobre ella desde las profundidades del espacio? ¿Puede el roble verse a sí mismo en la bellota? Por el hecho de que tu padre está ahora en una luz a la que tus ojos no están acostumbrados y en una forma que tu no puedes percibir, dices que tu padre no existe. Mas el yo material del hombre, no importa cuánto haya sido modificado y hacia dónde haya sido transportado, siempre proyecta una sombra, hasta que se haya disuelto por completo en el Yo Divino del hombre.

Un pedazo de madera, sea hoy un brote verde en un árbol o una percha en una pared mañana, continúa siendo madera y cambiando de forma y sombra hasta que sea consumida por el fuego que hay dentro de ella. Del mismo modo, el hombre continúa siendo hombre, cuando está vivo o cuando está muerto, hasta que el Dios que hay en él le consuma, es decir, hasta que él comprenda su unidad con el Único. Esto, no obstante, no se realiza en ese abrir y cerrar de ojos que el hombre gusta llamar «una vida». Todo tiempo es tiempo para la vida, Compañeros. No hay paradas ni comienzos en el tiempo. Tampoco hay altos en el camino, donde los viajeros puedan detenerse para refrescarse y descansar.

El tiempo es una continuidad que se superpone a sí misma. Su popa está unida a su proa. Nada termina ni nada es puesto fuera del tiempo; nada es comenzado ni terminado.

El tiempo es una rueda creada por los sentidos, y lanzada por los sentidos para que gire en el espacio.

Vosotros sentís el deslumbrante cambio de las estaciones y creéis, entonces, que todo está sujeto a las garras del cambio. Pero olvidáis que el poder que hace aparecer y desaparecer las estaciones es eterno, único e inalterable.

Sentís crecer y menguar las cosas, y desalentadoramente declararéis que la decadencia es el fin de todo lo que crece. Mas olvidáis que el poder que hace que las cosas crezcan y mengüen, ése no crece ni mengua.

Sentís la velocidad del viento en relación con la brisa y decís que el viento es mucho más rápido. Pero, a pesar de eso, admitís que lo que mueve el viento y la brisa es lo mismo, y no corre con el viento ni se pasea con la brisa.

¡Qué crédulos sois! ¡Cómo os dejáis engañar con los ardides que vuestros propios sentidos os juegan! ¿Dónde está vuestra imaginación? Solamente con ella podréis ver que todas las transformaciones que os dejan atónitos, no son más que trucos de prestidigitación.

¿Cómo puede ser el viento más rápido que la brisa? ¿No es la brisa la que da origen al viento? ¿No lleva el viento a la brisa consigo?

Vosotros, caminantes de la Tierra, ¿por qué medís las distancias que andáis en pasos y leguas? Tanto si deambuláis lentamente, como a galope, ¿no estáis siendo transportados, por el movimiento de la Tierra, por espacios y regiones por donde la misma Tierra está siendo llevada? ¿No es, pues, vuestro paso igual al paso de la Tierra? ¿No es la Tierra a su vez transportada por otros cuerpos celestes, y su velocidad, entonces, igual a la de ellos?

Sí, la lentitud es la madre de la rapidez. La rapidez es la portadora de la lentitud. Y lentitud y rapidez son inseparables en cualquier punto del tiempo y del espacio.

¿Por qué decís que el crecimiento es crecimiento y la decadencia es decadencia, y que uno es enemigo del otro? ¿Ha crecido alguna cosa sin que lo haya hecho a costa de aquello que decreció? ¿Y decayó algo que no fuese en beneficio de lo que crece?

¿No crecéis vosotros por una decadencia continua? ¿Y no estáis en decadencia por un continuo crecimiento?

¿No son los muertos el subsuelo de los vivos, y los vivos el granero de los muertos?

Si el crecimiento es hijo de la decadencia y la decadencia hija del crecimiento, si la vida es hija de la muerte y la muerte hija de la vida, entonces verdaderamente ambas son sólo una en todos los puntos del tiempo y del espacio. Y en verdad vuestra alegría de vivir y de crecer es tan estúpida como vuestro dolor por decaer y morir.

¿Por qué decís que sólo el otoño es la estación de las uvas? En verdad os digo que las uvas también están maduras en invierno, cuando no hay más que un leve e imperceptible palpitar de la savia, y sueña sus sueños en la vid; y también en primavera, cuando se forman sus tiernos racimos de menudas cuentas de color esmeralda; y también en verano, cuando los racimos crecen y los granos se hinchan, coloreando sus mejillas bajo el dorado Sol.

Si cada estación contiene en sí misma a las otras tres, entonces verdaderamente todas las estaciones serán una en todos los puntos del tiempo y del espacio.

¡Ay!... Sí, el tiempo es el mayor prestidigitador y los hombres los mayores incautos.

Semejante a la ardilla que hace girar su rueda, el hombre, que ha puesto la rueda del tiempo a girar, está hasta tal punto dominado e impulsado por su movimiento, que ya no puede creer que es él quien la hace moverse, ni «encuentra tiempo» para detener el giro del tiempo.

Y exactamente igual que el gato que hiere su lengua de tanto lamer la piedra de pulir, creyendo que la sangre que está lamiendo fluye de la piedra, el hombre lame su propia sangre derramada en la rueda del tiempo, y mastica su propia carne lacerada por los radios del tiempo, con la ilusión de que son la sangre y la carne del tiempo.

La rueda del tiempo gira en el vacío del espacio. En su llanta están situadas todas las cosas perceptibles por los sentidos, incapaces de percibir algo distinto del tiempo y del espacio. Y así, las cosas continúan apareciendo y desapareciendo. Lo que desaparece para unos, en cierto punto del tiempo y del espacio, aparece para otros en otro punto.

Lo que puede ser arriba para unos, es abajo para otros. Lo que puede ser día para unos, es noche para otros, dependiendo del «cuándo» y del «dónde» del observador.

Sólo uno es el camino de la vida y de la muerte, ¡oh, monjes!, sobre la llanta de la rueda del tiempo, pues el movimiento en círculo jamás puede alcanzar el fin, y jamás se agota.

Y todo movimiento en el mundo es un movimiento circular.

¿Acaso el hombre se podrá liberar algún día del círculo vicioso del tiempo?

Sí, el Hombre se liberará, pues él es el heredero de la libertad sagrada de Dios.

La rueda del tiempo gira, pero su eje está siempre en reposo.

Dios es el eje de la rueda del tiempo. Aunque todo gira alrededor de El en el tiempo y en el espacio, El está siempre fuera del tiempo y del espacio. Aunque todo proceda de su Palabra, su Palabra está tan desprovista del tiempo y del espacio como El.

En el eje, todo es paz. En la llanta todo es agitación. ¿Dónde preferís estar vosotros?

En verdad os digo, deslizaos desde la llanta del tiempo hacia el eje, y os libraréis de las náuseas del movimiento. Dejad que el tiempo gire alrededor de vosotros, pero vosotros no giréis con el tiempo.

CAPITULO DIECINUEVE

Lógica y fe

La negación del yo es la afirmación del yo

Cómo detener la rueda del tiempo

Lágrimas y risas

BENNOON: Perdóname Maestro, pero tu lógica me deja confuso por su carencia de lógica.

MIRDAD: No me sorprende, Bennoon, que hayas sido llamado «el juez». Tienes que insistir sobre la lógica de cada caso antes de decidir. ¿Fuiste juez tanto tiempo y todavía no descubriste que la única utilidad de la lógica es liberar al hombre de la lógica y llevarle a la Fe que conduce a la Comprensión?

La lógica es la inmadurez que teje su tela de araña para atrapar al monstruo ⁽²⁾ del conocimiento. Cuando la lógica alcanza la mayoría de edad, se estrangula en sus propias redes, transmutándose en Fe, que es el conocimiento más profundo.

La lógica es la muleta del inválido, pero es una carga para quien tiene los pies ligeros, y mayor carga todavía para aquél que tiene alas.

La lógica es la fe en estado infantil. La fe es la lógica que llegó a la madurez. Tan pronto como tu lógica llegue a la madurez, Bennoon, ya no hablarás más de lógica.

BENNOON: Para deslizarse desde la llanta de la rueda del tiempo hasta el eje, es necesario negarse a sí mismo. ¿Puede el hombre negar su propia existencia?

MIRDAD: Para eso, realmente, tendrás que negar al yo, que es un juguete en manos del tiempo, y afirmar así al Ser, que es inmune a las chanzas del tiempo.

BENNOON: ¿Puede la negación de un ser constituir la afirmación de otro?

MIRDAD: Sí, negar al yo es afirmar al Ser. En tanto que aquél muere para cambiar, éste nace para no cambiar jamás. La mayor parte de los hombres viven para morir. Dichosos los que mueren para vivir.

BENNOON: A pesar de todo, el hombre ama su identidad. ¿Cómo se aniquilará en Dios y será aún consciente de su propia identidad?

MIRDAD: ¿Es perjudicial para el arroyo perderse en el mar y ser así consciente de sí mismo como mar? Para el hombre perder su identidad en Dios es solamente perder su sombra y encontrar la esencia sin sombra de su Ser.

MICASTER: ¿Cómo puede el hombre, criatura del tiempo, liberarse de las garras del tiempo?

MIRDAD: Así como la muerte te liberará de la muerte, y la vida te liberará de la vida, el tiempo te liberará del tiempo.

El hombre se cansará tanto de los cambios, que todo en él anhelará y deseará apasionadamente aquello que es más poderoso que los cambios. Y ciertamente lo encontrará en sí mismo.

Dichosos los que anhelan, pues están ya en el umbral de la libertad. A éstos son a los que busco; por ellos imploro. ¿No os elegí porque oí vuestros anhelos?

Pero desgraciados serán aquéllos que giran en las órbitas del tiempo y tratan de obtener en ellas su libertad y su paz. Apenas sonríen por su nacimiento, cuando ya lloran por su muerte. Apenas están llenos cuando ya están vacíos. Apenas han atrapado la paloma de la paz, cuando ella se transforma en sus manos en buitre de guerra. Cuanto más piensan que saben, menos en verdad conocen. Cuanto más avanzan, en verdad más retroceden. Cuanto más alto suben, más profundo caen.

² N.d.T: Literalmente «Behemoth», es decir, hipopótamo, ver Libro de Job, 40: 10-18.

Para ellos, mis palabras son vagas e irritantes murmuraciones; serán como oraciones en un manicomio o como antorchas encendidas delante de ciegos. Mientras ellos no anhelan la libertad, no tendrán los oídos abiertos a mis palabras.

HIMBAL (llorando): No solamente has abierto mis oídos, Maestro, sino también mi corazón. Perdona al Himbal de ayer, ciego y sordo.

MIRDAD: Suprime tus lágrimas, Himbal. Una lágrima jamás podrá llegar a ser un ojo que busca los horizontes más allá de los dominios del tiempo y del espacio.

Deja que aquéllos que ríen, cuando los dedos hábiles del tiempo les hacen cosquillas, lloren cuando su piel sea desgarrada por sus uñas.

Deja que aquéllos que danzan y cantan la radiante mocedad, se tambaleen y giman con las arrugas de la vejez.

Deja que los que celebran los carnavales del tiempo, cubran sus cabezas con cenizas en sus funerales.

Tú, sin embargo, debes estar sereno. En el caleidoscopio de los cambios, busca sólo lo inmutable.

No hay nada en el tiempo que valga una lágrima. No hay nada que valga una sonrisa. La cara que ríe y la que llora, son igualmente indecorosas y distorsionadas.

¿Quieres evitar la sal de las lágrimas? Evita entonces las contorsiones de la risa.

Las lágrimas al evaporarse, se convierten en risa burlona. La risa burlona, cuando se condensa, se convierte en lágrimas.

No seas volátil para la alegría, ni condensable para la tristeza... sino igualmente sereno para ambas.

CAPITULO VEINTE

¿A dónde vamos después de muertos? El arrepentimiento

MICASTER: Maestro, ¿a dónde vamos después de muertos?

MIRDAD: ¿Dónde estás ahora, Micaster?

MICASTER: En el Nido del Águila.

MIRDAD: ¿Consideras que este Nido del Águila es suficiente para contenerte? ¿Piensas que esta Tierra es el único hogar del hombre?

Vuestros cuerpos, aunque ahora están circunscritos en el tiempo y en el espacio, fueron extraídos de todo lo que está en el tiempo y en el espacio. Aquello de vosotros que vino del Sol, vive en el Sol. Aquello de vosotros que vino de la Tierra, vive en la Tierra. Y así ocurre con todas las demás esferas y regiones espaciales vírgenes que las separan.

Sólo los débiles de espíritu piensan que la única morada del hombre es la Tierra y que los millares de cuerpos que flotan en el espacio son meros ornamentos de la morada del hombre y distracción para sus ojos.

El Lucero del Alba, la Vía Láctea, las Pléyades no son menos moradas para el hombre que la Tierra. Cada vez que ellas envían un rayo hacia sus ojos, le elevan hasta ellas. Cada vez que él pasa bajo ellas, las atrae hacia sí.

Todas las cosas están incorporadas en el hombre y el hombre, a su vez, está incorporado en ellas. El universo es un cuerpo único. Comulga con la menor de sus partículas, y comulgarás con todo.

Del mismo modo que mueres continuamente en el transcurso de la vida, así vivirás continuamente cuando estés muerto; si no en este cuerpo, al menos en un cuerpo de otra forma. Pero continuarás viviendo en un cuerpo hasta que te disuelvas en Dios; lo que significará que habrás vencido todos los cambios.

MICASTER: ¿Volvemos a la Tierra cuando viajamos de un cambio a otro?

MIRDAD: La ley del tiempo es la repetición. Aquello que ocurre una vez en el tiempo, está destinado a repetirse sucesivamente; los intervalos, en el caso del hombre, pueden ser largos o cortos, dependiendo de la intensidad del deseo y de la voluntad de repetición de cada hombre.

Cuando pasáis de este ciclo conocido como vida al ciclo conocido como muerte, y lleváis con vosotros una sed ardiente por la Tierra y un hambre insaciable por sus pasiones, entonces el imán de la Tierra os atrae nuevamente a su seno. Y la Tierra os amamantará y el tiempo os destetará vida tras vida y muerte tras muerte, hasta que sepáis valeros por vosotros mismos para siempre, de acuerdo con vuestra propia voluntad y conveniencia.

ABIMAR: ¿También la Tierra tiene poder sobre ti, Maestro? Pues tú pareces ser uno de nosotros.

MIRDAD: Yo vengo cuando quiero y cuando quiero me voy. Vengo para liberar a los moradores de la Tierra de su encadenamiento a la Tierra.

MICAYON: Yo quisiera ser desligado de la Tierra para siempre. ¿Cómo podré hacerlo, Maestro?

MIRDAD: Amando a la Tierra y a todos sus hijos. Cuando el Amor sea el único saldo de tus cuentas con la Tierra, entonces la Tierra te saldará tu débito.

MICAYON: Pero el Amor es unión y la unión es cautiverio.

MIRDAD: No, el Amor es lo único que libera de la prisión. Cuando amas todo, no estás ligado a nada.

ZAMORA: ¿Puede alguien, por el Amor, escapar a la repetición de sus propias transgresiones contra el Amor y, de este modo, detener la rueda del tiempo?

MIRDAD: Tú lo puedes conseguir por el arrepentimiento. La maldición proferida por tu

lengua buscará otro lugar cuando vuelva hacia ti y encuentre tu lengua cubierta de bendiciones de Amor. Así el Amor evitará que aquella maldición se repita.

Una mirada lasciva buscará otros ojos lascivos, cuando vuelva y encuentre desbordantes miradas de Amor en los ojos que la habían enviado. Y así el Amor evitará la repetición de aquel mirar lascivo.

Un deseo perverso emitido por un corazón perverso buscará su nido en otra parte, cuando vuelva y encuentre a ese mismo corazón repleto de deseos de Amor. Así el Amor evitará que se repita aquel deseo perverso.

Esto es el arrepentimiento.

El tiempo sólo podrá devolverte Amor, cuando el Amor sea tu único saldo. Cuando algo se vuelve la única cosa repetida en todo tiempo y lugar, se transforma en una constante que llena todo tiempo y espacio y, de esta manera, uno y otro son aniquilados.

HIMBAL: Todavía hay una cosa que perturba mi corazón y nubla mi comprensión, Maestro: ¿Por qué mi padre tuvo esta muerte y no otra?

CAPITULO VEINTIUNO

La Sagrada Voluntad Universal Por qué, cuándo y cómo ocurre todo

MIRDAD: Es extraño que vosotros, hijos del tiempo y del espacio, no percibáis que el tiempo es la memoria universal inscrita en las tablillas del espacio.

Si vosotros, limitados como estáis por los sentidos, sois capaces de recordar algunas cosas ocurridas entre el nacimiento y la muerte, ¿cuánto más no podrá recordar el tiempo, que ya era antes de que vosotros naciésteis y que durará indefinidamente después de vuestra muerte?

Os digo que el tiempo lo recuerda todo, no solamente aquello que recordáis vividamente, sino también aquello que os pasó totalmente desapercibido.

En el tiempo no existe olvido; no, el tiempo jamás olvida ni el más leve movimiento, respiración o capricho. Y todo lo que se ha guardado en la memoria del tiempo, está profundamente grabado sobre las cosas del espacio.

La misma tierra que pisáis, el propio aire que respiráis, las propias casas donde moráis, podrían fácilmente revelaros los más mínimos pormenores del registro de vuestras vidas —pasadas, presentes y futuras— si tuviésteis la capacidad de leer y la perspicacia de captar el sentido.

Tanto en la vida como en la muerte, en la Tierra o más allá de ella, jamás estáis solos, sino permanentemente acompañados de los seres y cosas que participan en vuestra vida y en vuestra muerte, de la misma manera que vosotros participáis en su vida y en su muerte. Tal como participáis en ellos, ellos participan en vosotros; y al igual que los buscáis, ellos os buscan.

El hombre tiene una cuenta con cada una de las cosas y cada cosa tiene una cuenta con el hombre. Este intercambio continuo no cesa. La defectuosa memoria del hombre es un contable malo; pero no así la perfecta memoria del tiempo, que conserva al día las cuentas de las relaciones del hombre con sus semejantes y con todos los demás seres del universo, forzándole a saldar sus cuentas en cada abrir y cerrar de ojos, vida tras vida, muerte tras muerte.

El rayo jamás caerá sobre una casa si la casa no lo atrae. La casa es tan responsable como el rayo de su propia ruina.

Un toro jamás corneará a un hombre si el hombre no le invita a ensartarle. Y en verdad, aquel hombre debe responder por su sangre más que el mismo toro.

El asesinado afila el puñal del asesino y ambos ejecutan la puñalada fatal.

El robado dirige los movimientos del ladrón y ambos cometen el robo.

Sí, el hombre provoca sus propias calamidades y después protesta contra los invitados inoportunos, por haberse olvidado de cómo, cuándo y dónde escribió y envió las invitaciones. El tiempo jamás olvida; y en el momento oportuno, entrega cada invitación en la dirección correcta, conduciendo a cada invitado a casa de su anfitrión.

Y en verdad os digo, jamás protestéis por un invitado, para que él no venga su despreciado orgullo, permaneciendo demasiado tiempo o haciendo sus visitas más frecuentes de lo que sería conveniente.

Sed amables y hospitalarios con todos vuestros invitados, sea cual fuese su aspecto o comportamiento; pues en realidad son sólo vuestros acreedores. Dad a los más inoportunos más de lo que les debéis, para que se vayan satisfechos y agradecidos y para que, si volviesen a visitaros, lo hagan como amigos y no como acreedores.

Tratad a cada invitado como a un invitado de honor, con el fin de que ganéis su confianza y podáis descubrir los motivos ocultos de su visita.

Aceptad la desgracia como si fuese dicha, pues una desgracia, una vez comprendida, se

transforma enseguida en dicha. Por otro lado, la dicha mal comprendida se transforma, en muy breve tiempo, en desgracia.

Vosotros escogéis vuestro nacimiento y vuestra muerte, la hora, el lugar y el modo, a pesar de que vuestra caprichosa memoria no es más que un enmarañamiento de falsedades, llena de agujeros y brechas.

El supuesto sabio declara que los hombres no ejercen ninguna influencia en su nacimiento y muerte. El indolente, que mira de reojo el tiempo y el espacio, fácilmente descarta como accidentales la mayoría de los acontecimientos del tiempo y el espacio. Tened cuidado con sus fantasías y sus ilusiones, queridos Compañeros.

Nada existe en el tiempo ni en el espacio que sea accidental. Todas las cosas están ordenadas por la Voluntad Universal, que no yerra ni descuida nada.

Al igual que las gotas de lluvia se reúnen por sí solas para formar las fuentes, y las fuentes fluyen hasta transformarse en arroyos y riachuelos; y así como los arroyos y los riachuelos se ofrecen como afluentes a los ríos y éstos, a su vez, llevan sus aguas al mar, y los mares se unen con el Gran Océano; de la misma manera, la voluntad de cada criatura, inanimada o animada, fluye hacia la Voluntad Universal.

En verdad os digo que todo tiene voluntad. Incluso la piedra, aparentemente tan sorda, muda y sin vida, no está exenta de voluntad. Si fuese así, ella no existiría, no influiría en nada y nada la afectaría. Su conciencia de querer y ser, podrá diferir en grado de la del hombre, pero no en substancia.

En la vida de un solo día, ¿de qué podéis afirmar que sois conscientes? En realidad, de una parte insignificante.

Si vosotros, dotados de cerebro, memoria y medios para registrar emociones y pensamientos, todavía sois inconscientes de la mayor parte de las vivencias de un solo día, ¿por qué os admiráis de que una piedra sea tan inconsciente de su vida y voluntad?

Y así como vivís y os movéis tan poco conscientes de que estáis viviendo y moviándoos, así también deseáis tanto sin apenas tener conciencia de estar deseándolo. Pero la Voluntad Universal es consciente de vuestra inconsciencia y de la de toda criatura del universo.

Al entregarse a sí misma, tal como es su deseo en todo instante del tiempo y en todos los puntos del espacio, la Voluntad Universal da a cada hombre y a cada cosa aquello que siempre han querido, ni más ni menos, sean conscientes o no de haberlo deseado. Los hombres, no obstante, desconociendo esto, se aterran demasiado frecuentemente con la suerte que les corresponde del saco de la Voluntad Universal que todo lo contiene. Y los hombres protestan abatidos, y culpan de su desánimo a los caprichos del Destino.

No es el Destino, ¡oh, monjes!, el que es caprichoso; pues Destino no es más que otro nombre de la Voluntad Universal. Es la voluntad del hombre la que todavía es muy caprichosa, inestable e incierta en su curso: hoy corre hacia Oriente y mañana hacia Occidente; tan pronto dice que esto es bueno como decide que es malo; en un momento determinado acepta a un hombre como amigo, y más tarde le combate como enemigo.

Vuestra voluntad no debe ser caprichosa, queridos Compañeros. Sabed que todas vuestras relaciones con las cosas y con los hombres están determinadas por lo que queréis de ellos y por lo que ellos quieren de vosotros. Y lo que vosotros queréis de los hombres y de las cosas, determina lo que ellos quieren de vosotros.

Por lo tanto, ya os lo dije antes y os lo repito ahora: Tened cuidado de cómo respiráis, de cómo habláis, de lo que deseáis, de lo que pensáis y hacéis. Porque vuestra voluntad está escondida en cada respiración y en cada palabra, en cada deseo, en cada pensamiento y en cada acto. Y lo que para vosotros está oculto, estará siempre manifiesto ante la Voluntad Universal.

No queráis obtener de ningún hombre un placer que para él signifique dolor, no sea que vuestro placer os cause más daño que si fuese dolor.

Ni queráis obtener de cosa alguna un bien que para ella sea un mal, no sea que al hacerlo estéis queriendo un mal para vosotros.

Pero quered de todos los hombres y de todas las cosas su amor; pues solamente con él serán levantados vuestros velos y la Comprensión nacerá en vuestro corazón, iniciándose así vuestra voluntad en los maravillosos misterios de la Voluntad Universal.

Mientras no lleguéis a ser conscientes de todas las cosas, no podréis ser conscientes de su voluntad en vosotros, ni de vuestra voluntad en ellas.

Mientras no seáis conscientes de vuestra voluntad en todas las cosas, y de su voluntad en vosotros, no podréis conocer los misterios de la Voluntad Universal.

Y mientras no conozcáis los misterios de la Voluntad Universal no debéis dirigir la vuestra contra ella; pues ciertamente seréis vencidos. Saldréis de cada encuentro heridos y saciados con hiél; y buscaréis venganza y solamente añadiréis nuevas cicatrices a las antiguas y haréis rebosar vuestra copa de hiél.

En verdad os digo, aceptad la Voluntad Universal si queréis transformar la derrota en victoria. Aceptad, sin murmurar, todas las cosas que caigan sobre vosotros de su misterioso saco; aceptadlas con gratitud, en la certeza de que es la parte, justa y exacta, que os toca de la Voluntad Universal. Aceptadlas con la voluntad de comprender su valor y su significado.

Y cuando consigáis comprender los caminos ocultos de vuestra propia voluntad, habréis comprendido la Voluntad Universal.

Aceptad lo que no sabéis, y tal vez eso os permita conocerlo. Apartaos de ello, y continuará siendo para vosotros un enigma irritante.

Dejad que vuestra voluntad sirva a la Voluntad Universal hasta que la Comprensión haga de la Voluntad Universal un sirviente de vuestra voluntad.

Así enseñé a Noé.

Así os enseñé a vosotros.

CAPITULO VEINTIDÓS

Mirdad alivia a Zamora de su secreto y habla del hombre y la mujer, del matrimonio, del celibato y del vencedor

MIRDAD: Naronda, ¡mi fiel memoria! ¿Qué te dicen estos lirios?

NARONDA: Nada que yo pueda oír, amado Maestro.

MIRDAD: Yo les oigo decir: «Amamos a Naronda y con satisfacción le ofrecemos nuestras fragantes almas como prueba de nuestro amor.» Naronda, ¡mi fiel memoria! ¿Qué te dicen las aguas de esta laguna?

NARONDA: Nada que yo pueda oír, amado Maestro.

MIRDAD: Yo las oigo decir: «Amamos a Naronda, por eso saciamos su sed y la sed de sus amados lirios.»

Naronda, ¡mi ojo vigilante! ¿Qué te dice este día con todas las cosas que él cariñosamente acuna en sus brazos soleados?

NARONDA: Nada que yo pueda oír, amado Maestro.

MIRDAD: Yo le oigo decir: «Amo a Naronda, por eso le acuno cariñosamente en mis brazos soleados, junto al resto de mi amada familia,»

Con tantas cosas para amar y ser amado por ellas, ¿no está la vida de Naronda demasiado llena, como para que en ella aniden e incuben sueños y pensamientos vanos? En verdad os digo que el hombre es el amado del universo. Todas las cosas se alegran de mimarle. Pero pocos son los hombres que no se envanecen con esos mimos, y todavía menos numerosos aquéllos que no muerden la mano que les acaricia.

Para el que no está mimado, hasta la picadura de la serpiente es un beso de amor. Mas para el mimado, incluso un beso de amor es una picadura de serpiente. ¿No es así, Zamora?

NARONDA: Así hablaba el Maestro mientras él, Zamora y yo regábamos, en una tarde soleada, algunos macizos de flores en el jardín del Arca. Zamora, que durante todo ese tiempo se hallaba distraído, abatido y deprimido, fue tomado de improviso por la pregunta del Maestro.

ZAMORA: Como todo lo que el Maestro dice es verdad, esto debe ser verdadero.

MIRDAD: ¿No es verdad en tu caso, Zamora? ¿No fuiste tu envenenado por muchos besos de amor? ¿No estás, ahora, torturado por el recuerdo de tu amor envenenado?

ZAMORA (Echándose a los pies del Maestro, mientras que las lágrimas brotaban de sus ojos): ¡Oh, Maestro! Qué vana puerilidad la mía o la de cualquier hombre, intentar esconder un secreto a tus ojos, aunque sea en lo más recóndito del corazón.

MIRDAD (Mientras hacía levantarse a Zamora): ¡Tan pueril y vano como tratar de esconderlo incluso a estos lirios!

ZAMORA: Sé que mi corazón todavía no es puro, porque los sueños que tuve anoche fueron impuros.

Hoy quisiera vaciar mi corazón, ponerlo desnudo ante ti, amado Maestro; ante Naronda; ante estos lirios y ante las lombrices que rastrean entre sus raíces. Necesito descargarme de un secreto que oprime mi alma. Que esta lánguida brisa lo haga llegar a todas las criaturas del mundo. En mi juventud amé a una joven. Era más bella que el lucero del alba. Su nombre era más dulce a mi lengua que lo que pueda ser el sueño a mis párpados. Cuando nos hablaste de la oración y de la corriente sanguínea creo que yo fui el primero en beber la substancia curativa de tus palabras, pues el amor de Hoglah —ése era su nombre— dirigía mi sangre, y sé muy bien lo que puede hacer una sangre dirigida así.

Con el amor de Hoglah, la eternidad era mía. Yo la llevaba como un anillo de casamiento. Y vestía la propia muerte como si fuese una cota de mallas. Me sentía más

anciano que todo lo pasado y más joven que la más temprana mañana aún por nacer. Mis brazos sostenían los cielos y mis pies impelían la tierra. Y en mi corazón brillaban innumerables soles.

Pero Hogleh murió, y Zamora, el fénix llameante, se transformó en un montón de cenizas frías y sin vida, de las cuales ningún fénix renació. Zamora, el león temible, se convirtió en un conejo asustado. Zamora, el pilar del cielo, se volvió un lastimoso naufrago en una laguna de aguas estancadas.

Salvé lo que pude de Zamora, y partí hacia esta Arca, esperando enterrarme vivo en sus recuerdos y sus sombras diluvianas. Tuve la suerte de llegar aquí exactamente cuando un Compañero había partido de este mundo, y fui admitido.

Durante quince años los Compañeros de esta Arca vieron y oyeron a Zamora, pero jamás supieron ni oyeron el secreto de Zamora. Quizás las viejas paredes y los sombríos corredores del Arca no lo ignoren. Puede ser que los árboles, las flores y los pájaros de este jardín sepan algo de él. Pero lo que sí es cierto es que las cuerdas de mi arpa te podrán contar, oh Maestro, mucho más de lo que yo mismo pueda decir acerca de mi Hogleh.

Justamente cuando tus palabras comenzaron a avivar y a atizar las cenizas de Zamora y estaba a punto de nacer un nuevo Zamora, Hogleh me visitó en sueños, hizo hervir mi sangre y me arrojó a los sombríos despeñaderos de la realidad actual —una antorcha consumida, un éxtasis nacido muerto, un montón de cenizas sin vida— ¡ah, Hogleh, Hogleh!

Perdóname, Maestro. No puedo contener las lágrimas. ¿Qué más puede ser la carne sino carne? Ten piedad de mi carne. Ten piedad de Zamora.

MIRDAD: La propia piedad necesita piedad. Mirdad no la tiene. Pero Mirdad tiene Amor en abundancia para todas las cosas, incluso para la carne; y más todavía para el Espíritu que toma la forma tosca de la carne únicamente para fundirla en su propia falta de forma. Y el amor de Mirdad levantará a Zamora de sus cenizas y hará de él «el vencedor». Yo predico «al vencedor», el Hombre unificado y dueño de sí mismo. El hombre aprisionado por el amor de una mujer y la mujer aprisionada por el amor de un hombre, son incapaces de merecer la preciosa corona de la Libertad. Pero el hombre y la mujer transformados en uno solo por el Amor, inseparables e indistinguibles, están realmente calificados para el premio.

No es Amor el amor que subyuga al amante.

No es Amor el amor que se alimenta de carne y sangre.

No es Amor el amor que atrae a la mujer hacia el hombre sólo para procrear más hombres y mujeres, perpetuando así su esclavitud a la carne.

Yo predico «al vencedor» —el Hombre Fénix—, demasiado libre para ser un varón y demasiado sublime para ser una hembra.

Así como en las esferas más densas de la vida, el varón y la hembra son uno, de la misma manera son uno en las esferas más etéreas de la vida. El intervalo entre los dos no es más que un segmento en la eternidad, dominado por la ilusión de la dualidad. Aquéllos que no pueden ver ni hacia adelante ni hacia atrás, juzgan que este segmento de la eternidad es la propia eternidad. Se aferran a la ilusión de la dualidad como si ésta fuese el núcleo y la esencia de la Vida, ignorando que la regla de la Vida es la unidad.

La dualidad es una etapa en el tiempo. Como procede de la unidad, a la unidad se dirige. Cuanto más rápidamente atraveséis esta etapa, más pronto abrazaréis vuestra libertad.

¿Y qué son el hombre y la mujer sino el único ser hu-mano, inconsciente de su unidad, y por eso dividido en dos y creado para beber la hiél de la dualidad, para que así pueda desear el néctar de la unidad, y deseándolo, lo busque con la voluntad; y buscándolo, lo encuentre y lo posea, consciente de su libertad incomparable?

Dejad que el caballo relinche a la yegua y que la corza llame al corzo. La propia naturaleza los estimula a ello y bendice y aprueba su acto, pues no son conscientes de ningún destino superior al de su propia reproducción.

Dejad al hombre y a la mujer que todavía no están muy alejados de la yegua y el caballo, del corzo y la corza, que se busquen mutuamente en las negras soledades de la carne. Dejadles mezclar la licenciosidad de la alcoba con la licencia del lazo matrimonial. Dejadles alegrarse en la fertilidad y la preñez de sus cuerpos. Dejadles propagar la especie. La propia naturaleza se alegra de ser su madrina y su partera; la propia naturaleza les preparará lechos de rosas, sin olvidarse de las espinas.

Pero los hombres y las mujeres que anhelan, necesitan realizar su unión, incluso cuando están en la carne, no por la comunión de la carne, sino por la voluntad de liberarse de la carne y de todos los impedimentos que ésta coloca en su camino hacia la perfecta Unidad y la Sagrada Comprensión.

Con frecuencia oís a los hombres hablar de la «naturaleza humana» como si ésta fuese un elemento rígido, bien medido, bien definido, exhaustivamente explorado y firmemente apuntalado por todos lados por algo que ellos denominan sexo.

«La naturaleza humana es satisfacer las pasiones del sexo. Intentar poner freno a sus turbulentos ímpetus y emplearlos como un medio para superar el sexo es ir decididamente contra la naturaleza humana y acabar sufriendo.» Así dicen los hombres. No hagáis caso a semejante barbaridad.

Muy complejo es el hombre e imponderable su naturaleza. Muy variados son sus talentos e inagotables sus energías. Desconfiad de aquéllos que quieren encerrarle entre límites.

Sin duda, la carne impone al hombre un pesado tributo. Mas él lo paga sólo durante cierto tiempo. ¿Quién de entre vosotros querría ser un vasallo durante toda la eternidad? ¿Qué vasallo no sueña con sacudir de sus hombros el yugo de su príncipe, y así liberarse de pagar tributo?

El hombre no nació para ser vasallo, ni siquiera de su virilidad. Por eso el hombre está deseando siempre liberarse de cualquier vasallaje. Y ciertamente poseerá la libertad.

¿Qué significan los lazos de la sangre para aquél que quiere vencer? Una cadena que tendrá que ser rota con una voluntad.

«El vencedor» siente que su sangre está enlazada con toda sangre. Por consiguiente, no está atado a nadie.

Dejad la propagación de la raza a aquéllos que no anhelan. Los que anhelan tienen que propagar otra raza: la raza de los vencedores.

La raza de los vencedores no tiene su origen en los órganos sexuales. Al contrario, desciende de los corazones célibes cuya sangre está dirigida por la inflexible voluntad de vencer.

Sé que vosotros, y muchos de vuestros semejantes en todo el mundo, han hecho voto de celibato. Sin embargo, lejos estáis de ser célibes, como testimonia el sueño que Zamora tuvo anoche.

No es célibe aquél que usa el hábito monástico y se encierra tras gruesas paredes y macizas puertas de hierro. Muchos frailes y monjas son más lascivos que el mayor de los lascivos, aunque su carne jure, sin mentir, que jamás ha tenido contacto con ninguna otra carne. Célibes son aquéllos cuyos corazones y mentes son célibes, estén encastados en monasterios o vaguen por los mercados.

Venerad, queridos Compañeros, a la mujer y santificadla. No en su papel de madre de la raza, ni de esposa o amante, sino como gemela del hombre y compañera suya, parte por parte, en el interminable cansancio y sufrimiento de la vida dual. Sin ella, el hombre no puede atravesar el segmento de la dualidad. Solamente en ella, él encontrará su

unidad, y en él, ella encontrará su liberación de la dualidad. Y los gemelos serán a su tiempo unidos en uno solo, «el vencedor», que no es ni varón ni hembra: el Hombre Perfecto.

Yo predico al vencedor, el Hombre unificado y dueño de sí mismo. Y cada uno de vosotros será un vencedor antes de que Mirdad se retire de entre vosotros.

ZAMORA: Mi corazón se entristece cuando te oigo decir que nos vas a dejar. Si llega el día en que al buscarte no te hallemos, Zamora pondrá fin a su aliento.

MIRDAD: Tú puedes querer muchas cosas, Zamora; puedes querer todas las cosas. Pero existe algo que no puedes querer: poner fin a tu voluntad, que es la voluntad de la vida, que es la Voluntad Universal; pues la Vida, que es el Ser, jamás puede querer su propio no-ser; ni puede el no-ser tener voluntad. No, ni el propio Dios puede acabar con Zamora.

En cuanto a mi partida, ciertamente llegará el día en que me busquéis en la carne y no me hallaréis; pues tengo trabajo que hacer en lugares diferentes a esta Tierra. Y en ningún lugar dejo mi trabajo inacabado. Alegraos, por tanto. Mirdad no os dejará mientras no haya hecho de vosotros unos vencedores, hombres unificados y perfectamente dueños de sí mismos.

Cuando seáis vuestros propios maestros y hayáis alcanzado la Unidad, entonces encontraréis a Mirdad como un perenne morador en vuestros corazones, y su nombre jamás se borrará de vuestra memoria.

Así enseñé a Noé.

Así os enseñé a vosotros.

CAPITULO VEINTITRÉS

Mirdad cura a Sim-Sim y habla de la vejez

NARONDA: Sim-Sim, la vaca más vieja de los establos del Arca, estaba enferma desde hacía cinco días, y no comía ni bebía, por lo que Shamadam mandó llamar al matarife, diciendo que sería más prudente degollar a la vaca y beneficiarse con la venta de la carne y de la piel, que dejarla morir sin beneficio alguno.

Cuando el Maestro supo esto, quedó extremadamente pensativo e inmediatamente se dirigió, a toda prisa, hacia el establo, dirigiéndose al pesebre de Sim-Sim. Los Siete le acompañaban.

Sim-Sim estaba triste y casi inmóvil, con la cabeza caída, los ojos entornados, el pelo erizado y sin brillo. Sólo de cuando en cuando movía una oreja para espantar a alguna mosca impertinente. Sus grandes ubres pendían vacías y flácidas entre sus patas, pues a Sim-Sim le habían sido negadas, al final de su larga y fructífera vida, las dulces preocupaciones de la maternidad. Los huesos de sus caderas sobresalían, bajo su piel, deformes y tristes, como dos lápidas sepulcrales. Sus costillas y vértebras podían contarse fácilmente. Su larga y fina cola, con un espeso matojo de pelos en la punta, pendía inmóvil y rígida.

El Maestro se aproximó al animal enfermo y comenzó a acariciarle, entre los cuernos y los ojos y debajo de las quijadas. Ocasionalmente, pasaba su mano por las costillas y por el vientre del animal, hablándole durante todo ese tiempo como si hablase a un ser humano:

MIRDAD: ¿Por qué no rumias, mi generosa Sim-Sim? Sim-Sim ha dado tanto, que ha olvidado guardarse un poco de alimento para rumiar. Y Sim-Sim tiene todavía mucho que dar. Su leche blanca como la nieve todavía hoy corre, bermeja, en sus venas. Sus fuertes novillos están hoy arrastrando pesados arados en nuestros campos y ayudándonos a alimentar muchas bocas hambrientas. Sus graciosas novillas alegran nuestros pastizales con sus becerros. Incluso su estiércol abastece nuestra mesa con succulentas verduras de nuestra huerta y apetitosos frutos de nuestros frutales.

Por nuestros barrancos todavía resuena el eco del maravilloso mugido de Sim-Sim. Nuestros manantiales todavía reflejan su afable y amable rostro. Nuestro suelo todavía abraza y conserva celosamente el imborrable rastro de sus pezuñas.

Nuestros pastizales se sienten alegres de alimentar a Sim-Sim. Nuestro Sol siente gran placer en acariciarla. Nuestras brisas se sienten felices al deslizarse sobre su piel suave y lustrosa. Mirdad agradece la oportunidad de verla atravesar el desierto de la vejez y ser su guía hacia otros pastos, por tierras de otros soles y otras brisas.

Mucho ha dado Sim-Sim y mucho ha tomado; pero más tiene todavía Sim-Sim para dar y tomar.

MICASTER: ¿Puede Sim-Sim comprender tus palabras, para que la hables como si ella tuviese entendimiento humano?

MIRDAD: No son las palabras las que cuentan, buen Micaster, sino la vibración que hay en las palabras. Y a ésta, hasta una bestia es susceptible. Además de eso, veo a una mujer mirándome a través de los mansos ojos de Sim-Sim.

MICASTER: ¿De qué sirve hablar así a la vieja Sim-Sim, que está terminando su vida? ¿Tienes esperanza de frenar los estragos hechos por el tiempo y dilatar la vida de Sim-Sim?

MIRDAD: Terrible carga es la vejez, tanto para el hombre como para los animales. Y los hombres doblan el peso de esa carga por su negligente insensibilidad. Con una criatura recién nacida se deshacen en cuidados y afectos, mas para un hombre cargado de años, reservan su indiferencia en lugar de sus cuidados, y su aversión en lugar de su

simpatía. Tan impacientes están por ver a un recién nacido crecer hasta hacerse adulto, como a una persona madura ser engullida por la fosa.

Los niños y los ancianos son, en la misma medida, incapaces de cuidarse a sí mismos, pero mientras que la incapacidad de las criaturas atrae la ayuda amorosa y desinteresada de todos, la incapacidad de los ancianos sólo despierta la ayuda interesada de algunos. Y, en verdad, los ancianos merecen más simpatía que los niños.

Cuando la palabra tiene que golpear fuertemente durante mucho tiempo para penetrar en un oído, antes sensible y alerta al más leve susurro;

cuando los ojos que fueron límpidos se transforman en un salón de danza para las más extrañas manchas y sombras;

cuando el pie, en otro tiempo alado, se convierte en un bloque de plomo, y la mano que modelaba la vida se transforma en un molde quebrado;

cuando la rodilla está dislocada y la cabeza es un títere prendido al cuello;

cuando las muelas del molino están desgastadas y el propio molino es una tenebrosa caverna;

cuando levantarse supone sudar por miedo a caerse, y sentarse supone permanecer con la dolorosa duda de no saber si se levantará de nuevo;

cuando comer y beber es temer las consecuencias de haber comido y haber bebido, y no comer ni beber significa ser presa de la odiosa muerte;

sí, cuando la vejez desciende sobre una persona, entonces llegó la hora, queridos Compañeros, de prestarle oídos y ojos y de darle manos y pies, y amparar con nuestro amor las fuerzas que le abandonan, para hacerle sentir

que no es, en modo alguno, menos amada por la vida en los días de su decadencia de lo que fue en los días de su niñez, o de su adolescencia.

Ochenta años no son más que un abrir y cerrar de ojos con relación a la eternidad. Pero para una persona que se sembró a sí misma durante ochenta años, es mucho más que un abrir y cerrar de ojos. Ella es el alimento para todos aquéllos que cosechan su vida. ¿Y qué vida no es cosechada por todos?

¿No estáis vosotros cosechando, en este mismo instante, la vida de todos los hombres y mujeres que ya caminaron por esta Tierra? ¿Qué es vuestro hablar sino la cosecha de sus discursos? ¿Qué son vuestros pensamientos sino el fruto de los suyos? Vuestras propias ropas y casas, vuestro alimento, vuestros enseres, vuestras leyes, vuestras tradiciones y tratados, ¿no son las ropas, las casas, los alimentos, los enseres, las leyes, las tradiciones y los tratados de los que aquí estuvieron y se fueron antes que vosotros?

Ninguna cosa recogéis una sola vez, sino que recogéis todas ellas en todo momento. Vosotros sois los sembradores, la cosecha, los segadores, el campo y la era. Si vuestra cosecha es pobre, mirad la semilla que sembrasteis en los demás y la que permitisteis que ellos sembraran en vosotros. Mirad también el segador con su hoz, el campo y la era.

Una persona anciana, cuya vida vosotros cosechasteis y pusisteis en los graneros, ciertamente merece vuestro mayor cuidado. Si amargaseis con vuestra indiferencia sus años, que todavía son ricos en cosas que deben ser recogidas, aquello que de ella recogisteis y guardasteis, y lo que todavía podáis recoger, amargarán vuestra boca. Lo mismo se puede decir de un animal que envejeció.

No es justo aprovecharse de la cosecha y después maldecir al sembrador y al campo.

Sed bondadosos con las personas de todas las razas y regiones, queridos Compañeros. Son el alimento en vuestro camino hacia Dios. Sed especialmente bondadosos con las personas de edad, pues vuestra falta de bondad puede corromper el alimento y no conseguiríais llegar al término de vuestro viaje.

Sed bondadosos con los animales de toda especie y edad. Ellos son vuestros asistentes

mudos pero fieles, en la larga y ardua preparación para el viaje. Sed también especialmente bondadosos con los animales viejos no sea que, debido a la dureza de vuestros corazones, su fidelidad se transforme en traición y su ayuda pase a ser un impedimento.

Es una inmensa ingratitud deleitarse con la leche de Sim-Sim y, cuando ya no puede producir más, entregar su garganta al cuchillo del matarife.

NARONDA: Apenas había terminado de hablar el Maestro, cuando llegó Shamadam con el matarife. Este fue directamente hacia Sim-Sim. Apenas la vio, dijo en tono de burla: ¿Cómo os atrevéis a decir que esta vaca está enferma y agonizante? Está más sana que yo, salvo que ella está muerta de hambre —pobre animal—, y yo no. Dadla de comer.»

Y, en verdad, grande fue nuestra sorpresa cuando, al mirar hacia Sim-Sim, la vimos rumiando. Hasta el corazón de Shamadam se enterneció y ordenó que le llevarsen los más deliciosos pastos. Y Sim-Sim se los comió con la mayor satisfacción.

CAPITULO VEINTICUATRO

¿Es correcto matar para comer?

Cuando Shamadam y el matarife se habían retirado, Micayon preguntó al Maestro:

MICAYON: ¿Es correcto, Maestro, matar para comer? MIRDAD: Alimentarse de la muerte es volverse alimento de la muerte. Vivir de los dolores ajenos es volverse presa del dolor. Así lo decretó la Voluntad Universal. Conoce esto y elige lo que has de hacer, Micayon.

MICAYON: Si yo pudiera elegir, escogería vivir, como el fénix, del aroma de las cosas, no de su carne.

MIRDAD: Es, en verdad, una buena elección. Llegará el día, Micayon, en que los hombres vivirán del aroma de la cosas, que es su espíritu, y no de su carne y sangre. Y ese día no está lejos para aquéllos que anhelan.

Pues los que anhelan saben que la vida de la carne no es más que el puente hacia la Vida fuera de la carne.

Los que anhelan saben que los sentidos toscos e inadecuados no son más que orificios por los que se espía el mundo de los sentidos infinitamente agudos y adecuados.

Los que anhelan saben que toda carne que desgarran, más pronto o más tarde, tendrán que restaurarla inevitablemente con su propia carne; y todo hueso que trituren tendrán que reconstruirlo con sus propios huesos; y cada gota de sangre que viertan, tendrán que reponerla con su propia sangre, pues ésa es la ley de la carne.

Los que anhelan se liberarán de la sujeción a esta ley. Por ello, reducen sus necesidades corporales al más bajo límite, reduciendo así su deuda con la carne, que es, en verdad, una deuda con el dolor y la muerte.

El que anhela es inhibido por su propia voluntad y anhelo; mientras que quien no anhela espera que los demás le frenen. Una multitud de cosas que son correctas para el que no anhela, son consideradas por el que anhela como incorrectas para sí mismo.

Mientras que el que no anhela se procura más y más cosas para llenar su bolsa y su vientre, el que anhela sigue su camino sin tener bolsa y con el vientre limpio de la sangre y de las convulsiones de cualquier criatura.

Lo que gana el que no anhela —o cree que gana— al final lo gana el que anhela en claridad de espíritu y en dulzura de comprensión.

De dos hombres que observan un verde campo, uno de ellos estima su rendimiento en fanegas de grano y calcula el precio de dichas fanegas, en plata y oro; mientras que el otro embriaga sus ojos con el verdor del campo, besa cada tallo con su pensamiento y confraterniza en su alma con cada raicilla, con cada guijarro, y con cada partícula de tierra.

En verdad os digo que éste último es el legítimo dueño del campo, aunque el otro lo posea nominalmente.

De dos hombres sentados en una casa, uno de ellos es el propietario y el otro sólo es el invitado. El propietario diserta con prolijidad sobre el coste de la mansión y de su mantenimiento, sobre el valor de las cortinas y de los tapices, y demás adornos y enseres. Mientras que el invitado bendice en su corazón las manos que cortaron y labraron las piedras, y construyeron la casa; las manos que tejieron los tapices y las cortinas; las manos que invadieron la floresta y la transformaron en ventanas, puertas, sillas y mesas. Y su espíritu se exalta al ensalzar la Mano Creadora que hizo posible la existencia de todo esto.

En verdad os digo que el invitado es el habitante permanente de la casa; mientras que el propietario nominal sólo es una bestia de carga que lleva la casa sobre sus costillas, pero no mora en ella.

De dos hombres que comparten con un becerro la leche de la madre, uno mira al becerro con el pensamiento de que su tierna carne haría un buen asado para él y sus amigos en la conmemoración de su próximo cumpleaños; mientras que el otro piensa en el becerro como si fuese su hermano de leche y estará lleno de amor por el animalito y su madre.

En verdad os digo que el segundo es realmente alimentado por la carne de aquel becerro; mientras que el primero es envenenado por ella.

Sí, Compañeros, hay muchas cosas que deberían entrar en el corazón y, sin embargo, entran en el estómago.

Muchas cosas son encerradas en la bolsa y la despensa, cuando deberían serlo en los ojos y la nariz.

Muchas cosas son desmenuzadas por los dientes, cuando tendrían que ser desmenuzadas por la mente.

Es muy poco lo que el cuerpo necesita para alimentarse. Cuanto menos le deis, más os devolverá. Cuanto más le deis, menos os devolverá.

En verdad os digo que las cosas que no entran en vuestra despensa ni en vuestro estómago, os nutren más que las que entran en vuestra despensa y en vuestro estómago.

Puesto que todavía no os es posible vivir sólo de la fragancia de las cosas, tomad sin temor aquello que necesitáis —pero no más de lo que necesitáis— del generoso corazón de la tierra, pues la tierra es tan hospitalaria y amorosa, que su corazón está siempre abierto a sus hijos.

¿Cómo podría ser la tierra de otro modo y hacia dónde podría dirigirse, fuera de sí misma, para alimentarse? La tierra necesita alimentar a la tierra, y la tierra no es una anfitriona avariciosa, pues su mesa está siempre puesta abundantemente para todos.

De la misma manera que la tierra os invita a participar de su mesa, sin quitar nada de vuestro alcance, así debéis invitar a la tierra a vuestra mesa y decirle con sumo amor y toda sinceridad:

«¡Oh, Madre inexpresable! Así como tú expones tu co-razón ante mí para que tome aquello que pueda necesitar, así pongo yo mi corazón ante ti para que tomes aquello que necesites.»

Si fuese éste el espíritu que os guía cuando coméis del corazón de la tierra, entonces poco importaría lo que comiereis.

Y si fuese éste, realmente, el espíritu que os guía, entonces tendríais sabiduría bastante y amor suficiente para no privar a la tierra de ninguno de sus hijos, especialmente de aquéllos que viniesen para sentir el placer de vivir y el dolor de morir —aquéllos que han llegado al segmento de la dualidad—, pues ellos también tienen que seguir su camino, lenta y trabajosamente, hasta la Unidad. Y su camino es más largo que el vuestro. Si les detuviéseis en su marcha, ellos os detendrían en vuestro caminar.

ABIMAR: Puesto que todas las cosas vivas tienen que morir, por una u otra causa, ¿por qué debo yo tener escrúpulos en ser la causa de la muerte de un animal?

MIRDAD: Aunque es verdad que todo cuanto vive está condenado a la muerte, a pesar de todo, desgraciado de aquél que causa la muerte de cualquier cosa viva.

Así como tú no me encargarías matar a Naronda, sabiendo que yo le amo mucho y que no hay deseo de sangre en mi corazón, tampoco la Voluntad Universal encargaría a un hombre matar a un semejante o a un animal, a no ser que le considerase apto como instrumento para matar.

Mientras que los hombres sean como son, habrá robos y saqueos entre ellos, mentiras y guerras, asesinatos y toda clase de pasiones negras y viles.

Pero desdichados serán los fraudulentos y los granujas; y desdichados serán los mentirosos y los señores de la guerra, y el asesino y todo hombre que anide en su corazón pasiones negras y viles, pues, estando repletos de desdicha, serán usados por la

Voluntad Universal como mensajeros de infortunio.

Pero vosotros, queridos Compañeros, debéis limpiar vuestros corazones de toda pasión oscura y perversa, para que la Voluntad Universal os halle preparados para llevar, al mundo que padece, el alegre mensaje de la redención del sufrimiento; el mensaje de la victoria; el mensaje de la liberación a través del Amor y de la Comprensión.

Así enseñé a Noé.

Así os enseñé a vosotros.

CAPITULO VEINTICINCO

El Día de la Vid y su preparación Mirdad desaparece en la víspera de ese día

NARONDA: Se aproximaba el Día de la Vid y todos los del Arca, incluido el Maestro, junto con las brigadas de ayudantes voluntarios venidos de fuera, estábamos ocupados, día y noche, preparando todo para la gran fiesta. El Maestro trabajaba con tanto ahínco y derrochaba tanta energía que hasta el mismo Shamadam comentó el hecho con evidente satisfacción.

Las grandes bodegas del Arca habían sido barridas y blanqueadas, y decenas de grandes vasijas de barro y de barriles habían sido limpiados y preparados para recibir el vino nuevo. Muchas otras vasijas y barriles que contenían vino de la vendimia anterior estaban expuestas para que los compradores pudiesen probar y examinar su contenido. Era costumbre vender en cada Día de la Vid el vino del año anterior.

Los espaciosos patios del Arca tenían que estar bien limpios y cuidados, puesto que en él tenían que ser armadas centenares de tiendas y barracas, para que se hospedasen en ellas los peregrinos y para que los mercaderes expusiesen allí sus mercancías durante toda la semana que duraban los festejos.

El gran lagar tenía que ser ordenado y preparado para recibir la inmensa cantidad de uvas que eran traídas al Arca por los numerosos arrendatarios y propietarios, a lomos de jumentos, muías y camellos. Era necesario cocer enormes cantidades de pan y de otras provisiones, para vender a quienes se les hubiesen agotado y a los que habían venido sin ellas.

El Día de la Vid, que en principio era una ocasión de acción de gracias, había sido ampliado a una semana y transformado, debido al extraordinario y hábil sentido comercial de Shamadam, en una especie de feria a la que concurrían hombres y mujeres de todas las condiciones sociales, de cerca y de lejos, en mayor número cada año.

Príncipes y mendigos, labradores y artesanos, gente que buscaba lucro y gente que buscaba placer y otras cosas, bebedores y abstemios, piadosos peregrinos y vagabundos impíos, hombres de iglesia y hombres de taberna, acompañados de manadas de bestias de carga; tal era la multitud dispar que invadía el sosegado Pico del Altar dos veces al año, el Día de la Vid, en otoño, y el Día del Arca, en primavera.

Ningún peregrino llega al Arca, en dichas ocasiones, con las manos vacías; todos traen presentes de una u otra especie, desde un racimo de uvas o una pina, hasta un collar de perlas o de diamantes. Y todo ello aparte de la tasa del diez por ciento que era cobrada a los mercaderes.

Es costumbre, el día en que comienzan las fiestas, que el Abad, sentado en una plataforma elevada, colocada bajo una gran pérgola adornada con innumerables racimos de uva, bendiga a la multitud, para después bendecir y recibir sus presentes y, a continuación, tomar con ella la primera jarra del nuevo vino. Acostumbra a servirse la primera copa en una calabaza provista de alto cuello, después de lo cual se la entrega a uno de los Compañeros para que se la pase a la multitud, llenándola cada vez que se vacía. Y cuando todos han llenado su jarra, el Abad les pide que la levanten bien alto y que canten con él el Himno a la Vid Sagrada que, se decía, había sido cantado por el padre Noé y su familia cuando probaron, por vez primera, la sangre de la vid. Habiendo ya cantado el himno, la multitud vacía sus jarras con gritos de alegría y se dispersa para entregarse a sus múltiples negocios y placeres. Este es el Himno a la Vid Sagrada:

¡Salve, Vid Sagrada! Salve, maravillosa raíz que alimenta su tierno retoño y llena su fruto dorado de vino vivificante. ¡Salve, Vid Sagrada!

Vosotros, huérfanos del Diluvio, encallados en el barro, probad y bendecid la sangre de la rama generosa. ¡Salve, Vid Sagrada!

Vosotros, rehenes de arcilla, vosotros, peregrinos extraviados, la redención y el camino están en la planta divina. ¡La Vid, la Vid, la Vid!

En la mañana del día anterior a la apertura de los festejos fue imposible encontrar al Maestro. Los Siete estábamos indescriptiblemente alarmados, por lo que inmediatamente se organizó una rigurosa búsqueda. Durante todo el día y toda la noche, con antorchas y linternas, lo buscamos por el Arca y los alrededores, pero fue imposible encontrar ningún indicio del Maestro. Shamadam se mostraba tan preocupado y turbado, que nadie sospechó que tuviera que ver con la misteriosa desaparición. Sin embargo, todos estábamos convencidos de que el Maestro había sido víctima de una perversa celada.

Los grandes festejos habían comenzado, a pesar de lo cual los Siete estábamos mudos por la tristeza que nos embargaba y nos movíamos de aquí para allá como sombras. Cuando ya la multitud había cantado el himno y bebido el vino, y el Abad había descendido de la plataforma, se oyó una voz que se elevaba por encima de la confusión y del ruido de la multitud: «Queremos ver a Mirdad. Queremos oír a Mirdad.»

Reconocimos que la voz era la de Rustidión, que había divulgado, a todo lo largo y ancho, todo cuanto el Maestro había hecho por él. Al poco tiempo, su grito comenzó a ser repetido por la multitud y el clamor por el Maestro se volvió general y ensordecedor, lo que llenó nuestros ojos de lágrimas y oprimió nuestras gargantas como un torno.

Súbitamente, el tumulto amainó, y un gran silencio se esparció sobre la multitud. Y casi no podíamos dar crédito a nuestros ojos cuando vimos al Maestro, en la elevada plataforma, haciendo ademanes a la multitud, pidiendo silencio.

CAPITULO VEINTISÉIS

Mirdad habla del Día de la Vid a los peregrinos y libera al Arca de un peso muerto

MIRDAD: Aquí tenéis a Mirdad, la vid cuya cosecha aún no fue recogida, cuya sangre aún no fue bebida.

Ocupado está Mirdad en su cosecha. Pero los vendimiadores, ¡ah!, están ocupados en otras viñas.

Y Mirdad está agobiado con una sobreabundancia de sangre. Mientras que los portadores de las jarras y los bebedores están completamente embriagados de otros vinos.

Hombres del arado, la azada y la podadera, yo bendigo vuestros arados, azadas y podaderas.

¿Qué es lo que habéis arado, desbrozado o podado hasta hoy?

¿Habéis arado las tristes tierras baldías de vuestras almas, tan exuberantes en toda clase de malezas, transformadas en una verdadera jungla en la que terribles fieras y venenosas serpientes viven y se multiplican?

¿Habéis arrancado todas las raíces nocivas que se enredan en la oscuridad y estrangulan vuestras raíces, destruyendo vuestra cosecha cuando todavía son tiernos brotes?

¿O habéis podado las ramas que están carcomidas por los gusanos o ajadas por los furiosos ataques de los parásitos?

Pues habéis aprendido a arar, desbrozar y podar vuestras viñas de la tierra, pero la viña que no es de la tierra, que sois vosotros, ésa yace tristemente abandonada y sin tener quien la cuide.

¡Vano será vuestro trabajo si no cuidáis a los viñadores antes que a la viña!

¡Hombres de manos callosas! Yo bendigo vuestras manos.

Amigos de la plomada y de la regla; compañeros del martillo y del yunque; artesanos del cincel y del serrucho; ¡cuan hábiles y competentes sois en vuestros oficios!

Sabéis cómo encontrar el nivel y la profundidad de las cosas. Pero vuestra propia profundidad y vuestro propio nivel, no los sabéis encontrar.

Diestramente dais forma a un pedazo de hierro bruto con el martillo y el yunque. Pero no sabéis dar forma al hombre en bruto, usando el martillo de la Voluntad y el yunque de la Comprensión. Ni aprendisteis del yunque la preciosa lección de recibir los golpes sin experimentar el más leve pensamiento de devolverlo.

Sois hábiles con el cincel y el serrucho, tanto en la piedra como en la madera. Pero al hombre tosco y lleno de imperfecciones no sois capaces de transformarle en suave y provechoso.

¡Cuan inútiles son vuestras artes si no las aplicáis primero al artesano!

¡Hombres que para obtener beneficio de las necesidades de los hombres, negociáis con los dones de vuestra Tierra-Madre y con los productos de las manos de vuestros semejantes!

Bendigo las necesidades, los dones, los productos, y también bendigo los negocios. Mas el beneficio en sí, que en verdad es una pérdida, no encuentra bendición en mi boca.

Cuando en el afortunado silencio de la noche hacéis balance de las actividades del día, ¿qué anotáis como beneficio y qué anotáis como pérdida? ¿Anotáis como beneficio el dinero ganado por encima del costo? Entonces, en verdad, fue inútil ese día que vendisteis por una suma de dinero, no importa lo elevada que ella fuese. Y fue pérdida para vosotros toda la infinita riqueza de ese día en armonía, paz y luz. Perdidas también sus incesantes llamadas a la libertad; y perdidos también los corazones de los hombres que ella os ofreció como presentes, sobre la palma de sus manos.

Cuando vuestro mayor interés es la bolsa de los hombres, ¿cómo podéis encontrar el camino hacia sus corazones? Y si no os es posible encontrar el camino hacia el corazón de los hombres, ¿cómo podéis esperar llegar al corazón de Dios? Y si no podéis llegar al corazón de Dios, ¿qué vida tenéis?

Y si lo que consideráis beneficio, en realidad es pérdida, ¡qué inmensa debe ser la pérdida!

Vanos serán todos vuestros negocios si los beneficios no son calculados en Amor y Comprensión.

¡Hombres del cetro y de la corona!

Una serpiente es el cetro en la mano de quien es demasiado rápido para herir, pero demasiado lento para aplicar los ungüentos curativos; mientras que en la mano que dispensa el bálsamo del Amor, el cetro es un pararrayos que protege del infortunio y de la condenación.

Examinad bien vuestras manos.

Una corona de oro engastada de brillantes, rubíes y zafiros es muy pesada, triste e incómoda en una cabeza llena de vanagloria, ignorancia y codicia de poder sobre los hombres. Sí, tal corona sobre ese pedestal no pasa de ser un mordaz escarnio de su propio pedestal. Mientras que una corona de las más ricas y exquisitas piedras preciosas se avergonzaría de su poco valor al apoyarse sobre la cabeza ornada por el aura de la Comprensión y de la victoria sobre sí mismo.

Examinad bien vuestras cabezas.

¿Queréis gobernar a los hombres? Aprended primero a gobernaros a vosotros mismos.

¿Cómo podéis gobernar bien, si antes no aprendéis a auto-gobernaros? ¿Puede una ola, espumeante e impelida por el viento traer paz y serenidad al mar? ¿Pueden unos ojos lacrimosos proyectar una sonrisa de felicidad en un corazón desgarrado? ¿Puede una mano temblorosa de miedo o de odio mantener el rumbo de un navio?

Los gobernantes de los hombres son gobernados por los hombres. Y los hombres están llenos de tumultos, desorden y confusión. Al igual que el mar, están expuestos a todos los vientos del firmamento. Al igual que el mar, tienen sus flujos y reflujos, que a veces parece que fueran a devastar las costas. No obstante, al igual que el mar, sus profundidades están en calma y son inmunes a los vendavales que azotan la superficie.

Si queréis gobernar realmente a los hombres, penetrad en las profundidades de su interior, pues los hombres son algo más que olas espumeantes. Para que podáis penetrar en lo más hondo de las profundidades de los hombres, es preciso que penetréis en las profundidades extremas de vosotros mismos. Y para eso necesitáis antes abandonar el cetro y la corona, de forma que las manos estén libres para sentir y la cabeza desocupada para pensar y reflexionar.

Vano será vuestro gobierno, fuera de la ley estarán todas vuestras leyes, y vuestro orden será caótico si no aprendéis a gobernar al hombre rebelde que hay en vosotros, cuya diversión predilecta es jugar con cetros y coronas.

¡Hombres del incensario y del libro! ¿Qué es lo que quemáis en el incensario? ¿Qué leéis en el libro?

¿Quemáis la ambarina sangre que rezuma del fragante corazón de ciertas plantas y se solidifica? Pero eso es comprado y vendido en los mercados públicos, y lo que se compra por algunas monedas es suficiente para importunar colmadamente a cualquier dios.

¿Pensáis que el aroma del incienso puede sofocar el hedor del odio, de la envidia y de la ambición; de los ojos embusteros, de las lenguas que prevarican, de las manos lascivas; de la incredulidad que se presenta como fe, de la sórdida vanidad terrena que se enaltece llamándose un bendito paraíso?

Más agradable sería a vuestro Dios la fragancia de todas estas cosas muertas por inanición, al ser incineradas una a una en vuestro corazón y esparcidas sus cenizas a los cuatro vientos.

¿Qué quemáis en el incensario? ¿Propiciaciones, alabanzas y súplicas?

A un dios iracundo es mejor dejarle que reviente con su ira. A un dios sediento de alabanzas es mejor dejarle que muera de su propia sed. A un dios de corazón duro es mejor dejarle morir a causa de la dureza de su propio corazón.

Pero Dios no es iracundo, ni tiene sed de alabanzas, ni es duro de corazón. Vosotros sois los iracundos, los que estáis sedientos de alabanzas y los duros de corazón.

Dios no quiere que le queméis incienso, sino que queméis vuestra propia ira, vuestro orgullo y vuestra dureza de corazón, para que podáis ser como El, libre y omnipotente. El quiere que vuestros corazones sean los incensarios.

¿Qué leéis en el libro?

¿Leéis los mandamientos para que sean inscritos, en oro, en las paredes y cúpulas de los templos? ¿O para que sean inscritas como verdades vivas en el corazón?

¿Leéis las doctrinas para que sean enseñadas en los pulpitos y celosamente defendidas con lógica, con retórica y, si fuese necesario, con dinero y el filo de la espada? ¿O leéis la Vida, que no es una doctrina para ser enseñada y defendida, sino un camino que debe ser recorrido con anhelo de liberación, en el templo o fuera de él, de noche o de día, tanto en los bajos fondos como en la alta sociedad? Y mientras vosotros no estéis en este camino, y no tengáis la certeza de su finalidad, ¿cómo osáis invitar a otros a recorrerlo?

¿O leéis los gráficos, mapas y listas de precios en el libro, para mostrar a los hombres cuánto se puede comprar del Cielo a cambio de tanto o cuanto de esta Tierra?

¡Estafadores y agentes de Sodoma! Queréis vender el Cielo a los hombres y tomar en pago la parte de la tierra que ellos poseen. Queréis hacer de la tierra un infierno y estimuláis a los hombres a huir, mientras que vosotros os aferráis a ella. ¿Por qué no les hacéis vender su parte en el Cielo por una parte en la tierra?

Si hubieseis leído bien vuestro libro, mostraríais a los hombres cómo hacer de la tierra un Cielo, pues para aquél que posee un corazón celeste, la tierra es un Cielo. Y para el hombre que tiene un corazón terreno, el Cielo es una tierra.

Apartad los velos que cubren el Cielo en los corazones de los hombres, allanando los obstáculos que hay entre el hombre y sus semejantes; entre el hombre y cada criatura; entre el hombre y Dios. Pero para eso tendréis que poseer, vosotros mismos, un corazón celeste.

El Cielo no es un jardín florido que se puede comprar o alquilar, sino un estado de ser que se alcanza en la tierra o en cualquier otro punto del infinito universo. ¿Por qué estirar el cuello y fatigar vuestros ojos para mirar más allá? Y el infierno no es un horno feroz del que se pueda escapar con muchas oraciones o quemando incienso, sino que es un estado del corazón, que se experimenta tanto aquí en la tierra, como en cualquier otro punto de la inmensidad infinita.

¿Hacia dónde huiréis de un fuego cuyo combustible es el corazón, a no ser que huyáis del propio corazón?

Vano es buscar el Cielo, y en vano se huye del infierno, mientras el hombre esté sujeto a su propia sombra. Pues tanto el Cielo como el infierno son estados de ser inherentes a la dualidad. Sólo a menos que el hombre se transforme en una sola mente, en un solo corazón y en un solo cuerpo, a menos que él carezca de sombra y posea una sola voluntad, tendrá siempre un pie puesto en el Cielo y otro en el infierno. Y eso es verdaderamente el infierno.

Sí, es más que el infierno el tener alas de luz y pies de plomo; ser elevado por la

esperanza y arrastrado hacia abajo por la desesperanza; desplegar las velas por la fe im-pávida y verlas plegadas por el pavor de la duda.

Ningún cielo es Cielo si para los demás es infierno. Ningún infierno es infierno si para los demás es cielo. Y como el infierno de algunos es a menudo el cielo de otros, y el cielo de algunos es muchas veces el infierno de otros, entonces cielo e infierno no constituyen estados perdurables y opuestos, sino etapas por las que pasar en su larga peregrinación hacia la liberación de ambos.

¡Peregrinos de la Vid Sagrada!

Mirdad no tiene ningún cielo que vender o conceder a quienes sean virtuosos. Ningún infierno que pueda servir de espantapájaros a quienes sean malvados.

A no ser que vuestra propia virtud sea vuestro propio cielo, florecerá durante un día para después fenecer.

A no ser que vuestra maldad sea vuestro propio espantapájaros, dormirá por un día y despertará en la primera ocasión favorable.

Mirdad no tiene cielos ni infiernos para ofreceros, pero os ofrece la Sagrada Comprensión que os elevará muy por encima del fuego de cualquier infierno y del esplendor de cualquier cielo. No es con las manos sino con el corazón, con lo que debéis recibir este presente. Y para ello, vuestro corazón debe haberse desembarazado de cualquier otro deseo y voluntad, salvo del deseo y la voluntad de comprender.

No sois extranjeros en la tierra, ni la tierra es para vosotros una madrastra. Sois el corazón de su corazón y la espina dorsal de su espina dorsal. Ella se siente satisfecha de sustentarnos sobre su fuerte, ancho y firme dorso. ¿Por qué insistís en sustentarla vosotros con vuestros débiles y caídos pechos, gimiendo, bufando y sintiendo que os falta el aire?

La ubres de la tierra están manando leche y miel. ¿Por qué permitís que ambas se agrien con vuestra codicia, tomando más de lo que necesitáis?

Serena y hermosa es la faz de la tierra. ¿Por qué la desfiguráis y la deterioráis con la amargura de la lucha y del miedo?

La tierra es una perfecta unidad. ¿Por qué insistís en desmembrarla con espadas y fronteras?

Obediente y despreocupada es la tierra. ¿Por qué estáis llenos de preocupaciones e insubordinaciones?

Con todo, vosotros sois más duraderos de lo que es la Tierra, el Sol y todas las esferas de los cielos. Todo esto pasará, pero vosotros no pasaréis. ¿Por qué habéis de temblar como hojas al viento?

Si ninguna otra cosa puede haceros sentir vuestra unidad con el universo, la tierra por sí sola podrá hacerlo. Mientras tanto, la tierra es solamente el espejo en el que vuestras sombras se reflejan. ¿Es el espejo más que lo que en él se puede reflejar? ¿Es la sombra que produce un hombre más que el hombre?

Restregad vuestros ojos y despertad. Vosotros sois más de lo que es la tierra. Vuestro destino es más elevado que vivir y morir y proveer de abundante alimento a las infatigables mandíbulas de la Muerte. Vuestro destino es llegar a ser libres del vivir y del morir, del cielo y del infierno y de todos los opuestos inherentes a la dualidad. Vuestro destino es ser viñedos fructíferos en las eternas y fructíferas viñas del Señor.

Al igual que un sarmiento vivo de una vid viva, al ser enterrado en la tierra, desarrolla raíces y al final se transforma en una vid independiente que produce uvas como su madre, a la cual continúa ligada, así será el Hombre el sarmiento vivo de la Divina Vid, cuando al estar enterrado en el suelo de su divinidad llegue a ser un dios, permaneciendo eternamente Uno con El.

¿Debe el hombre ser enterrado vivo con el fin de que pueda despertar a la Vida?

Sí, sin duda, sí. Si no fueseis sepultados en la dualidad de la vida y de la muerte, no podríais ascender a la unidad del Ser.

Si no fueseis alimentados con las uvas del Amor, no seríais saciados con el vino de la Comprensión.

Y si no os embriagaseis con el vino de la Comprensión, no os volveríais sobrios con el beso de la libertad.

No es Amor lo que coméis cuando coméis el fruto de la vid terrestre. Asimiláis un hambre mayor para aplacar un hambre menor.

No es Comprensión lo que bebéis cuando bebéis la sangre de la viña terrestre. Bebéis un corto olvido del dolor, y al cesar se hace dos veces más agudo. Huís de una personalidad aborrecible tan sólo para volverla a encontrar al torcer la esquina.

Las uvas que Mirdad os ofrece no están sujetas al moho y a la podredumbre. Una vez saciados con ellas, estaréis saciados para siempre. El vino que de ellas El destiló para vosotros, es demasiado fuerte para los labios que temen ser quemados, pero estimulante para los corazones que quieren embriagarse con el completo olvido del yo por toda la eternidad.

¿Hay alguien entre vosotros que esté hambriento de mis uvas? Que venga hacia mí con su cesto.

¿Hay alguien que tenga sed de mi sangre? Que traiga su copa.

Mirdad está sobrecargado por el peso de su cosecha y sofocado por la abundancia de su sangre.

El Día de la Vid Sagrada era un día de olvido de sí mismo. Un día impregnado del vino del Amor y bañado en el fulgor de la Comprensión. Un día de éxtasis al rítmico compás de las alas de la libertad. Un día de eliminación de las barreras, y en el que cada uno se pierde en todos y todos en uno. ¿En qué se ha transformado hoy?

Se ha transformado en un día de mórbida auto-afirmación; un día en que la ambición sórdida negocia con la ambición sórdida; en el que la esclavitud juguetea con la esclavitud y la ignorancia corrompe a la ignorancia.

La propia Arca, que era antiguamente una destilería de Fe, Amor y Libertad, se ha transformado ahora en un gigantesco lagar, y en un monstruoso mercado. Ella recibe el producto de vuestras viñas y os lo vuelve a vender bajo la forma de vino embrutecedor. Con el trabajo de vuestras manos forja los grilletes para vuestras muñecas. El sudor de vuestra frente lo transforma en brasas para marcar a fuego vuestras cabezas.

Lejos, muy lejos de la ruta que le fue asignada, se desvió el Arca. Pero ahora su timón está en buen rumbo. Necesitaba ser liberada de todo peso muerto, para que pudiese regresar a su ruta con facilidad y seguridad.

Por consiguiente, los presentes serán devueltos a sus donadores y todas las deudas serán canceladas. El Arca nada recibe sino de Dios, y Dios no quiere que nadie deba nada, ni siquiera a El.

Así enseñé a Noé.

Así os enseñé a vosotros.

CAPITULO VEINTISIETE

¿La Verdad debe ser predicada a todos, o solamente a unos pocos escogidos?

Mirdad revela el secreto de su desaparición en la víspera del Día de la Vid y habla de la falsa autoridad

NARONDA: Mucho tiempo después, cuando de la fiesta sólo quedaba el recuerdo, los Siete se hallaban reunidos en torno al Maestro en el Nido del Águila. El Maestro estaba en silencio y los Compañeros recordaban los memorables acontecimientos de aquel día. Algunos se maravillaban de la explosión de entusiasmo con que la multitud había acogido las palabras del Maestro. Otros comentaban el comportamiento extraño e incomprensible de Sha-madam, en el momento en que centenares de documentos de deudas no pagadas fueron retirados de la tesorería del Arca y públicamente destruidos, así como ante el reparto gratuito de centenares de vasijas y barriles de vino retirados de las bodegas, y la devolución a sus donadores de otros muchos presentes valiosos; ya que él no se opuso de modo alguno, tal como esperábamos que hiciese, sino que observaba todo aquello inmóvil y en silencio, mientras que voluminosas lágrimas corrían por sus mejillas.

Bennoon observó que aunque la multitud había aclamado hasta quedar ronca, no era debido a las palabras del Maestro, sino a la cancelación de las deudas, y a los presentes devueltos. Y llegó incluso a censurar, moderadamente, al Maestro por desperdiciar el aliento con aquella multitud que no buscaba más elevado placer que el de beber, comer y divertirse. La Verdad, dijo, no debería ser predicada indiscriminadamente a todos, sino sólo a unos pocos escogidos.

Entonces habló el Maestro y dijo:

MIRDAD: Vuestro aliento llevado por el viento se albergará seguramente en algún pecho. No preguntéis de quién será el pecho. Cuidad sólo de que el aliento mismo sea puro.

Vuestra palabra buscará algún oído, y con toda seguridad lo encontrará. No preguntéis de quién será el oído. Cuidad sólo de que la palabra misma sea un verdadero mensajero de la Libertad.

Vuestro pensamiento silencioso seguro que impulsará a hablar a una lengua cualquiera. No preguntéis de quién será la lengua. Cuidad sólo de que el pensamiento mismo esté inflamado de amorosa Comprensión.

No creáis que un esfuerzo cualquiera es vano. Algunas semillas permanecen enterradas durante muchos años, pero brotan a la vida con rapidez, cuando el aliento de la primera estación propicia les toca.

La Semilla de la Verdad está en todos los hombres y en todas las cosas. Vuestro trabajo no consiste en sembrar la Verdad, sino en preparar la estación propicia para que Ella pueda manifestarse.

Todas las cosas son posibles en la Eternidad. Por consiguiente, no os preocupéis por la liberación de nadie, sino predicad el mensaje de la liberación a todos con la misma fe y celo —tanto al que no anhela como al que anhela—, pues aquél que no anhela seguramente llegará a anhelar, y los que ahora carecen de alas, un día las desplegarán al Sol, y con sus alas surcarán las más lejanas e inaccesibles regiones del cielo.

MICASTER: Nos entristece el hecho de que hasta hoy, aunque se lo hayamos preguntado muchas veces, el Maestro no nos haya revelado el secreto de su misteriosa desaparición en la víspera del Día de la Vid. ¿Acaso no somos merecedores de su confianza?

MIRDAD: Todo aquél que merece mi amor, merece mi confianza. ¿Acaso la confianza es más grande que el Amor, Micaster? ¿No os estoy dando incesantemente mi corazón? Si no os hablé de esa desagradable circunstancia fue porque estaba dando tiempo a Shamadam para que se arrepintiese. Fue él quien, con ayuda de dos desconocidos, me llevó a la fuerza fuera de este Nido del Águila y me lanzó al Abismo Negro. ¡Infeliz Shamadam! Difícilmente podría soñar que el Abismo Negro recibiría a Mirdad con manos de seda y que le procuraría una escalera mágica para regresar a la cumbre.

NARONDA: Al oír esto, todos quedamos llenos de estupor y aturdidos. Nadie se atrevía a preguntar al Maestro cómo había salido inmune de aquello que a todos nos parecía una perdición segura. Permanecemos en silencio durante algún tiempo.

HIMBAL: ¿Por qué Shamadam persigue a nuestro Maestro, mientras que nuestro Maestro ama a Shamadam?

MIRDAD: No es a mí a quien persigue Shamadam. Shamadam se persigue a sí mismo. Dad a los ciegos un poco de autoridad y arrancarán los ojos a todos cuantos pueden ver, incluso a aquéllos que trabajan duramente para devolverles la vista.

Permitid al esclavo que haga su voluntad un solo día, y transformará el mundo en un mundo de esclavos. Y los primeros a quienes flagelará y encadenará será a aquéllos que se afanan intensamente por liberarle.

Toda autoridad de este mundo, cualquiera que sea su origen, es falsa. Por esta razón, ella atiza las espuelas, blande la espada y cabalga en sus corceles con ostentosa pompa y brillantes ceremonias, para que nadie pueda percibir la falsedad que hay en su corazón. Y su tambaleante trono está apoyado en cañones y lanzas. Su alma repleta de vanidad está adornada con amuletos que inspiran miedo y emblemas de nigromancia, para que los ojos de los curiosos no descubran su ruin miseria.

Esta autoridad, además de ser ciega, es maldición para el hombre que ansia ejercerla, pues pretende mantenerse a toda costa, aunque sea al pavoroso precio de la destrucción del propio hombre, de los que aceptan su autoridad y de los que se oponen a ella.

Debido al ansia de poder, los hombres están constantemente inquietos. Los que tienen el poder luchan siempre para mantenerlo. Los que no lo tienen, luchan sin cesar para quitárselo de las manos a los que lo ejercen. Mientras tanto, el Hombre, el Dios en pañales, es pisoteado por las patas y los cascos de los caballos, y abandonado en el campo de batalla, olvidado, sin que nadie le socorra ni se apiade de él.

Tan reñida es la lucha, y tan enloquecidos por la sangre están los que luchan, que nadie se detiene para quitarse la máscara de su falsedad y exponer, a la vista de todos, su horroroso semblante.

Reconoced, ¡oh monjes!, que ninguna autoridad vale ni tan siquiera un guiño de ojos, salvo la Sagrada Comprensión que no tiene precio. Para poder alcanzarla, ningún sacrificio es excesivo. Conseguidla por una vez, y permanecerá en vosotros hasta el fin de los tiempos. Y dará a vuestras palabras mayor poder del que puedan tener todos los ejércitos del mundo, y bendecirá todas vuestras acciones con mayores beneficios que los que todas las autoridades juntas podrían soñar en traer al mundo.

Y esto es así, porque la Comprensión es su propio escudo, y el Amor su poderoso brazo. No persigue ni tiraniza, sino que cae como el rocío sobre los áridos corazones humanos; y bendice por igual a aquéllos que la desdeñan como a los que se sacian con ella, pues, consciente de su fuerza interna, jamás recurre a su fuerza externa y, al no estar sujeta al miedo, no usa la intimidación como arma con la que imponerse a cualquier ser humano.

El mundo es pobre, paupérrimo, de Comprensión. Por eso intenta esconder su pobreza con el velo de la falsa autoridad. Y la falsa autoridad se alia, defensiva y ofensivamente, con el falso poder, y los dos ponen a su mando al miedo. Y el miedo destruye a ambos.

¿No es cierto que los débiles siempre se alian para protegerse de su debilidad? Por el

mismo motivo, las autoridades y la fuerza bruta de este mundo se dan la mano bajo el látigo del miedo, pagando diariamente su impuesto a la ignorancia, con guerras, sangre y lágrimas. Y la ignorancia benevolente sonríe ante todo esto y les dice: «¡Bien hecho!» ¡Bien hecho! Dijo Shamadam a Shamadam al precipitar a Mirdad al abismo. Sin embargo, Shamadam desconocía que al arrojarme al abismo, se arrojaba a sí mismo y no a mí. Porque el abismo no puede retener a Mirdad; mientras que Shamadam tiene que luchar largo y tendido para escalar sus pendientes, oscuras y resbaladizas.

Toda autoridad de este mundo es una fruslería. Dejad que se diviertan con ella los que aún son como bebés para la Comprensión. Vosotros no debéis imponeros a ningún hombre, pues lo que se impone por la fuerza, más tarde o más temprano será depuesto por la fuerza.

No busquéis poder sobre la vida de los hombres: sobre ella solamente la Voluntad Universal es señora. Ni busquéis poder sobre los bienes de los hombres, pues los hombres están encadenados a sus bienes tanto como a sus vidas; por eso desconfían de aquéllos que interfieren en sus cadenas y les odian. Buscad, sin embargo, un camino hacia el corazón de los hombres por medio del Amor y la Comprensión; y una vez que estéis instalados en ellos podréis trabajar mucho mejor para liberarles de sus cadenas. Así el Amor guiará vuestras manos, mientras que la Comprensión asirá la linterna.

CAPITULO VEINTIOCHO

El príncipe de Bethar aparece con Shamadam en el Nido del Águila

El coloquio entre el príncipe y Mirdad sobre la guerra y la paz

Mirdad es hecho encarcelar por Shamadan

NARONDA: Tan pronto como el Maestro terminó de proferir aquellas palabras, y cuando comenzábamos a meditar sobre ellas, oímos pesados pasos fuera del Nido del Águila, acompañados de vagas y sordas voces. De improviso, dos gigantescos soldados, armados hasta los dientes, aparecieron en la entrada de la gruta flanqueando la misma, con sus espadas desenvainadas reluciendo al sol. A continuación, llegó un joven príncipe en uniforme de gala, al que seguía tímidamente Shamadam, y tras él dos soldados más.

El príncipe era uno de los más poderosos y afamados potentados de las Montañas Blancas. Se detuvo por un momento a la entrada y observó cuidadosamente el rostro de las personas allí presentes. Después, fijando sus grandes y brillantes ojos en el Maestro, se inclinó profundamente y dijo:

PRINCIPE: ¡Salve, santo varón! Venimos a rendir homenaje al gran Mirdad, cuya fama se extendió más allá de estas montañas, llegando hasta nuestra distante capital.

MIRDAD: La fama conduce fuera un brioso carro. En casa cojea y se apoya en muletas. De ello, el Abad es mi testigo. No confíes, ¡oh, príncipe!, en los caprichos de la fama.

PRINCIPE: Y, sin embargo, dulces son los caprichos de la fama, y dulce es para cualquiera tener su nombre impreso en los labios de los hombres.

MIRDAD: Escribir el nombre en las arenas de la playa es como imprimirlo en los labios de los hombres. Los vientos y las mareas lo borran de la arena. Un estornudo lo arrancará de los labios. Y si no quieres que los hombres al estornudar te expulsen, no imprimas tu nombre en sus labios, sino grábalo a fuego en sus corazones.

PRINCIPE: Cerrados con muchos cerrojos están los corazones de los hombres.

MIRDAD: Pueden ser muchos los cerrojos, pero la llave es sólo una.

PRINCIPE: ¿Acaso tú tienes esa llave? Porque tengo gran necesidad de ella.

MIRDAD: Tú también la tienes.

PRINCIPE: ¡Ay de mí! Me valoras mucho más de lo que realmente valgo. Hace mucho tiempo que trato de conseguir la llave del corazón de mi vecino, y en ningún lugar la encuentro. Es un poderoso príncipe que está decidido a hacerme la guerra. Y yo me veo forzado a alzar mi brazo contra él, aunque desee la paz. No te dejes engañar por mi diadema y mis ropajes cubiertos de piedras preciosas, Maestro. En ellas no encuentro la llave que busco.

MIRDAD: Ellos esconden la llave, pero no la contienen. Entorpecen tus pasos, estorban tus manos y distraen tus ojos, haciendo así tu búsqueda estéril.

PRINCIPE: ¿Qué quieres decir con esto, Maestro? ¿Debo renunciar a mi diadema y a mis vestiduras para encontrar la llave del corazón de mi vecino?

MIRDAD: Para conservar esas cosas tienes que perder a tu vecino. Para conservarle a él, tienes que perderlas. Y quien pierde a su vecino se pierde a sí mismo.

PRINCIPE: No compraría la amistad de mi vecino por un precio tan exorbitante.

MIRDAD: ¿No te comprarías a ti mismo por un precio tan irrisorio?

PRINCIPE: ¿Comprarme a mí mismo? No soy ningún cautivo para tener que pagar un rescate. Y además, tengo un ejército bien pagado y bien armado para que me proteja. Mi

vecino no puede jactarse de tener uno mejor.

MIRDAD: Ser prisionero de un hombre o de alguna cosa es ciertamente una prisión demasiado amarga para soportarla. Ser prisionero de un ejército de hombres y de un sinnúmero de cosas, es el destierro sin remisión. Depender de algo es estar preso de ello. Depende, pues, solamente de Dios. Ser prisionero de Dios es, realmente, ser libre.

PRINCIPE: ¿Debo, pues, dejar mi persona, mi trono y mis subditos sin protección?

MIRDAD: No debes quedar desprotegido.

PRINCIPE: Por consiguiente, debo mantener mi ejército.

MIRDAD: Por consiguiente, debes licenciar tu ejército.

PRINCIPE: Pero mi vecino invadiría inmediatamente mi reino.

MIRDAD: El podrá invadir tu reino, pero a ti ningún hombre te podrá someter. Dos prisiones que se fundiesen en una sola ni siquiera constituirían un pequeñísimo hogar para la libertad. Regocíjate si algún hombre te expulsa de tu prisión; pero no envidies al hombre que viene a encerrarse a sí mismo en tu prisión.

PRINCIPE: Soy descendiente de una raza famosa por su valor en el campo de batalla. Jamás forzamos a otros pueblos a la guerra. Pero cuando nos obligan a ella, jamás la esquivamos y nunca abandonamos el campo hasta que nuestras banderas no ondeen sobre los cadáveres del enemigo. Me das malos consejos, señor, al decirme que debo dejar a mi vecino hacer lo que él quiera.

MIRDAD: ¿No dijiste que deseabas la paz?

PRINCIPE: Sí, la quiero.

MIRDAD: Entonces no luches.

PRINCIPE: Pero mi vecino insiste en luchar contra mí, y yo tengo que luchar contra él para que haya paz entre nosotros.

MIRDAD: Quieres matar a tu vecino para vivir en paz con él. ¡Qué extraño espectáculo! No tiene mérito vivir en paz con los muertos. Por eso es una gran virtud vivir en paz con los vivos. Si te empeñas en una guerra contra cualquier hombre vivo o contra cualquier cosa, cuyos gustos o intereses puedan, algunas veces, entrar en conflicto con los tuyos, entonces debes empeñarte también en una guerra contra Dios, que dio origen a estas cosas. Y debes declarar la guerra al universo, pues en él hay innumerables cosas que desconciertan tu mente y turban tu corazón y, quieras o no, se entrometen en tu vida.

PRINCIPE: ¿Qué debo hacer, si deseo la paz con mi vecino y él quiere luchar?

MIRDAD: ¡Lucha!

PRINCIPE: Ahora me aconsejas acertadamente.

MIRDAD: ¡Sí, lucha! Pero no contra tu vecino. Lucha contra todo aquello que te lleva a ti y a tu vecino a la lucha.

¿Por qué desea tu vecino luchar contra ti? ¿Será porque tú tienes los ojos azules y él castaños? ¿Será porque tú sueñas con ángeles y él con demonios? ¿Será porque le amas como a ti mismo y consideras todo lo tuyo como suyo?

Son tus vestiduras, ¡oh, príncipe!, tu trono, tu riqueza, tu gloria, y las cosas que te mantienen prisionero, las que tu vecino quiere conseguir luchando contra ti.

¿Quieres vencerle sin levantar ni una lanza contra él? Entonces, deten tu marcha contra él y declara la guerra a todas estas cosas. Cuando las hayas conquistado, liberando así tu alma de sus garras, cuando las hayas arrojado al montón de la basura, tal vez tu vecino suspenda la marcha y envaine su espada, diciendo para sí: «Si estas cosas mereciesen una guerra, mi vecino no las habría tirado a la basura.»

Si tu vecino perseverase en su locura y cargase para sí el montón de basura, alégrate por haberte liberado de una carga tan pestilente y apiádate de la suerte de tu vecino.

PRINCIPE: ¿Qué dices de mi honor que vale más que todas mis posesiones?

MIRDAD: El único honor del hombre es llegar a ser Hombre a imagen y semejanza de Dios. Todos los demás honores son deshones.

Todos los honores concedidos por los hombres son fácilmente destruidos por los hombres. Un honor escrito a punta de espada es fácilmente borrado por la espada. Ningún honor, ¡oh, príncipe!, vale una flecha oxidada, menos aún una ardiente lágrima, y todavía menos una gota de sangre.

PRINCIPE: ¿Y la libertad —la mía y la de mi pueblo—, no vale el mayor sacrificio?

MIRDAD: La verdadera libertad requiere el sacrificio del yo. Las armas de tu vecino no la pueden anular; tus propias armas no la pueden ganar ni defender. Y el campo de batalla es para ella una sepultura.

La verdadera libertad se gana o se pierde en el corazón.

¿Quieres la guerra? Declárala dentro de tu propio corazón. Desarma tu corazón de toda esperanza, miedo y deseos vanos que transforman tu mundo en una prisión sofocante, y lo hallarás más amplio que el universo, andarás por ese universo a tu antojo y no tendrás impedimento alguno.

Esta es la única batalla que vale la pena entablar. Comienza esa guerra y ya no tendrás tiempo para ninguna otra, que sería para ti bestialidad repugnante y trampas diabólicas para desviar tu mente y disminuir tu vigor, haciéndote así perder la gran guerra contra ti mismo, que es realmente una guerra santa. Quien gana esa guerra conquista la gloria imperecedera. Mas la victoria en cualquier otra guerra es peor que la derrota total. Es ése el horror de las guerras de los hombres, pues tanto el vencedor como el vencido obtienen la derrota.

¿Quieres la paz? No la busques en prolijos documentos, ni te esfuerces por grabarla siquiera en las rocas.

La pluma que fácilmente garabatea «paz», con la misma facilidad garabatea «guerra»; y el buril con que se graba «tengamos paz», puede fácilmente grabar «tengamos guerra». El papel y la roca, la pluma y el buril, son prontamente atacados por la polilla, por la podredumbre, por la oxidación y por toda la alquimia de la transmutación de los elementos. No así el corazón del Hombre, que está fuera del tiempo, pues él es la sede de la Sagrada Comprensión.

Cuando la Comprensión se manifiesta, se alcanza la victoria, y la paz se establece en el corazón de una vez para siempre. El corazón comprensivo está siempre en paz, aunque esté en medio de un mundo enloquecido por la guerra.

El corazón ignorante es un corazón dual. El corazón dual forma un mundo dual. Un mundo dual engendra constantemente disputas y guerras.

Pero el corazón comprensivo es un corazón único. Y un corazón único crea un mundo único. Y un mundo único es un mundo de paz, pues son necesarios dos para que haya guerra.

Por eso, te aconsejo que entres en guerra con tu propio corazón, con el fin de convertirle en único. El premio de la victoria es la paz eterna.

Cuando puedas ver, ¡oh, príncipe!, en cualquier piedra un trono, en cualquier caverna un castillo, entonces el Sol se alegrará de ser tu trono y las constelaciones tus castillos.

Cuando cualquier florecilla del campo sea para ti una medalla, y un gusano cualquiera sea para ti un maestro, entonces las estrellas se alegrarán de posarse en tu pecho y la Tierra estará preparada para ser tu pulpito.

Cuando puedas gobernar tu corazón, ¿qué te importará quién gobierne oficialmente tu cuerpo? Cuando todo el universo sea tuyo, ¿qué te importará quién domine esa o aquella parte de la Tierra?

PRINCIPE: Tus palabras son seductoras. Mas a mí me parece que la guerra es una ley de la naturaleza. ¿Acaso no están los propios peces del mar en guerra constante? ¿No es

el débil presa del fuerte? ¡Y yo no quisiera ser presa de nadie!

MIRDAD: Lo que te parece guerra no es sino el modo de alimentarse y de propagarse la naturaleza. El débil es alimento del fuerte, tanto como el fuerte es alimento del débil. Pues, ¿quién es fuerte y quién es débil en la naturaleza?

Sólo la naturaleza es fuerte; todos los demás sólo son alfeñiques que obedecen a las leyes de la naturaleza, arrastrados mansamente por las corrientes de la muerte.

Sólo lo inmortal puede ser calificado como fuerte. Y el Hombre es inmortal, ¡oh, príncipe! Sí, el Hombre es mayor que la naturaleza. El come en su corazón de carne sólo para alcanzar a su corazón sin carne. El se propaga sólo para elevarse por encima de la auto-propagación.

Deja que los hombres que deseen justificar sus deseos impuros por los instintos puros de los animales, se denominen a sí mismos osos salvajes, lobos, chacales, o lo que quieran, mas no permitas que mancillen el noble nombre de Hombre.

Cree a Mirdad, ¡oh, príncipe!, y queda en paz.

PRINCIPE: El Abad me dijo que Mirdad estaba muy versado en los misterios de la brujería; me gustaría que revelase alguno de sus poderes para que yo pudiese creer en él.

MIRDAD: Si revelar a Dios en el Hombre es brujería, entonces Mirdad es mago. ¿Quieres una prueba y una manifestación de mi brujería?

Aquí está: Yo soy la prueba y la manifestación. Ahora acaba. Haz el trabajo que viniste a ejecutar.

PRINCIPE: Adivinaste que yo tengo otro trabajo que hacer que el de divertirme con tus locuras. El príncipe de Bethar es un brujo de otra especie; y ahora mismo va a hacer una demostración de sus artes.

(Dirigiéndose a sus hombres): Traed los grilletes y encadenad a este Dios-Hombre o este Hombre-Dios, de manos y pies. Les mostraremos, a él y a sus compañeros, de qué clase es nuestra brujería.

NARONDA: Como animales de rapiña, los cuatro soldados cayeron sobre el Maestro y rápidamente le encadenaron de pies y manos. Por un momento los Siete quedamos paralizados en nuestros bancos, sin saber cómo interpretar lo que sucedía ante nosotros, si era una farsa o era de verdad. Micayón y Zamora fueron los primeros en comprender la gravedad de la terrible situación. Saltaron sobre los soldados como dos enfurecidos leones y les hubieran abatido si no se hubiese dejado oír la voz serena y segura del Maestro.

MIRDAD: Déjales ejecutar su oficio, impetuoso Micayón. Déjales hacer lo que desean, buen Zamora. Las cadenas no son más aterradoras para Mirdad de lo que fue el Abismo Negro. Dejad que Shamadam se regocije en restablecer su autoridad con la ayuda del príncipe de Bethar. Su restablecimiento despedazará a ambos.

MICAYON: ¿Cómo podríamos quedar impasibles mientras nuestro Maestro está siendo encadenado como si fuese un criminal?

MIRDAD: No temáis por mí. Quedad en paz. Lo mismo harán con vosotros algún día; pero eso será perjudicial para ellos, y no para vosotros.

PRINCIPE: Así se hará con todo bellaco y charlatán que ose faltar a la autoridad y al derecho establecidos.

Este santo hombre (señalando a Shamadam) es por derecho el jefe de esta comunidad, y su palabra debe ser ley para todos. El Arca Sagrada, de cuya generosidad disfrutáis, está bajo mi protección. Mis ojos vigilantes velan por su destino; mi brazo poderoso está extendido sobre su techo y sus propiedades; mi espada cortará la mano que la tocase con mala intención. Que todos lo sepan y tengan cuidado.

(Dirigiéndose nuevamente a sus hombres): Sacad afuera a este impostor. Su peligrosa doctrina casi ha arruinado al Arca. Pronto arruinaría nuestro reino y nuestra tierra, si

consintiéramos que prosiguiera su pernicioso curso. Vamos a hacer que, en lo sucesivo, predique en los sombríos muros de la prisión de Bethar. ¡Afuera con él!

NARONDA: Los soldados se llevaron afuera al Maestro, seguidos alegre y orgullosamente por el príncipe y Shamadam. Los Siete caminábamos tras esta horrible procesión, siguiendo al Maestro con los ojos, los labios apretados por el dolor, los corazones desbordantes de lágrimas.

El Maestro caminaba con paso firme y sereno, y con la cabeza levantada. Cuando se distanció un poco, miró atrás, hacia nosotros, y dijo:

MIRDAD: Permaneced fieles a Mirdad. No os dejaré hasta que no haya botado mi Arca y os haya encomendado su mando.

NARONDA: Y durante mucho tiempo después, estas palabras continuaron resonando fuertemente en nuestros oídos, acompañadas por el pesado rechinar de las cadenas.

CAPITULO VEINTINUEVE

Shamadam intenta reconquistar en vano a los Compañeros

Mirdad regresa milagrosamente y da a todos los Compañeros, excepto a Shamadam, el beso de la Fe

NARONDA: El invierno descendió sobre nosotros, copioso, blanco y mordiente. Las montañas, envueltas en nieve, permanecían silenciosas y sin aliento. Sólo los valles mostraban con timidez manchas de verde marchito, y por aquí y allá, serpenteaba un fino hilo de plata líquida que descendía en dirección al mar.

Los Siete eran arrastrados, alternativamente, por corrientes de esperanza y de duda. Micayón, Micaster y Zamora mantenían la esperanza de que el Maestro volvería, tal como había prometido. Bennoon, Himbal y Abimar dudaban de su regreso. Todos, no obstante, sentían una terrible soledad y una enojosa futilidad.

El Arca estaba fría, triste e inhóspita. Un silencio helado pendía sobre sus paredes, a pesar de los infatigables esfuerzos que hacía Shamadam para darla vida y calor. Desde que se habían llevado a Mirdad, Shamadam procuraba colmarnos con sus bondades. Nos ofrecía los mejores alimentos y el vino más rico; pero aquel alimento no daba sustento, ni el vino estimulaba. Quemaba mucha leña y carbón, pero el fuego no calentaba. Se mostraba gentil y afectuoso, mas su gentileza y afecto nos apartaban cada vez más de él.

Durante mucho tiempo evitó hablar del Maestro. Al fin, abrió su corazón y nos dijo:

SHAMADAM: Vosotros me juzgáis mal, queridos Compañeros, si pensáis que aborrezco a Mirdad. Yo me apiado de él con todo corazón.

Mirdad quizás no sea un hombre malo, pero sí es un visionario peligroso; y su doctrina es completamente impracticable y falsa, en este mundo de realidades y hechos inflexibles. El y aquéllos que le siguen tendrán un fin trágico en su primer encuentro con la dura realidad. De eso estoy absolutamente seguro, y, por ello, quiero salvar a mis Compañeros de tal catástrofe.

Mirdad puede tener una lengua hábil, inspirada en la irreflexión de la juventud; mas su corazón es ciego, obstinado e impío, mientras que yo tengo, en mi corazón, el temor al verdadero Dios y la experiencia de los años para dar peso y autoridad a mi juicio.

¿Quién habría podido dirigir el Arca mejor que yo, durante tantos años? ¿No he vivido con vosotros bastante tiempo, siendo, al mismo tiempo, un hermano y un padre para todos? ¿No fueron bendecidas nuestras mentes con la paz, y nuestras manos con la abundancia? ¿Por qué permitir que un extraño venga a demoler aquello que tardamos tanto tiempo en construir, sembrando la desconfianza donde imperaba la confianza, y la lucha donde reinaba la paz?

Es una gran locura, queridos Compañeros, soltar el pájaro que se tiene en la mano, para apresar a cien que están volando. Mirdad quería haceros dejar esta Arca que durante tanto tiempo os dio abrigo y os conservó junto a Dios, dándoos todo lo que un mortal puede desear y manteniéndoos seguros, al margen del tumulto y de la agonía del mundo. ¿Qué os prometió él a cambio? Sufrimientos, desilusiones y pobreza, con una lucha sin fin, agotadora. Eso y muchas cosas peores os prometía.

Os prometía un Arca en el aire, en la vastedad de la nada: Sueño de un loco, fantasía de un niño, una hermosa imposibilidad. ¿Es acaso él más sabio que el padre Noé, el fundador del Arca-Madre? Me duele sobremanera ver que dais crédito a sus locuras.

Pude haber pecado contra el Arca y sus sagradas tradiciones cuando apelé, en contra de Mirdad, al brazo fuerte de mi amigo, el príncipe de Bethar; mas en mi corazón velaba por vuestro bienestar, y sólo ello ya justificaría mi transgresión. Quise salvaros y salvar al Arca antes de que fuese demasiado tarde. Dios estaba conmigo y yo os salvé. Regocijaos conmigo, Compañeros, y agradeced al Señor el habernos librado de la gran ignominia de ver, con nuestros ojos pecadores, la destrucción de nuestra Arca. Yo, en lo que a mí respecta, no sobreviviría a esa vergüenza.

Pero ahora, nuevamente, me consagro al servicio del Dios de Noé y de su Arca, y a vuestro servicio, mis amados Compañeros. Sed felices como anteriormente, para que mi felicidad sea completa en vosotros.

NARONDA: Shamadam lloró al pronunciar estas palabras, y causaban pena sus lágrimas, pues se sentía solo, ya que ellas no repercutían en nuestros ojos ni en nuestros corazones.

Cierta mañana, cuando el Sol comenzaba a aparecer por encima de las montañas, después de haber estado sitiados durante mucho tiempo por una atmósfera húmeda y fría, Zamora tomó su arpa y se puso a cantar:

ZAMORA:

La canción está helada en los labios insensibles de mi arpa.

Y congelado está el sueño en el corazón helado de mi arpa.

*¿Dónde está el aliento que tu canción deshelerá,
oh arpa mía?*

*¿Dónde está la mano que rescatará el sueño,
oh arpa mía?*

En la prisión de Bethar.

*Viento mendigo, ve y pide para mí una canción,
a las cadenas,*

en la prisión de Bethar.

*Tenue rayo de Sol, ve y hurta para mí un sueño
a las cadenas,*

de la prisión de Bethar.

Las alas de mi águila estaban desplegadas en el ancho cielo, y bajo ellas yo era un rey. Ahora soy apenas un huérfano y un desamparado, y una lechuza domina mi cielo. Pues mi águila a un nido lejano fue a volar: hacia la prisión de Bethar.

NARONDA: Una lágrima se deslizó de los ojos de Zamora, mientras sus manos caían inermes y su cabeza se inclinaba sobre el arpa. Aquella lágrima hizo reaccionar nuestra reprimida tristeza, abriendo las compuertas de nuestros ojos.

Micayón se puso en pie de un salto y, gritando «¡me ahogo!», abrió la puerta y salió al aire libre. Zamora, Micaster y yo le seguimos al patio, hasta el portón de la gran tapia exterior, más allá de la cual no nos estaba permitido pasar. Micayón descorrió el pesado cerrojo con un fuerte tirón, abrió el portón de par en par y se abalanzó hacia afuera como un tigre que huye de su jaula. Nosotros tres seguimos a Micayón.

El Sol brillaba y calentaba, y sus rayos, reflejados por la helada nieve, casi cegaban. Colinas desprovistas de árboles y cubiertas de nieve ondulaban, ante nosotros, hasta donde nuestra vista podía alcanzar y parecían estar incendiadas por fulgurantes matices de luz. Alrededor reinaba un silencio tan profundo, que hería nuestros oídos; sólo la nieve que crujía bajo nuestros pies rompía aquel hechizo.

El aire, aunque helado, acariciaba de tal modo nuestros pulmones, que lo sentíamos penetrar sin que hiciésemos esfuerzo alguno por nuestra parte.

Incluso la actitud de Micayón cambió, parándose a exclamar: «Qué bueno es poder respirar. ¡Ah, solamente respirar!» De hecho, parecía que era la primera vez que

sentíamos la alegría de respirar libremente y que comprendíamos el sentido de la respiración.

Habíamos andado un poco cuando Micaster divisó un objeto oscuro en una elevación lejana. Algunos pensaron que era un lobo solitario, otros supusieron que podría ser un peñasco limpio de nieve por el viento. Mas el objeto parecía moverse en nuestra dirección y decidimos caminar a su encuentro. Cuanto más se aproximaba, más nos parecía una figura humana. De repente, Micayon dio un gran salto hacia adelante, gritando al saltar: «¡Es él, es él!»

Y era él; con su andar firme, su porte majestuoso, su cabeza noblemente levantada. El suave viento jugueteaba en su holgada ropa e, indolente, acariciaba sus largos y negros cabellos. El Sol había bronceado ligeramente el delicado moreno ámbar de su rostro, mas sus ojos oscuros y soñadores centelleaban como siempre e irradiaban olas de firme serenidad y amor triunfante. Sus delicados pies, calzados con sandalias de madera, habían recibido el beso radiante y sonrosado de la helada escarcha.

Micayón fue el primero en ir a su encuentro. Se arrojó a sus pies, sollozando y riendo, como quien delirase, mientras balbuceaba: «Ahora mi alma ha vuelto a mí.»

Nosotros tres hicimos lo mismo; mas el Maestro nos fue levantando uno a uno; abrazándonos con infinita ternura, al mismo tiempo que nos decía:

MIRDAD: Recibid el beso de la Fe. De ahora en adelante, os dormiréis creyendo y os despertaréis creyendo; la duda ya nunca más hará nido en vuestras almohadas, ni paralizará vuestros pies con titubeos.

NARONDA: Los cuatro que habían permanecido en el Arca, al ver el Maestro en la puerta, juzgaron que era una aparición y se asustaron mucho. Pero cuando él les saludó a cada uno por su nombre, y oyeron su voz, se precipitaron también a sus pies, a excepción de Shamadam que se quedó paralizado en su silla. El Maestro habló y obró con los tres conforme había hablado y obrado con los cuatro.

Shamadam miraba al vacío, y temblaba de la cabeza a los pies, con el rostro afectado por una palidez mortal, sus labios se torcían y sus manos jugueteaban nerviosamente en su regazo. Súbitamente, se escurrió de su silla y, deslizándose a gatas, llegó al lugar en el que el Maestro se encontraba de pie, pasó sus brazos abrazando los pies de Mirdad y dijo, convulsivamente, con el rostro vuelto hacia el suelo: «También yo creo». El Maestro le hizo levantarse también, pero, sin besarle, le dijo:

MIRDAD: Es el miedo el que hace temblar el fuerte cuerpo de Shamadam, y el que obliga a su lengua a decir: «También yo creo.»

Shamadam tiembla y se inclina ante la «brujería» que sacó a Mirdad del Abismo Negro y de la prisión de Be-thar. Y Shamadam teme la represalia. Que su mente se tranquilice al respecto, para que pueda orientar su corazón en la dirección de la Verdadera Fe.

La fe que nace impulsada por una ola de miedo, es solamente la espuma del miedo, se levanta y desaparece con él. La Verdadera Fe sólo florece en el tallo del Amor. Su fruto es la Comprensión. Si tienes miedo de Dios, no crees en Dios.

SHAMADAM (Retrocediendo, con la mirada siempre dirigida hacia el suelo): Shamadam es un desgraciado y un exiliado en su propia casa. Permite que, al menos, sea tu criado por un día y te traiga un poco de comida y alguna ropa caliente. Debes estar hambriento y con mucho frío.

MIRDAD: Tengo comida que las cocinas no conocen y calor que no es proporcionado ni por hilos de lana ni por lenguas de fuego. Bueno sería que Shamadam almacenase más de mis alimentos y de mi calor, y menos de otras provisiones y combustibles.

¡Ved! El mar vino a pasar el invierno en las alturas. Y las alturas se sienten alegres por usar el mar helado como capa. Y las alturas están calientes con su capa.

También el mar se siente dichoso por descansar tan tranquilo y encantado en las alturas;

pero solamente por algún tiempo, pues la primavera llegará y el mar, como una serpiente que está en hibernación, se desenrollará y exigirá su libertad temporalmente empeñada. Nuevamente correrá de playa en playa; y nuevamente subirá a los aires y deambulará por el cielo, cayendo después como beneficiosa lluvia.

Mas hay hombres como tú, Shamadam, cuya vida es un invierno constante y una hibernación perenne. Son aquéllos que todavía no recibieron el anuncio de la primavera. ¡Mira! Mirdad es este anuncio. Mirdad es un presagio de la Vida y no un tañido fúnebre. ¿Por cuánto tiempo todavía estarás hibernando?

Créeme, Shamadam, la vida que los hombres viven .y la muerte que padecen, es tan sólo una hibernación. Y yo vengo para despertar a los hombres de su sueño y llamarles para que salgan de sus cavernas y de sus madrigueras hacia la libertad de la Vida sin muerte. Créeme por tu bien y no por el mío.

NARONDA: Shamadam permaneció inmóvil y no dijo palabra. Bennoon me susurró que preguntase al Maestro cómo había conseguido escapar de la prisión de Bethar; pero mi lengua no me obedecía, impidiéndome hacer la pregunta que, no obstante, fue adivinada enseguida por el Maestro.

MIRDAD: La prisión de Bethar ya nunca más será una prisión; se transformó en una ermita. El príncipe de Bethar ya no es príncipe. El es hoy un peregrino lleno de anhelo como vosotros.

También una sombría prisión, Bennoon, puede ser transformada en un resplandeciente faro. Incluso un orgulloso príncipe puede ser llevado a deponer su corona frente a la corona de la Verdad. Y hasta el rechinar de las cadenas se puede convertir en música celestial. Nada es un milagro para la Sagrada Comprensión, que es el único milagro.

NARONDA: Las palabras del Maestro sobre la abdicación del príncipe de Bethar cayeron como un rayo sobre Shamadam, y para consternación nuestra, fue presa repentinamente de terribles convulsiones, tan extrañas y tan violentas que temimos seriamente por su vida. Finalmente terminaron las convulsiones con un síncope, costándonos mucho trabajo y mucho tiempo hacerle volver en sí.

CAPITULO TREINTA

El sueño de Micayón es revelado por el Maestro

NARONDA: Durante un prolongado período, antes y después de que el Maestro volviese de Bethar, observamos que Micayón se comportaba como quien se halla en dificultades. Se mantenía aparte casi todo su tiempo, hablando poco, comiendo poco y raramente salía de su celda. No me confiaba ni a mí su secreto. Y todos nos asombrábamos de que el Maestro no dijese ni hiciese nada para aliviar su dolor, cuando tanto le amaba.

Cierto día en que Micayón y los demás estaban calentándose alrededor del brasero, el Maestro comenzó a platicar sobre la Gran Nostalgia.

MIRDAD: En cierta ocasión un hombre tuvo un sueño. Y este fue el sueño que tuvo: Se vio sobre la ribera verde de un ancho y profundo río, cuyas aguas se deslizaban silenciosamente. En dicha ribera había multitud de hombres, mujeres y niños de todas las edades y lenguas; todos tenían ruedas de diversos tamaños y colores que hacían girar, incansablemente, a lo largo de la ribera del río. Y las multitudes estaban vestidas de colores festivos, acudiendo allí para divertirse y celebrarlo. Su griterío henchía el aire. Como si fuese un mar agitado, subían y descendían, iban y venían.

Sólo él no estaba vestido para la fiesta, pues no sabía que hubiese ninguna fiesta. Y únicamente él no tenía rueda alguna que hacer girar. Y por más que aguzase sus oídos no conseguía entender ni una sola palabra de lo que la políglota multitud decía, que tuviera algún parecido con su propio dialecto. Y por más que alargase la vista, no conseguía encontrar ni un solo rostro que le fuese familiar. Por otra parte, la multitud, cada vez que se acercaba, le lanzaba significativas miradas, como si le dijese: «¿Quién será este curioso individuo?» Inmediatamente comprendió que esta fiesta no era la suya, y que en ella sobraba; y sintió una punzada de dolor en el corazón.

De repente, oyó una gran algarabía que venía del extremo superior de la ribera del río, y vio que la multitud se arrodillaba, cubría los ojos con las manos e inclinaba la cabeza, abriendo filas y dejando en el centro una franja estrecha, despejada y paralela al río. Sólo él quedó de pie, en medio de la franja, sin saber qué hacer ni hacia dónde ir.

Cuando miró hacia el lugar del que procedía el tremendo clamor, divisó un enorme toro que, escupiendo fuego por la boca y resoplando humo por sus fosas nasales, corría por la franja a la velocidad del rayo. Aterrorizado, miró a la furiosa bestia y trató de hallar una salida por la izquierda o la derecha sin conseguirlo. Se sentía amarrado al suelo y estaba seguro de no sobrevivir.

Precisamente en el momento en que el toro estaba tan próximo al hombre, que percibía el fuego devorador y el humo asfixiante, se sintió elevado en el aire. El toro permanecía en tierra, debajo de él, despidiendo hacia arriba más fuego y humo; pero él se elevaba cada vez más y, aunque sentía el calor del fuego y el humo, fue creciendo en él la confianza de que el toro ya no le podía hacer daño alguno. Y se propuso atravesar el río. Mirando hacia la verde ribera, vio a la muchedumbre todavía arrodillada y al toro que lanzaba flechas en lugar de fuego y humo. Oía las flechas silbar por debajo de él, y aunque algunas agujerearon sus ropas, ninguna tocó su carne. Finalmente el toro, la multitud y el río se perdieron de vista y el hombre continuó volando.

Pasó volando sobre una región lúgubre y abrasada por el Sol, en la que no había la menor señal de vida. Al final se posó en la ladera de una elevada montaña escarpada y desolada donde no había ni una sola brizna de hierba, ni tan siquiera una lagartija u hormiga. Sintió como si su único camino fuese escalar la montaña.

Por mucho tiempo estuvo buscando un camino seguro para subir, pero la única vía de ascenso que encontraba era un vericuetto sendero que apenas podía ver, y por el que

parecía que solamente las cabras podían subir. Se decidió a seguirlo.

Apenas había caminado unas decenas de metros, cuando advirtió, no lejos, a la izquierda, un camino ancho y llano. Tan pronto paró y se dispuso a abandonar el sendero, el camino se transformó en una corriente humana. La mitad de los seres humanos que la componían subían con gran esfuerzo, mientras que la otra mitad rodaba temerariamente cuesta abajo. Un inmenso número de hombres y mujeres, luchaba para subir y rodaba hacia abajo, dando volteretas, soltando gemidos y gritos que partían el corazón. El hombre observó por algún tiempo aquel pavoroso fenómeno, llegando a la conclusión de que en alguna parte de aquella montaña existía un enorme manicomio y aquéllos que rodaban eran algunos de los internos que se habían escapado. Y continuó por su tortuoso sendero, cayendo y levantándose de nuevo de vez en cuando, pero siempre progresando hacia arriba.

A cierta altura, la corriente humana se secó y su lecho desapareció por completo. Una vez más, el hombre se encontraba solo en la sombría montaña, sin una sola mano que le indicase el camino o alguna voz que estimulase su ánimo, que sentía desfallecer, o que reanimase sus fuerzas, que se estaban desvaneciendo con rapidez, a no ser una vaga creencia de que este camino conducía a la cumbre.

Y allá iba él, trabajosamente, señalando con sangre su camino. Tras un gran y desgarrador esfuerzo, llegó a un lugar en que la tierra era blanda y no tenía piedras. Para su indescriptible alegría vio algunos delicados brotes de hierba que crecían por aquí y por allá; y la hierba era tan tierna, el suelo tan aterciopelado, el aire tan perfumado y apacible, que se sintió como si le hubiesen robado hasta la última gota de energía. Relajó sus músculos y se quedó dormido.

Le despertó la mano de alguien que le tocaba y una voz que le decía:

«¡Levántate! La cumbre de la montaña está a la vista. Y la primavera te aguarda allá arriba.»

La mano y la voz eran de una bellísima doncella —un ser paradisíaco— que vestía ropajes de deslumbrante blancura. Amablemente, le tomó por la mano y se sintió vigorizado y restablecido. Y el hombre vislumbró la cumbre de la montaña. Y el hombre percibió el aroma de la primavera. Pero apenas se había puesto de pie para dar el primer paso, despertó de su sueño.

¿Qué haría Micayón si despertase de un sueño como éste y se encontrase acostado en una cama vulgar, encerrado entre cuatro paredes vulgares, pero con la imagen de la doncella todavía bollándole en sus ojos, y sintiendo todavía en su corazón el fragante esplendor de la cima de la montaña?

MICAYON (Lleno de asombro): Pero ese soñador soy yo, y ése fue el sueño que tuve. Incluso la visión de la doncella de blanco y la cima de la montaña. Eso me viene persiguiendo hasta hoy sin darme sosiego. Me hace sentirme extraño a mí mismo. Por ese motivo Micayón ya no conoce a Micayón.

Tuve ese sueño inmediatamente después de que fuiste llevado a Bethar. ¿Cómo es posible que lo relates con tantos pormenores? ¿Qué clase de hombre eres, que hasta los sueños de los hombres son para ti como un libro abierto?

¡Ah! ¡Qué libertad había en la cima de aquella montaña! ¡Y qué bella era aquella doncella! Qué vulgar es todo lo demás en comparación con aquello. Mi propia alma me ha abandonado a causa suya. Y solamente el día en que te vi volver de Bethar sentí que recuperaba el alma y que recobraba la calma y la fuerza. Pero esa sensación me volvió a abandonar y volví a estar separado de mí mismo por hilos invisibles.

Sálvame, ¡oh, mi Compañero! Me estoy consumiendo a causa de esta visión.

MIRDAD: No sabes lo que pides, Micayón. ¿Quieres ser salvado de tu Salvador?

MICAYON: Quiero ser liberado de esta tortura insoportable de sentirme sin hogar en un

mundo tan confortable. Me gustaría estar en la cima de la montaña con aquella joven.

MIRDAD: Regocíjate, porque tu corazón ha sido apresado por la Gran Nostalgia, pues esa es la promesa irrevocable de que encontrarás tu patria y tu hogar, y de que estarás en la cima de la montaña con la joven.

ABIMAR: Por favor, cuéntenos algo más sobre esa Nostalgia. ¿Cuáles son las señales por las que podemos reconocerla?

CAPITULO TREINTA Y UNO

La Gran Nostalgia

MIRIDAD: La Gran Nostalgia es como la neblina. Emitida por el corazón, ella envuelve al corazón, de la misma manera que la bruma que sale del mar cubre tanto a la tierra como al mar.

Y así como la neblina oculta a los ojos la realidad visible, presentándose ella misma como la única realidad, así esta Nostalgia sofoca los sentimientos del corazón y hace de sí misma el sentimiento predominante. Y aunque aparentemente carezca de forma, de objetivo y sea tan ciega como la neblina, y al igual que ella esté llena de formas todavía no realizadas, sin embargo ve claro y tiene una finalidad bien definida.

La Gran Nostalgia es también como la fiebre. Como la fiebre que surge en el cuerpo y mina su vitalidad, mientras hace arder sus venenos; así es la Gran Nostalgia, nacida del gran conflicto en el corazón, ella debilita el corazón mientras consume sus impurezas y todo lo superfluo.

La Gran Nostalgia es como el ladrón. Como ladrón furtivo que alivia a su víctima de una carga, pero la deja resentida y dolorida; de la misma manera, esta Nostalgia alivia furtivamente todas las cargas del corazón, pero le deja sumamente desolado y apesadumbrado, precisamente por la falta de carga.

Ancha y verde es la orilla donde danzan y cantan los hombres y las mujeres, y luchan y lloran por sus días que se desvanecen. Terrorífico es el toro que expele fuego y humo por sus fosas nasales, haciendo que tiemblen sus pies y caigan de bruces, que se sofoquen las canciones en sus gargantas y sus hinchados párpados se peguen con sus propias lágrimas.

Ancho y profundo es, también, el río que les separa de la otra ribera. No pueden atravesarlo a nado, ni pueden remar de una parte a otra, ni pueden atravesarlo en barco de vela. Pocos, muy pocos se atreven a atravesarlo con el pensamiento. Pero todos, casi todos, están ansiosos por aferrarse a la ribera en la que se encuentran y en la cual cada uno de ellos hace girar su rueda del tiempo predilecta.

El hombre que tiene la Gran Nostalgia no posee ninguna rueda del tiempo para hacerla girar. En medio de un mundo tan intensamente ocupado y tan intensamente apresurado, sólo él no tiene ocupación ni prisa. En medio de la humanidad tan decorosa en el vestir, en el hablar y en los modales, él se halla desnudo, balbuciente y rudo. No puede reír con los que ríen, ni llorar con los que lloran. Los hombres beben y comen y sienten placer en el comer y beber. El come sin deleite, y la bebida es insípida en su boca.

Los demás están emparejados o están buscando con quién emparejarse; él anda solo, duerme solo y sueña solo sus sueños. Los demás son ricos en agudeza y sabiduría de este mundo; sólo él parece necio e ignorante. Los demás tienen rincones confortables a los que llaman hogares; sólo él no tiene hogar. Los demás tienen lugares en la Tierra a los que llaman su país natal y cuya gloria cantan en voz alta; sólo él no tiene ningún lugar que pueda cantar o llamar patria. Y ello ocurre porque tiene los ojos de su corazón fijos en la otra ribera.

El hombre que tiene la Gran Nostalgia es un sonámbulo, en medio de un mundo aparentemente tan despierto. Es impulsado por un sueño que los que están a su alrededor no ven ni sienten; por eso se encogen de hombros y se ríen para sus adentros. Pero cuando el dios del miedo —el toro que expele fuego y humo— aparece en escena, ellos muerden el polvo, mientras que el sonámbulo del que se reían y que despreciaban es elevado por las alas de la Fe, por encima de todos ellos y de su toro, y es llevado lejos, por encima de la otra orilla, hasta la falda de la montaña escarpada.

Árida, desierta y desamparada es la región sobre la que vuela el sonámbulo. Pero las alas de la Fe son fuertes y el hombre continua volando.

Sombria, desnuda y terrible es la montaña al pie de la cual se halla. Pero indómito es el corazón de la Fe, y el corazón del hombre continúa latiendo vigorosamente.

Duro, escurridizo y apenas visible es su sendero, montaña arriba. Pero suave es la mano, firme el pie y aguda la mirada de la Fe, y así el hombre continúa subiendo.

Encuentra por el camino a hombres y mujeres que intentan subir la montaña por un camino amplio y llano. Son los hombres y las mujeres de la pequeña nostalgia, que están ansiosos por llegar a la cima de la montaña, pero con un guía cojo y ciego. Y ello, porque su guía es su creencia en lo que sus ojos pueden ver y sus oídos pueden oír; en lo que sus manos pueden tocar y su nariz y paladar pueden oler y degustar. Algunos de ellos no van más allá de los tobillos de la montaña; otros alcanzan las rodillas; y otros van hasta las caderas; muy pocos llegan hasta la cintura. Pero todos ellos, sin embargo, ruedan montaña abajo junto con sus guías, sin tan siquiera haber podido vislumbrar la hermosa cima de la montaña.

¿Pueden los ojos ver todo lo que hay para ser visto y los oídos oír todo lo que existe para ser oído? ¿Pueden las manos tocar todo lo que hay para ser tocado, y la nariz oler todo lo que ha de ser olido? ¿O puede la lengua paladear todo lo que ha de ser probado? Solamente cuando la Fe, nacida de la Imaginación Divina, viene en su auxilio, los sentidos pueden tener sensaciones reales y, de este modo, convertirse en escaleras para ascender a la cima.

Los sentidos que carecen de Fe, son como guías en los que no se puede confiar. Aún cuando su camino parece llano y amplio, está lleno de trampas y lazos invisibles, y los que intentan alcanzar la cima de la liberación por este camino, perecen en él o resbalan y caen dando volteretas para llegar otra vez a la falda desde donde partieron, donde se curan de sus muchos huesos rotos y donde suturan sus muchas heridas abiertas.

Los hombres de la pequeña nostalgia, son aquéllos que habiendo construido un mundo con sus sentidos, de pronto lo encuentran pequeño y sofocante, y aspiran a un hogar mayor y más aireado. Pero en vez de procurarse nuevos materiales y un nuevo arquitecto, emplean los mismos materiales y llaman al mismo arquitecto —los sentidos— para que les diseñe y construya un hogar mayor. Apenas éste está levantado de nuevo, lo encuentran tan reducido y sofocante como el anterior. Y así van demoliendo y levantando, sin jamás llegar a construir el hogar que les pueda proporcionar el bienestar y la libertad que tanto anhelan, pues confían en los embaucadores para que les libren de los engaños. Y de la misma manera que el pez salta de la sartén para caer al fuego, ellos huyen de una ilusión para sumergirse en otra aún mayor.

Entre los hombres de la Gran Nostalgia y los de la pequeña nostalgia, coexiste una gran multitud de hombres-conejo, para los que no existe nostalgia alguna. Están satisfechos en excavar sus madrigueras, vivir, reproducirse y finalmente morir en ellas; y hallan sus madrigueras muy elegantes, espaciosas y calientes. No las cambiarían ni por un espléndido palacio real. Y se mofan de los sonámbulos, especialmente de aquéllos que caminan por senderos solitarios donde las pisadas son pocas y muy difíciles de seguir.

El hombre que tiene la Gran Nostalgia y se encuentra entre los demás hombres, es semejante al aguilucho empoliado por una gallina doméstica junto a sus polluelos. Sus hermanos pollos y su madre-gallina desearían que el aguilucho fuera como ellos, de igual naturaleza y hábitos, y que viviera como ellos viven; mientras que al aguilucho le gustaría que ellos fuesen como él: un soñador de un aire más libre y un cielo ilimitado. Pronto se siente un extraño y un paria entre sus hermanos de nidada, y es picoteado por todos, incluso por su madre. Sin embargo, la llamada de las cumbres es potente en su sangre y el hedor del gallinero se hace insoportable a su olfato. Mientras tanto, soporta

en silencio todo aquello, hasta que se encuentra totalmente recubierto de plumas. Abre entonces sus alas y se remonta en el espacio, con una amorosa mirada de despedida a sus antiguos hermanos y su madre, que siguen cacareando alegremente y escarbando la tierra en busca de semillas y gusanos.

Alégrate, Micayón. Tu sueño es un sueño profético. La Gran Nostalgia ha hecho tu mundo" demasiado pequeño y que te sientas un extraño en él. Liberó tu imaginación de la garra de los sentidos despóticos y la imaginación te condujo a la Fe.

Y la Fe te elevará muy por encima de este mundo cristalizado y sofocante, elevándote a través del vacío sobrecogedor, hacia la cima de la montaña escarpada, donde toda fe tendrá que ser probada y purificada de las últimas trazas de duda.

Y la Fe así purificada y triunfante, te conducirá a la cima eternamente verde y allí te entregará en manos de la Comprensión. Habiendo cumplido ya su tarea, la Fe se retirará y la Comprensión guiará tus pasos hacia la increíble libertad de la cima, que es la verdadera, ilimitada y universal morada de Dios y del Hombre vencedor.

Soporta bien la prueba, Micayón. Soportadla bien todos vosotros. Por mantenerse tan sólo un momento en esta cima merece la pena soportar toda clase de sufrimientos.

Pero permanecer para siempre en ella supone la Eternidad.

HIMBAL: ¿No nos vas a elevar ahora a tu cima, aunque sólo sea para echar una ojeada, por breve que sea?

MIRDAD: No tengas prisa, Himbal, y espera tu hora. Donde yo respiro libremente, tú te quedarías sin aire. Donde yo camino con ligereza, tú jadearías y tropezarías. Apóyate en la Fe; la Fe realizará la proeza gigantesca.

Así enseñé a Noé.

Así os enseñé a vosotros.

CAPITULO TREINTA Y DOS

El pecado y la pérdida del atuendo de hojas de higuera

MIRDAD: Se os ha hablado del pecado, y ahora debéis saber cómo el Hombre se hizo pecador.

E interpretáis —no sin mérito— que si el hombre, imagen y semejanza de Dios, es pecador, entonces Dios mismo debe ser el origen del pecado. Existe en esto una trampa para el que no está advertido; y yo no quiero, Compañeros, que seáis víctimas de esa trampa. Por eso la voy a retirar de vuestro camino, para que también vosotros podáis retirarla del camino de los hombres.

No hay pecado en Dios, a no ser que consideremos pecado que el Sol dé algo de su luz a una vela. Ni tampoco hay pecado en el Hombre, salvo que consideremos pecado el que una vela arda completamente en el Sol, fundiéndose así con el mismo Sol.

Hay, no obstante, pecado en la vela que rehusa dar su luz, y que, cuando se acerca un fósforo a su mecha, maldice a éste y a la mano que lo sujeta. Hay pecado en la vela que tiene vergüenza de arder en el Sol y, por eso, se oculta del Sol.

El Hombre no pecó por desobedecer la Ley, sino más bien por encubrir su ignorancia de la Ley.

¡Sí! Pecó al colocarse el atuendo de hojas de higuera.

¿No habéis leído la historia de la caída del Hombre, tan simple e ingenua en palabras, pero tan sublime y sutil en significado? ¿No leísteis cómo el Hombre recién salido del seno de Dios, era como un Dios recién nacido, pasivo, inerte, no creador? Dado que, aunque estaba dotado de todos los atributos de la divinidad, era, como todos los recién nacidos, incapaz de reconocer y mucho menos aún de ejercitar sus infinitas capacidades y talentos.

El Hombre se hallaba en el Jardín del Edén, como una semilla solitaria encerrada en un bello frasco. La semilla encerrada en un frasco permanecerá como semilla, y las maravillas que se hallan encerradas bajo su cascara jamás serán estimuladas hacia la vida y la luz, a no ser que sea enterrada en un terreno análogo a su naturaleza, y que sea rota su cascara.

Sin embargo, el Hombre no poseía ningún terreno adecuado, donde pudiese plantarse y brotar.

Su cara jamás se había reflejado en otra faz afín. Su oído humano jamás había oído otra voz humana. Su voz humana jamás había tenido eco en otra garganta humana. Su corazón latía en solitario.

Solo, completamente solo, se encontraba el Hombre en medio de un mundo bien preparado y lanzado a su destino. Era un extraño para consigo mismo; no tenía ningún trabajo que ejecutar, ni plan que seguir. Para él, el Edén era lo mismo que una confortable cuna para un recién nacido: un estado de bienaventuranza pasiva, una incubadora bien preparada.

El Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal y el Árbol de la Vida estaban a su alcance; sin embargo, él no extendía la mano para tomar y probar sus frutos, pues su paladar y su voluntad, sus pensamientos, sus deseos e incluso su propia vida, estaban todos encerrados en él mismo, esperando ser lentamente desarrollados. El, por sí mismo, no los podía desarrollar. Por consiguiente, de él mismo se originó un colaborador idóneo para sí mismo, una mano que le ayudase a desatar sus múltiples envoltorios.

¿Y dónde podría obtener mejor esa ayuda sino en su propio ser, tan rico en recursos debido a su alto potencial en divinidad? Esto es muy significativo.

Eva no es nuevo polvo ni nuevo aliento; es el mismo polvo y el mismo aliento de Adán: huesos de sus huesos y carne de su carne. No surge otra criatura; sino que el mismo

Adán simple es hecho doble: un Adán masculino y un Adán femenino.

Y así, el rostro solitario y aún no reflejado obtiene una compañía y un espejo; y el nombre sin eco en ninguna voz humana, comienza a reverberar en dulces estribillos, a lo largo de los paseos del Edén. El corazón cuyo solitario palpitar era sofocado en un pecho solitario, comienza a sentir su propio pulso y a oír sus latidos en un corazón compañero, en el interior de un pecho compañero.

Así, el acero sin chispas encuentra el sílex que le hace emitir chispas en abundancia. Así, la vela que no había sido encendida, se enciende por ambos extremos.

Una es la vela, una es la mecha y una es la luz, aunque provenga de extremos aparentemente opuestos. Y así la semilla en el frasco encuentra el suelo donde germinar y revelar sus misterios.

Así la Unidad, inconsciente de sí misma, engendra dualidad, para que por medio de la fricción y de la oposición de la dualidad, comprenda su unidad. En eso también el hombre es fiel imagen y semejanza de Dios, pues Dios —la Conciencia Original— proyecta de Sí mismo la Palabra, y tanto la Palabra como la Conciencia son unificadas en la Sagrada Comprensión.

La dualidad no es un castigo, sino un proceso inherente a la naturaleza de la Unidad, y necesario para el desarrollo de su divinidad. ¡Cuan pueril sería pensar de otro modo! ¡Cuan pueril sería creer que un proceso tan maravilloso pueda terminar su curso en setenta años, o en setenta millones de años! ¿Tan fácil es llegar a ser un Dios?

¿Será Dios un amo tan cruel y miserable que, teniendo toda la eternidad para obsequiar, no conceda al hombre más que un pequeñísimo espacio de tiempo de setenta años, para que éste se unifique y recupere el Edén, completamente consciente de su divinidad y de su unidad con Dios?

Es largo el curso de la dualidad y locos son quienes lo miden en calendarios. La Eternidad no se mide por los movimientos de rotación de las estrellas.

Cuando Adán, el pasivo, el inerte, el no creador, se volvió dual, él, consecuentemente, se hizo activo, lleno de movimiento y capaz de crear y procrear.

¿Cuál fue el primer acto de Adán después de hacerse dual? Fue comer del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal y, de este modo, hacer todo este mundo dual como él. Las cosas dejaron de ser como habían sido: inocentes e indiferentes. Se volvieron buenas o malas, útiles o perjudiciales, agradables o desagradables: se volvieron dos campos opuestos, cuando antes habían sido uno.

Y la serpiente que sedujo a Eva, para que probase el Bien y el Mal, ¿no era la profunda voz de la activa dualidad, hasta entonces inexperta, estimulándose para la acción y la experiencia?

No es de ninguna manera sorprendente que Eva fuese la primera en oír esa voz y en obedecerla. Pues Eva era, por decirlo así, la piedra de afilar, el instrumento destinado a manifestar los poderes latentes de su compañero.

¿No os imaginasteis, en muchas ocasiones, a esta primera Mujer de la primera historia humana, caminando furtivamente entre los árboles del Edén, con los nervios a flor de piel, con el corazón palpitante como el de un pájaro que cayó en la trampa, procurando descubrir con los ojos si en alguna parte alguien la pudiese estar observando, con la boca húmeda y la mano trémula extendida hacia el fruto tentador? ¿No suspendisteis vuestra respiración al imaginaros cómo ella tomó el fruto y le hincó los dientes en la suave pulpa, para sentir momentáneamente el dulzor, que se transformaría en amargor eterno para ella y su descendencia?

¿No habéis deseado de todo corazón que Dios se hubiese adelantado en su insensata audacia, apareciéndosele en el preciso momento en que ella iba a cometer aquella atolondrada acción y no después, tal como El lo hace en la leyenda? Y habiendo cometido

ella aquel acto, ¿no habéis deseado que Adán tuviese la suficiente sabiduría y valor para negarse a ser su cómplice?

Sin embargo, ni Dios intervino ni Adán se negó. Y esto porque Dios no quería que su semejante se hiciese diferente a El. Su Voluntad y su Plan era que el hombre recorriese el largo camino de la dualidad con el fin de desarrollar su propia voluntad y su propio plan, y se unificase por medio de la Comprensión. En cuanto a Adán, él no habría podido, ni aún queriendo, rechazar el fruto que le era ofrecido por su esposa. Estaba obligado a comerlo, simplemente porque su esposa había comido de él, pues ambos eran una sola carne y cada uno era responsable de los actos del otro.

¿Se indignó, se encolerizó Dios porque el hombre comió el fruto del Bien y del Mal? Dios lo había prohibido.

Y lo hizo porque, aunque sabía que el hombre no podía dejar de comerlo y El quería que el hombre lo comiese, quería también que el hombre supiese anticipadamente las consecuencias de comerlo y tuviese el valor de enfrentarse a tales consecuencias. El hombre tuvo valor. Y el hombre comió. Y el hombre se enfrentó a las consecuencias.

Y la consecuencia fue la muerte. Al hacerse activamente dual por la voluntad de Dios, murió para la unidad pasiva. Luego la muerte no es un castigo, sino una fase de la vida inherente a la dualidad. La naturaleza de la dualidad es hacer todas las cosas duales y dar a todo una sombra.

Y así Adán adquirió su sombra en Eva, y ambos obtuvieron en sus vidas una sombra llamada muerte. Pero Adán y Eva, aunque ensombrecidos por la muerte, continúan teniendo una vida sin sombras en la vida de Dios.

La dualidad es una fricción constante; y la fricción provoca la ilusión de dos partes opuestas, inclinadas a la auto-destrucción. Realmente se están complementando, y trabajan tomadas de la mano para la consecución de un único e idéntico objetivo: la paz perfecta, la unidad y el equilibrio de la Sagrada Comprensión. Sin embargo, la ilusión está arraigada en los sentidos y persiste mientras éstos permanezcan.

Por esto Adán respondió a Dios cuando El le llamó después de que sus ojos fueran abiertos: «Yo oí tu voz en el jardín, y tuve miedo porque estaba desnudo; y me escondí.» Igualmente le dijo: «La mujer que Tú me diste por compañera, me dio el fruto del árbol y yo comí.»

Eva no era nada más que los huesos y la carne de Adán. Pero pensad que este yo recién nacido de Adán —después de que sus ojos fueron abiertos— comenzó a verse como algo diferente, separado e independiente de Eva, de Dios y de toda creación de Dios.

Este yo era una ilusión. Esta personalidad desligada de Dios era una ilusión de los ojos recién abiertos. No tenía substancia ni realidad. Había nacido para que, por su muerte, el hombre pudiese conocer su ser real, que es el Ser de Dios. Este falso yo desaparecerá cuando los ojos externos se apaguen y el ojo interno sea iluminado. Y aunque esto dejase a Adán confuso, servía para estimular poderosamente su mente y avivar su imaginación. Tener un yo que pueda considerarse completamente de su propiedad es, verdaderamente, muy lisonjero y tentador para el hombre que no es consciente de ningún yo.

Y Adán fue tentado y halagado por este yo ilusorio. Aunque estuviese avergonzado de él, por ser muy irreal y desnudo, no quería desprenderse de él; por el contrario, se aferraba a él de todo corazón y con toda la ingeniosidad recién nacida. Por eso confeccionó para él, con hojas de higuera, el vestido con qué esconder la desnudez de su personalidad, intentando conservarla para sí mismo apartada de la vista omnípenetrante de Dios.

De este modo, el Edén, el estado de inocente bienaventuranza, la unidad inconsciente de sí misma, desapareció en el hombre dual cubierto con hojas de higuera; y espadas de

fuego fueron puestas entre él y el Árbol de la Vida.

El hombre salió del Edén por la doble puerta del Bien y del Mal; a él volverá por la puerta sencilla de la Comprensión. Se retiró dando la espalda al Árbol de la Vida; volverá con el rostro vuelto hacia ese mismo Árbol. Inició su largo y penoso viaje avergonzado de su desnudez y procurando esconder su vergüenza; llegará al final de su viaje con su pureza sin prenda alguna y el corazón ufano de su desnudez.

Pero esto no ocurrirá mientras el hombre no sea, por el pecado, liberado del pecado, pues el pecado será la propia ruina del pecado. ¿Y dónde está el pecado sino en el atuendo de hojas de higuera?

Sí, el pecado no es nada más que la barrera que el hombre ha colocado entre él y Dios, entre su yo transitorio y su Yo eterno.

La barrera que al principio era tan sólo un puñado de hojas de higuera, ha llegado a ser un poderoso baluarte. Desde el momento en que abandonó la inocencia del Edén, el hombre estuvo siempre ocupadísimo en reunir cada vez más hojas de higuera para confeccionar prenda sobre prenda.

Los indolentes se satisfacen con ir remendando las rasgaduras de sus prendas con los retazos abandonados por sus prójimos más trabajadores. Y cada remiendo en la indumentaria del pecado es pecado, pues tiende a perpetuar la vergüenza, que fue el primer sentimiento doloroso que tuvo el hombre al separarse de Dios.

¿Está el hombre haciendo algo para librarse de esa vergüenza? ¡No! Todo su esfuerzo consiste en amontonar vergüenza sobre vergüenza, prenda sobre prenda.

¿Qué son las artes y la ciencia del hombre sino hojas de higuera?

Sus imperios, naciones, grupos raciales y religiones en la senda de la guerra, ¿no son cultos de adoración a la hoja de higuera?

Sus códigos del bien y del mal, de honra y deshonra, de justicia e injusticia, sus incontables credos sociales y sus convenciones, ¿qué son sino prendas de hojas de higuera?

Y su valorar lo inestimable y medir lo inconmensurable, y normalizar aquello que está más allá de toda norma, ¿no es remendar el ya ultrarremendado atuendo?

Y su avidez por los placeres que están preñados de sufrimientos; su ambición por las riquezas que empobrecen, su sed por la superioridad que subyuga, su codicia por la grandeza que empequeñece, ¿no son, todas estas cosas, prendas de hojas de higuera?

En esta patética carrera para cubrir su desnudez, el hombre vistió un gran número de prendas que, en el transcurso de los años, se adherieron tan fuertemente a su piel que él ya no distingue entre las prendas y ella. Y el hombre se siente asfixiado y clama por liberarse de tantas pieles. Pero, en su delirio, el hombre hace todo lo posible para ser liberado de su carga, menos lo único que le podría aliviar, que sería arrojar dicha carga. El quiere librarse de sus pieles adicionales y se aferra a ellas con todas sus fuerzas. Desea estar desnudo y, sin embargo, se mantiene completamente vestido.

Ha llegado la hora de desnudarse. Yo vine para ayudaros a arrojar fuera vuestras pieles adicionales —vuestro atuendo de hojas de higuera— para que así podáis también ayudar a todos aquéllos que anhelan verse libres de las suyas. Yo sólo enseño cómo hacerlo, pero cada cual tendrá que librarse por sí solo, por muy doloroso que le resulte el empeño.

No esperéis ningún milagro que os salve de vosotros mismos, ni temáis al dolor; la Comprensión desnuda convertirá vuestro dolor en un perenne éxtasis de alegría.

Si os enfrentáis a vosotros mismos en la desnudez de la Comprensión, y Dios os llama para preguntaros: «¿Dónde estáis?», no os avergoncéis, ni temáis, ni os ocultéis a Dios, sino al contrario, debéis permanecer firmes, sin recelo y divinamente serenos, respondiendo a Dios:

Henos aquí, Señor, con nuestra alma, nuestro ser, nuestro sencillo yo. Avergonzados, temerosos y apenados, caminamos por la larga, áspera y tortuosa senda del bien y del mal que tú nos señalaste en la aurora de los tiempos. La Gran Nostalgia apresuró nuestros pasos y la Fe sustentó nuestros corazones. Y ahora la Comprensión nos liberó de nuestras cargas, curó nuestras heridas y nos trajo de vuelta a tu Santa Presencia, desnudos del bien y del mal, de la vida y la muerte; desnudos de todas las ilusiones de la dualidad; desnudos de todo yo, excepto del Yo que todo lo envuelve. Sin hojas de higuera con qué esconder nuestra desnudez, aquí estamos de pie ante Ti, libres de vergüenza, iluminados y sin temor. Henos aquí, unificados. Henos aquí, hemos triunfado.»

Y Dios os abrazará con infinito Amor y os llevará directamente a su Árbol de la Vida.

Así enseñé a Noé.

Así os enseñé a vosotros.

NARONDA: También esto nos fue dicho por el Maestro alrededor del fuego del hogar.

CAPITULO TREINTA Y TRES

La noche, cantante incomparable

NARONDA: Igual que el exiliado añora su hogar, así añorábamos nosotros el Nido del Águila, que los vientos helados y las tempestades de nieve habían hecho inaccesible durante todo el invierno.

El Maestro escogió una noche de primavera, cuyos ojos eran delicados y brillantes, cuyo aliento era cálido y perfumado, cuyo corazón palpitaba rápido y despierto, para llevarnos al Nido del Águila.

Las ocho piedras planas que nos habían servido de asiento, todavía estaban dispuestas exactamente en el mismo semicírculo, tal como las habíamos dejado en el día en que el Maestro fue llevado a Bethar. Era evidente que nadie había visitado el Nido del Águila desde aquel día.

Cada uno de nosotros ocupó su sitio habitual, y allí permanecemos a la espera de que el Maestro hablase. Sin embargo, él no abrió la boca. Incluso hasta la Luna llena, que nos miraba como dándonos la bienvenida, parecía prendida de los labios del Maestro.

Las cascadas de la montaña, se despeñaban de risco en risco, llenando la noche con sus turbulentas melodías. De vez en cuando, el lúgubre graznido de una lechuza o las notas quebradas del canto de algún grillo, llegaban a nuestros oídos.

Durante mucho tiempo permanecemos en expectante silencio, hasta que el Maestro, levantando la cabeza y abriendo sus entornados ojos, comenzó a hablarnos:

MIRDAD: En el silencio de esta noche, le gustaría a Mirdad que oyeseis las canciones de la noche. Escuchad el coro de la noche, pues en verdad ella es una cantante incomparable.

De los más oscuros escondrijos del pasado, de los más luminosos castillos del futuro, de los pináculos de los cielos y de las entrañas de la tierra, las voces de la noche surgen y se elevan hasta los más recónditos rincones del universo. En poderosas ondas, ruedan y hacen remolinos en torno a vuestros oídos. Limpiad bien vuestros oídos para que las podáis oír bien.

Aquello que el día, alborozada y despreocupadamente, extingue, la noche sin apresurarse lo restaura con su extraordinaria magia. ¿No se esconden la Luna y las estrellas en la intensa luz del día? Aquello que el día ahoga en su aparente mezcla apresurada, la noche lo exalta en sus arrobadoras canciones. Hasta los sueños de las plantas amplían el coro de la noche.

Escuchad con atención al coro de las esferas:

*Conforme giran en los cielos,
oídlas cantar canciones de cuna
al niño gigante adormecido
en su cuna de arenas movedizas,
al rey vestido de harapos,
al rayo encadenado,
al dios envuelto en pañales.*

Escuchad a la Tierra, siempre trabajando, amamantando, criando, casando y enterrando. Escuchad en la jungla merodear a las fieras, rugiendo, aullando, desgarrando, desgarradas; reptiles, siguiendo su camino; Insectos, zumbando sus místicas canciones, pájaros, recitando en sus sueños fábulas de prados, canciones de arroyos; árboles y arbustos y todo lo que respira sorbiendo la vida en la copa de la muerte.

*De lo alto de la montaña y desde el valle;
del desierto y desde el mar;*

*del aire y desde el subsuelo;
se lanza el desafío al Dios velado por el tiempo.*

Escuchad a las madres del mundo, cómo lloran, cómo se lamentan; y a los padres del mundo, cómo gimen, cómo se afligen. Escuchad como sus hijos e hijas corren hacia las armas y huyen de ellas, censurando a Dios y maldiciendo al destino, fingiendo amor y respirando odio, bebiendo ardor y transpirando miedo, sembrando sonrisas y recogiendo lágrimas, estimulando con su roja sangre la furia del diluvio que se prepara.

Escuchad cómo se crisan sus estómagos hambrientos y sus hinchados párpados parpadean, y sus dedos consumidos van a tientas, buscando el caparazón de la esperanza; y sus corazones se distienden y crujen de montón en montón y de cúmulo en cúmulo.

Escuchad los ingenios diabólicos zumbar y las arrogantes ciudades derruirse; y las poderosas ciudadelas doblar los sones de sus propios funerales; y los monumentos del pasado enlodarse en charcas de fango y sangre.

Escuchad las oraciones del justo repicar con los gritos de codicia. T el torpe balbucear de la criatura en rapsodia con el perverso parlotear, y la ruborosa sonrisa de la doncella armonizar con la astucia de la prostituta; y el éxtasis del valiente canturrear las maquinaciones del bellaco.

En cada tienda y choza de todas las tribus y clanes, las trompetas nocturnas ejecutan el himno de guerra del hombre.

Mas la noche, la hechicera, funde las canciones de cuna, los desafíos, los himnos de guerra y todo lo demás en una canción demasiado sutil para el oído. Canción tan grandiosa, tan infinita en su alcance, de tan profundo tono, tan melodioso estribillo, que hasta el coro y las sinfonías de los ángeles, en comparación, no pasan de ser ruido y murmullo. Esa es la canción de triunfo del vencedor.

Las montañas que dormitan en el regazo de la noche;

los reminiscentes desiertos con sus dunas;

las profundidades que vagan dormidas,

las estrellas errantes,

los habitantes de las ciudades de los muertos,

la Santa Trinidad y la Voluntad Universal

saludan y aclaman al hombre vencedor.

Dichosos aquéllos que oyen y comprenden.

Dichosos aquéllos que, al encontrarse solos con la noche,

se sientan tranquilos, profundos y vastos

como la propia noche,

cuyos semblantes no sean afectados, en la oscuridad,

por las faltas

que ellos cometieron en la oscuridad;

cuyos párpados no se escuezan con las lágrimas que hicieron verter a sus semejantes;

cuyas manos no estén al acecho de fechorías y codicias; cuyos oídos no estén asediados

por los silbidos de su lujuria; cuyo pensar no sea mordido por sus pensamientos; cuyos

corazones no sean morada para toda clase de inquietudes que surgen

ininterrumpidamente de todos los rincones del tiempo; cuyos celos no cavén túneles

en sus cerebros; que puedan decir con valor a la noche: «Muéstranos el día», y decir al

día: «Muéstranos la noche». Sí, tres veces dichosos son los que, estando a solas con la

noche, se sienten tan armoniosos, tan en paz, tan infinitos como la noche. Solamente

para ellos, la noche canta la canción del vencedor.

Si queréis enfrentaros a la calumnia del día con la cabeza erguida y los ojos encendidos

de fe, conquistad primero la amistad de la noche.

Sed amigos de la noche. Lavad concienzudamente vuestros corazones en la propia sangre de vida y colocad-los en el corazón de la noche. Confiad vuestras aspiraciones desnudas al seno de la noche e inmolad a sus pies vuestras ambiciones, con excepción de la ambición de ser libre gracias a la Sagrada Comprensión. Seréis entonces invulnerables a todos los dardos del día, y la noche testimoniará por vosotros ante los hombres que realmente sois vencedores.

Aunque los días febriles os arrojen de un lado para otro; y las noches sin estrellas os envuelvan en sus tinieblas; y seáis arrojados a las encrucijadas del mundo, y aunque no haya rastros ni señales que os muestren el camino, no temáis a ningún hombre ni circunstancia, ni tengáis la menor sombra de duda de que los días y las noches, así como los hombres y las cosas, más tarde o más temprano os buscarán y os pedirán humildemente que les guiéis, pues habréis conquistado la confianza de la noche. Y el que conquista la confianza de la noche puede fácilmente gobernar el día venidero.

Escuchad el corazón de la noche, pues en él late el corazón del vencedor.

Si yo tuviese lágrimas, las ofrecería esta noche a todas las estrellas que centellean y a toda mota de polvo, a todo arroyo murmurador y a toda cigarra cantarína, a toda violeta que exhala en el aire su alma olorosa, a todo viento que silba, a toda montaña y a todo valle, a todo árbol y a toda brizna de hierba, a toda paz y a toda belleza efímera de esta noche. Derramaría mis lágrimas delante de ellos, como apología por la ingratitud y por la ignorancia salvaje de los hombres.

Los hombres, esclavos del nefasto dinero, están ocupados al servicio de su señor, excesivamente ocupados para que puedan prestar atención a cualquier voz o voluntad que no sea su propia voz y voluntad.

Y es pavoroso el negocio del señor de los hombres: transformar el mundo en un matadero en el que ellos son, a la vez, los matarifes y las reses que han de ser abatidas. Y así, embriagados de sangre, los hombres asesinan a los hombres en la ilusión de que el que mata hereda la parte de los que ha matado, en todos los confines de la Tierra y la magnificencia de los cielos.

¡Infelices ingenuos! ¿Desde cuándo el lobo se transforma en cordero por haber despedazado a otro lobo? ¿Desde cuándo una serpiente se transforma en paloma por haber aplastado y devorado a otras serpientes? ¿Desde cuándo un hombre, por haber matado a otro hombre, sólo hereda sus alegrías sin heredar también sus tristezas? ¿Desde cuándo un oído se hace más afinado para las armonías de la vida al obstruir otros oídos, o un ojo se hace más sensible a las emanaciones de la belleza al vaciar otros ojos?

¿Habrá un hombre o un grupo de hombres que pueda agotar las bendiciones de una sola hora, sea de pan y vino o de luz y paz? La tierra no da a luz más seres de los que puede alimentar. Los cielos no exigen ni hurtan la subsistencia de sus hijos.

Miente quien dice a los hombres: «Quien quiera llenar su arca, quite la vida ajena y herede a quien mata.»

¿Cómo podrá prosperar con las lágrimas, la sangre y la agonía de los hombres quien no pudo prosperar con el amor, la leche y la miel de la tierra y con el profundo afecto de los cielos?

Miente quien dice a los hombres: «Cada nación para sí».

¿Cómo podría el ciempiés avanzar una sola pulgada si cada una de sus patas se moviese en dirección diferente, u obstaculizara el progreso de las demás, o planeara su destrucción? ¿Acaso no es la humanidad un monstruoso ciempiés cuyas numerosas patas son las diversas naciones?

Miente quien dice a los hombres: «Dirigir es una honra. Ser dirigido, una vergüenza.»

¿No es el cochero guiado por el asno que lo transporta? ¿No está el carcelero preso por el prisionero? En verdad, el asno dirige a su cochero y el delincuente encarcela a su carcelero.

Miente quien dice a los hombres: «La carrera es del más rápido, la razón del más fuerte.»

La vida no es ninguna competición de músculos y fuerza. El lisiado y el mutilado, a menudo, alcanzan la victoria mucho más fácilmente que los demás. E incluso hasta un mosquito vence a un gladiador.

Miente quien dice a los hombres que el mal sólo puede ser corregido por el propio mal.

Un mal superpuesto a otro, jamás podrá transformarse en bien. Aislad el mal, y él se destruirá a sí mismo.

Pero los hombres son crédulos en lo que respecta a la filosofía de su señor. El dinero y los ávidos de él creen piadosamente y obedecen religiosamente sus más extravagantes caprichos; al tiempo que no confían ni prestan atención a la noche, que canta y anuncia la liberación, ni oyen o confían en el propio Dios. Y vosotros, Compañeros, seréis catalogados como locos o impostores.

No os ofendáis por la ingratitud y por la dolorosa burla de los hombres; trabajad con amor e inagotable paciencia para liberarles de sí mismos y del diluvio de sangre y fuego que, en breve, caerá sobre ellos.

Ya es tiempo de que los hombres cesen de matar a los hombres.

El Sol, la Luna y las estrellas están, desde la eternidad, esperando ser vistos, oídos y comprendidos; el alfabeto de la Tierra espera ser descifrado; las vías del espacio esperan ser surcadas; el enmarañado hilo del tiempo espera ser desenredado; la fragancia del Universo, ser inhalada; las catacumbas del dolor, ser demolidas; la guarida de la muerte, ser devastada; el pan de la Comprensión, ser probado; y el Hombre, el Dios en pañales, ser desvelado.

Ya es tiempo de que los hombres cesen con el pillaje de los hombres, y que unan filas para llevar a cabo una tarea común. Inmensa es la tarea, pero dulce la victoria. Todo lo demás, en comparación, es trivial y vacío.

Sí, ya es tiempo. Pocos, todavía, serán receptivos a esto. Los demás tendrán que aguardar una nueva llamada, una nueva alborada.

CAPITULO TREINTA Y CUATRO

El Óvulo Materno

MIRDAD: En el silencio de esta noche, a Mirdad le gustaría que meditaseis sobre el Óvulo Materno.

El espacio y todo lo que hay en él es un huevo, cuyo cascarón es el tiempo. Es el Óvulo Materno.

Este Óvulo es envuelto, tal como el aire envuelve a la Tierra, por el Dios envolvente, el Macro-Dios, la Vida incorpórea, infinita e inefable.

Encerrado en este Óvulo está Dios latente, el Micro-Dios, la Vida encarnada, también infinita e inefable. Aunque inmensurable en lo que se refiere a las medidas humanas, el Óvulo Materno tiene límites. Aunque él, propiamente, no sea infinito, está limitado por el infinito por todos sus lados.

Todas las cosas y todos los seres del universo tan sólo son óvulos de espacio-tiempo que encierran el mismo Micro-Dios, pero en diversos grados de desarrollo. El Micro-Dios que está en el hombre tiene una mayor expansión espacio-temporal que el Micro-Dios que está en el animal; y el que está en el animal tiene mayor expansión que el que está en la planta, y así sucesivamente conforme se desciende en la escala de la creación.

Los innumerables óvulos que representan todas las cosas y seres, visibles e invisibles, están de tal modo dispuestos dentro del Óvulo Materno, que el mayor en expansión contiene el inmediatamente menor, con espacios intermedios, hasta el óvulo menor de todos, que es el núcleo central encerrado en el espacio-tiempo infinitesimal.

Un óvulo dentro de un óvulo, dentro de otro óvulo, desafiando los números humanos, todos fecundados por Dios: esto es el universo, queridos Compañeros.

No obstante, percibo que mis palabras son muy escurridizas para vuestras mentes, mas gustosamente las haré peldaños seguros y firmes, como nunca palabra alguna lo haya sido en la escalera que conduce a la Comprensión perfecta. Apoyaos en algo más que en las palabras y en vuestras mentes, si deseáis llegar a las alturas, profundidades y amplitudes que Mirdad desea que alcancéis.

Las palabras son, como mucho, relámpagos que nos revelan el horizonte; ellas no son el camino hacia esos horizontes, ni mucho menos esos horizontes. Por eso, cuando os hablo del Óvulo y de los óvulos, del Macro-Dios y del Micro-Dios, no os apeguéis a la letra, sino seguid al relámpago. Así verificaréis que mis palabras son poderosas alas para vuestra vacilante comprensión.

Meditad sobre la naturaleza que os rodea. ¿No observáis que está construida sobre el principio del óvulo? En el óvulo encontraréis la llave de toda creación.

Vuestra cabeza, vuestro corazón y vuestros ojos son un óvulo. Y óvulos son todos los frutos y semillas. Es un óvulo toda gota de agua, y la semilla de toda criatura viva; y las innumerables esferas que trazan sus rutas místicas sobre la faz de los cielos, ¿no son todas ellas óvulos que contienen la quintaesencia de la Vida, el Micro-Dios en las varias etapas de desarrollo? ¿No está la vida, constantemente, terminando de incubar un óvulo para volver a entrar en otro?

Es realmente milagroso y continuo el proceso de la creación. La corriente de la vida que va de la superficie del Óvulo Materno a su centro, y del centro a la superficie, se desarrolla sin interrupción. A medida que se va expandiendo en el tiempo y en el espacio, el Micro-Dios situado en el núcleo central pasa de óvulo a óvulo, desde el más bajo al más alto orden de Vida, siendo el más bajo el de menor expansión y el más alto el de mayor expansión en el tiempo y en el espacio, variando el tiempo necesario para el paso de un óvulo a otro, desde un guiño de ojos en algunos casos, hasta un eón en otros. Y así prosigue el proceso hasta que el cascarón del Óvulo Materno sea roto y el Micro-

Dios emerja como Macro-Dios.

La vida, pues, es un desarrollo, un crecimiento y un progreso; pero no como los hombres acostumbran hablar sobre el crecimiento y el progreso, pues crecimiento para ellos es un aumento de volumen, y progreso un caminar hacia adelante. Mientras que, realmente, el crecimiento es una expansión esférica en el tiempo y en el espacio, y progreso es un movimiento que se extiende igualmente en todas direcciones: tanto hacia adelante como hacia atrás, y tanto hacia abajo y lateralmente, como hacia arriba. El crecimiento final es, por lo tanto, exceder en crecimiento al espacio; y el progreso final es sobrepujar al tiempo, sumergiéndose de este modo en el Macro-Dios y alcanzando la liberación de los límites del tiempo y el espacio, que es la única liberación que merece tal nombre. Y ése es el destino fijado para el hombre.

Meditad bien sobre estas palabras, ¡oh, monjes! Salvo que vuestra propia sangre las asimile con satisfacción, vuestros esfuerzos para liberaros y liberar a los demás estarán abocados a aumentar los eslabones de vuestras cadenas y de las de vuestro prójimo. Mirdad quiere haceros comprender que podéis ayudar a comprender a todos los que también anhelan. Mirdad quiere que os liberéis para que podáis guiar hacia la Libertad a la raza de aquéllos que anhelan el triunfo y la liberación. Por eso intentará aclararos, todavía mejor, este principio del óvulo, especialmente en aquello que se refiere al hombre.

Todos los órdenes de existencia inferiores al hombre están incluidos en un óvulo-grupo. Hay, pues, para las plantas, tantos óvulos como variedades de plantas existen, conteniendo las más evolucionadas a todas las menos evolucionadas. Lo mismo sucede con los insectos, peces, mamíferos; siempre los más evolucionados encierran todos los órdenes de vida menos evolucionados, hasta llegar al núcleo central.

Así como la yema y la clara, dentro de un huevo común, sirven para alimentar y desarrollar el embrión del polluelo en él encerrado, de la misma manera todos los óvulos encerrados en cualquier óvulo sirven para alimentar y desarrollar el Micro-Dios allí encerrado.

En cada óvulo sucesivo, el Micro-Dios encuentra un alimento espacio-temporal ligeramente diferente del que le fue suministrado en el óvulo precedente. De ahí la diferencia en expansión espacio-temporal. Difuso e informe en el gas, se concentra más y comienza a tomar forma en el líquido. En el mineral asume una forma definida y una fijeza, permaneciendo desprovisto de cualquier atributo de vida conforme se manifiestan en las formas superiores. En el vegetal toma forma con capacidad de crecer, multiplicarse y sentir. En el animal siente, se mueve, se propaga y posee memoria y rudimentos de la capacidad de pensar. Pero en el hombre, además de todo eso, adquiere la personalidad y la capacidad de contemplar, de expresarse y de crear. Es verdad que la creación del hombre en comparación con la de Dios, es semejante a un castillo de naipes construido por un niño, comparado con un magnífico templo o un elegante palacio construido por un arquitecto formidable. No obstante, es una creación.

Cada hombre llega a ser un óvulo individual, en el que los más evolucionados encierran a los menos evolucionados, y también a todos los óvulos animales, vegetales e inferiores hasta el núcleo central. Mientras que el más evolucionado —el vencedor— encierra a todos los óvulos humanos y subhumanos.

El tamaño del óvulo que encierra a cualquier hombre es medido por la amplitud de los horizontes espacio-temporales de este hombre. Mientras que la conciencia del tiempo, de un determinado hombre, no abarca más allá del corto período de tiempo que va desde su infancia hasta el momento presente, y sus horizontes de espacio no abarcan más allá de lo que sus ojos pueden alcanzar, los horizontes de otro, abarcan pasados inmemoriales y futuros muy distantes y espacios todavía no alcanzados por sus ojos.

El alimento ofrecido a todos los hombres para su desarrollo es el mismo; pero, sin embargo, es distinta su capacidad para alimentarse y digerir, pues no han salido del mismo óvulo en el mismo momento y en el mismo lugar. De ahí su diferencia en sus expansiones espacio-temporales; y en ello se encuentra el motivo de que no existan dos hombres exactamente iguales.

De la misma mesa, tan rica y pródigamente puesta ante los hombres, uno se sacia con la pureza y la belleza del oro hasta satisfacerse, mientras que otro come el propio oro y está siempre hambriento. El cazador, tan pronto como ve un corzo, es impelido a matarlo y comerlo. El poeta, al ver el mismo corzo, es transportado, como si tuviese alas, a los espacios y tiempos jamás soñados por el cazador. Micayón, viviendo en la misma Arca en que vive Shamadam, sueña con la libertad final y con la cima de la montaña de la liberación de las cadenas del tiempo y el espacio, mientras que Shamadam está constantemente atándose con los lazos, cada vez más apretados y fuertes, del espacio y el tiempo. En realidad, Micayón y Shamadam, aunque estén muy juntos, están muy lejos uno del otro. Micayón contiene a Shamadam, sin embargo Shamadam no contiene a Micayón. Por eso Micayón puede comprender a Shamadam, mientras que Shamadam no puede comprender a Micayón.

La vida de un vencedor está en contacto con la vida de todo hombre por todos lados, pues contiene las vidas de todos los hombres. Mientras que la vida de ningún hombre toca, por todos los lados, la vida de un vencedor. Al más sencillo de los hombres, el vencedor da la impresión de ser el más sencillo de los hombres. El altamente evolucionado, le reconoce como altamente evolucionado. Mas hay siempre aspectos del vencedor que solamente otro vencedor puede percibir y comprender. Por eso, él es un solitario y se siente como quien está en el mundo, pero no es de este mundo.

El Micro-Dios no quiere permanecer encerrado. Está siempre trabajando para su liberación de la prisión del tiempo y del espacio, usando una inteligencia muy superior a la humana. En los seres inferiores, los hombres la llaman instinto. En los hombres comunes, la llaman razón. En los hombres superiores, la llaman sentido profético. Y es todo ello y mucho más. Es aquel poder sin nombre al que algunos, muy adecuadamente, dieron el nombre de Espíritu Santo y que Mirdad denomina el Espíritu de la Sagrada Comprensión.

El primer Hijo del Hombre que horadó la cascara del tiempo y atravesó la frontera del espacio fue llamado, con mucha razón, el Hijo de Dios. Su comprensión de la divinidad es denominada, adecuadamente, Espíritu Santo. Podéis estar seguros de que también vosotros sois Hijos de Dios y de que también el Espíritu Santo está intentando penetrar en vosotros. Trabajad con El y jamás contra El.

Mientras no hayáis horadado la cascara del tiempo y atravesado la frontera del espacio, que nadie diga: «Yo soy Dios.» Antes diga: «Dios es Yo.» Conservad bien esto en vuestras mentes para que el orgullo y la vana imaginación no corrompan vuestros corazones y militen contra el trabajo del Espíritu Santo dentro de vosotros, pues la mayor parte de los hombres trabaja contra el Espíritu Santo, retrasando de este modo su liberación final.

Para conquistar el tiempo tendréis que combatir al tiempo con el tiempo. Para vencer al espacio tendréis que dejar que el espacio devore al espacio. Convertirse en amable anfitrión de cualquiera de ellos es permanecer prisionero de ambos y rehén de la infinidad de travesuras del bien y del mal.

Aquéllos que descubrieron su destino y anhelan realizarlo no pierden tiempo mimando al tiempo, ni pasos andando en el espacio. En la corta duración de una vida podrán recorrer eones y aniquilar inmensas vastedades. No esperan que la muerte les lleve a un óvulo próximo al suyo; confían en que la vida les auxiliará a horadar la cascara de

muchos óvulos de una sola vez.

Por eso necesitáis estar despegados de todo, para que el tiempo y el espacio no dominen vuestros corazones. Cuanto más poseyereis, más seréis poseídos. Cuanto menos poseyereis, menos seréis poseídos.

Sí, careced de todo, excepto de vuestra Fe, de vuestro Amor, y de vuestro anhelo de liberación por medio de la Sagrada Comprensión.

CAPITULO TREINTA Y CINCO

Fulgores en el camino que conduce a Dios

MIRDAD: En el silencio de esta noche, Mirdad iluminará con fulgores vuestro camino hacia Dios:

Evitad las discusiones. La verdad es un axioma que no necesita ser demostrado. Todo lo que necesita ser sustentado con argumentos y pruebas, más tarde o más temprano, será demolido con pruebas y argumentos.

Demostrar algo es negar su opuesto. Demostrar lo opuesto es negar lo que había sido afirmado. Dios no tiene opuestos. ¿Cómo podríais demostrar su existencia o negarla?

Para ser instrumento de la Verdad, la lengua no debe ser jamás mayal, garfio, veleta, acróbata o barrendero.

Hablad para aliviar al que está sin habla. Callad para aliviaros.

Las palabras son barcos que navegan por los mares del espacio y atracan en muchos puertos. Tened cuidado con qué los cargáis; pues habiendo seguido su curso, terminarán por descargar su carga en vuestro puerta.

Lo que la escoba es para la casa, la búsqueda de sí mismo lo es para el corazón. Barred bien vuestros corazones.

Un corazón bien barrido es una fortaleza inexpugnable.

Tal como vosotros os alimentéis de los hombres y de las cosas, así ellos y ellas se alimentarán de vosotros. Sed alimento saludable para el prójimo, si no queréis ser envenenados.

Si dudaseis sobre el próximo paso que debéis dar, permaneced quietos.

Vosotros sois desagradables a las cosas que os desagradan. Apreciadlas y dejadlas en paz, apartando así un obstáculo de vuestro camino.

La más insoportable molestia es considerar algo como molesto.

Escoged entre estas dos cosas: poseer todo o no poseer absolutamente nada. Ningún término medio es posible.

Toda piedra de tropiezo es un aviso. Leed cuidadosamente la advertencia y la piedra se transformará en un faro.

Lo recto es hermano de lo torcido. Lo primero es un atajo, lo segundo es un camino indirecto. Tened paciencia con lo tortuoso.

La paciencia es salud cuando se apoya en la Fe. Guando no está acompañada de la Fe, es parálisis.

Ser, sentir, pensar, imaginar, saber, es el orden de las principales etapas en el circuito de la vida humana.

Cuidaos de elogiar o de recibir elogios, aunque sean sinceros y merecidos. En cuanto a la lisonja, sed sordos y mudos a sus pérfidas promesas.

Tomáis prestado todo cuanto dais, cuando sois conscientes de estar dando.

En realidad, no podéis dar nada que sea vuestro. Sólo podéis dar a los hombres aquello de lo que sois depositarios para ellos. Aquello que en verdad es vuestro —que es exclusivamente vuestro— no lo podríais dar aunque quisieseis.

Conservaos equilibrados y seréis el patrón y la balanza para que los hombres se midan y se pesen a sí mismos.

No hay pobreza ni riqueza. Existe la habilidad de usar las cosas.

Realmente pobre es aquél que usa mal lo que tiene, rico quien usa bien lo que posee.

Incluso un mendrugo de pan enmohecido puede ser una riqueza incalculable. Como asimismo un granero rebosante de oro, puede ser una irremediable pobreza.

Cuando convergen muchos caminos no dudéis sobre el que habéis de tomar. Para el corazón que busca a Dios, todos los caminos conducen a El.

Aproximaos reverentemente a todas las formas de vida. En la más insignificante de ellas, está escondida la llave de la más significativa.

Todas las formas de vida son significativas. Sí, maravillosas, incomparables e inimitables. La vida no se ocupa de niñerías inútiles.

Para salir de los talleres de la naturaleza, la obra necesita ser merecedora del amoroso cuidado de la naturaleza y del más meticuloso arte. ¿No será, también, merecedora de vuestro respeto?

Si los mosquitos y las hormigas merecen respeto, ¿qué decir de nuestros semejantes?

No despreciéis a nadie. Es mejor ser despreciado por todos los hombres que despreciar a uno sólo de ellos.

Despreciar a un hombre es despreciar al Micro-Dios que hay en él. Y despreciar al Micro-Dios en cualquier hombre, es despreciarle en vosotros mismos. ¿Cómo podría alguien llegar a su puerto seguro, si menosprecia al único piloto que le podría conducir a ese puerto?

Mirad hacia arriba para poder ver lo que está debajo. Mirad hacia abajo, para que podáis ver lo que está arriba.

Descended todo cuanto hayáis subido; en caso contrario, perderéis el equilibrio.

Hoy sois alumnos; mañana seréis maestros. Para ser buenos maestros tenéis que ser buenos alumnos.

No debéis intentar eliminar el mal del mundo; pues incluso la hierba dañina sirve de buen abono.

El entusiasmo mal aplicado, a menudo mata al entusiasta.

No solamente los árboles altos y frondosos componen el bosque. Es necesario que también haya algunos arbustos y trepadoras.

La hipocresía puede ser conservada encubierta durante algún tiempo, pero no para siempre; ni tampoco puede ser destruida o exterminada.

Las pasiones oscuras se generan y prosperan en las tinieblas. Colocadlas a la luz, y su generación disminuirá.

Si de entre mil hipócritas consiguieseis llevar a uno sólo a la sencilla honestidad, en verdad os digo que grande habría sido vuestro éxito.

Poned un faro en lo alto y no vayáis llamando a los hombres para que lo vean. Aquéllos que necesiten luz no precisarán que les invitéis a ello.

La sabiduría es una carga para el semi-sabio, del mismo modo que la tontería lo es para el tonto. Ayudad al semi-sabio a cargar su carga y dejad de lado al tonto; el semi-sabio podrá enseñarle mejor que vosotros.

Muchas veces hallaréis que vuestro camino es intransitable, sombrío y solitario. Sed perseverantes y continuad afanosamente recorriéndolo; al girar en cada recodo encontraréis un nuevo compañero.

Ningún camino del espacio inviolado está aún inexplorado. Cuando las huellas son escasas y distantes unas de otras, el camino es seguro y recto, aunque rudo y solitario en algunos trechos.

Los guías pueden mostrar el camino a aquéllos a quienes debe ser mostrado, pero no les pueden obligar a recorrerlo. Acordaos de que sois guías.

Para guiar bien, se necesita estar bien guiado. Confíad en vuestro guía.

Muchos os dirán: «Mostradnos el camino.» Muy pocos, poquísimos, os dirán: «Por favor, guiadnos por el camino.»

En el camino de la Realización, esos pocos valen más que los otros muchos.

Arrastraos donde no podáis andar. Andad donde no podáis correr. Corred donde no podáis volar. Volad donde no podáis hacer parar todo el universo dentro de vosotros.

Levantad, no sólo una vez, ni dos, ni cien, al hombre que tropieza cuando intenta seguir

vuestra orientación. Continúad levantándole hasta que ya no tropiece más, recordando que también vosotros fuisteis criaturas.

Ungid vuestros corazones y vuestras mentes con el perdón, para que podáis tener sueños ungidos. La vida es una fiebre de intensidad variable y de diversas especies, según la obsesión de cada hombre; y los hombres están siempre delirando. Bienaventurados los que deliran con la Sagrada Libertad que es el fruto de la Sagrada Comprensión.

Las fiebres del hombre son transmutables. La fiebre por la guerra puede ser transmutada en fiebre por la paz; la fiebre por acumular riqueza, puede ser transmutada en fiebre por acumular amor. Esa es la alquimia del Espíritu, que sois llamados a practicar y enseñar.

Pedid vida para el que esté muriendo; y para el que esté viviendo pedid muerte. Mas para aquél que anhela la Realización, rogad que se libere de ambas.

Grande es la diferencia entre «poseer» y «ser poseído». Poseéis solamente aquello que amáis. Aquello que odiáis os posee. Evitad ser poseídos.

Más de una Tierra recorre su órbita por los vacíos del tiempo y del espacio. La vuestra es la más joven de la familia. ¡Y qué criatura tan robusta!

Un movimiento estacionario, ¡qué paradoja! Sin embargo, tal es el movimiento de los mundos en Dios.

Mirad los dedos de vuestras manos si queréis saber cómo las cosas diferentes pueden ser iguales.

El azar es el juguete de los sabios... los tontos son el juguete del azar.

Nunca os quejéis de nada. Quejarse de algo es transformarlo en castigo del que se queja. Soportarlo bien es castigarlo bien. Pero comprenderlo es convertirlo en un siervo fiel.

Muchas veces sucede que el cazador, al apuntar a una corza, dispara y yerra, matando a una liebre cuya presencia no había notado. El cazador hábil dirá en ese caso: «Era realmente a la liebre a lo que había apuntado, y no a la corza. Y obtuve mi pieza.»

Apuntad bien y cualquier resultado será un buen resultado.

Lo que llega a vosotros es vuestro. Lo que se demora en llegar no merece la pena de ser esperado. Dejad que lo que se demora, espere.

Jamás erraréis un objetivo si aquello a lo que apuntáis os apunta.

Un objetivo que se yerra es siempre un objetivo alcanzado. Haced que vuestros corazones estén a prueba de decepciones.

Las decepciones son aves de rapiña empolladas por corazones débiles, criadas con la carroña de sus abortadas esperanzas.

Una esperanza que se realiza se transforma en madre de muchas esperanzas abortadas. ¡Cuidado! No concertéis el matrimonio de vuestros corazones con la esperanza, si no queréis que ellos se transformen en cementerios.

Una de cada cien huevas desovadas por un pez puede dar fruto. Sin embargo, las otras noventa y nueve no se desperdician. La naturaleza se muestra así, tan pródiga y tan discriminadamente indiscriminada. Sed igualmente pródigos y discriminadamente indiscriminados al sembrar vuestros corazones y vuestras mentes en los corazones y mentes de los hombres.

No esperéis recompensa alguna por el trabajo hecho. El propio trabajo es recompensa suficiente para el trabajador que ama su trabajo.

Recordad la Palabra Creadora y el Equilibrio Perfecto. Cuando hayáis alcanzado ese Equilibrio por medio de la Sagrada Comprensión, sólo entonces os habréis vuelto vendedores y vuestras manos colaborarán con las manos de Dios.

Puedan la paz y el silencio de esta noche vibrar en vosotros hasta que los sumerjáis en la paz y el silencio de la Sagrada Comprensión.

Así enseñé a Noé.

Así os enseñé a vosotros.

CAPITULO TREINTA Y SEIS

El Día del Arca y sus rituales El mensaje del príncipe de Bethar sobre la Lámpara Viva

NARONDA: Desde que el Maestro había vuelto de Bethar, Shamadam estaba enfadado y retraído. No obstante, cuando se aproximaba el Día del Arca, se volvió animado y vivaz, tomando personalmente la dirección de los intrincados preparativos, hasta en los más mínimos detalles.

Al igual que el Día de la Vid, la celebración del Día del Arca se había prolongado, desde un único día, hasta una semana entera de alegres festividades y animado comercio con toda clase de mercancías y bienes muebles.

De los numerosos rituales característicos de ese Día, los más importantes son: la matanza de un buey para ser ofrecido en sacrificio, el encendido del fuego del sacrificio y, con ese fuego, el encendido de la nueva lámpara que debe sustituir a la antigua en el altar. Todo esto es ejecutado por el Abad con gran ceremonial, al que asiste el público; terminando con el encendido de una vela, por cada asistente, en la nueva lámpara, la cual es apagada después y celosamente conservada como talismán contra los malos espíritus. Al término del ceremonial, es costumbre del Abad hacer una oración.

Los peregrinos del Día del Arca, al igual que los del Día de la Vid, raramente dejan de traer algunos presentes y donativos de cualquier tipo. La mayoría trae bueyes, machos cabríos o carneros, aparentemente para ser sacrificados junto al buey ofrecido por el Arca, pero en realidad se destinan a enriquecer el rebaño del Arca, y no a ser sacrificados.

La nueva lámpara es, en general, obsequiada por algún príncipe o magnate de las Montañas Blancas. Y como se considera una gran honra y un privilegio hacer este presente, y los pretendientes son numerosos, se estableció la costumbre de escogerlo todos los años por sorteo realizado en la clausura de las festividades del año anterior. Los príncipes y magnates rivalizan en celo y devoción, tratando cada uno de que su lámpara supere a todas las anteriores en costo, belleza, diseño y riqueza de artesanado.

La suerte, para este año, había recaído en el príncipe de Bethar. Todos aguardaban impacientes por ver la nueva lámpara, pues el príncipe era famoso por su generosa riqueza, así como por su fervor hacia el Arca.

La víspera de ese día, Shamadam nos llamó, a nosotros y al Maestro, a su celda, y nos dijo lo que sigue, dirigiéndose más al Maestro que a nosotros:

SHAMADAM: Mañana será un día sagrado, y debemos comportarnos de modo que lo conservemos sagrado.

Sean cuales sean las disensiones que haya habido en el pasado, vamos a enterrarlas aquí y ahora. El Arca no debe sufrir una demora en su progreso o una disminución de su ardor. Y Dios nos preserve de que sea detenida.

Yo soy el Abad de esta Arca. Mi pesado deber es gobernarla. Fui investido del derecho de trazar su ruta. Este deber y este derecho me fueron conferidos por sucesión, como ciertamente lo será a uno de vosotros cuando yo muera. Así como esperé mi turno, esperad vosotros el vuestro.

Si hice daño a Mirdad, que él perdone mis injusticias. MIRDAD: No hiciste daño a Mirdad, sino que lo hiciste —y gravemente— a Shamadam.

SHAMADAM: ¿Y no es libre Shamadam de hacer daño a Shamadam?

MIRDAD: ¿Libre para actuar mal? ¡Cuan incoherentes son esas palabras! Actuar mal, aunque sea contra sí mismo, es hacerse esclavo del mal que se practica. Mientras que hacer daño a otros, es hacerse esclavo del esclavo. ¡Qué grande es el peso del mal!

SHAMADAM: Y si estoy dispuesto a soportar el peso de mi error, ¿a ti qué te importa?

MIRDAD: ¿Diría un diente cariado a la boca: «Qué te importa mi dolor, si estoy dispuesto a soportarlo»?

SHAMADAM: ¡Déjame! ¡Déjame en paz! Retira de mí tu pesada mano y no me flageles con tu lengua experta. Déjame vivir el resto de mis días como he vivido y trabajado hasta hoy. Ve y construye tu arca en cualquier otra parte, pero deja esta Arca tranquila. El mundo es bastante grande para ti y para mí, para tu arca y la mía. Mañana es mi día. Quédate al margen y déjame ejecutar mi trabajo, pues no voy a tolerar la interferencia de ninguno de vosotros.

¡Tened cuidado! La venganza de Shamadam es tan terrible como la de Dios. ¡Tened cuidado! ¡Tened cuidado!

NARONDA: Cuando salimos de la celda del Abad, el Maestro sacudió suavemente la cabeza y dijo:

MIRDAD: El corazón de Shamadam todavía es el corazón de Shamadam.

NARONDA: A la mañana siguiente, para goce de Shamadam, las ceremonias se ejecutaron puntualmente y sin ningún incidente desagradable hasta el momento en que la nueva lámpara debía ser ofrecida y encendida.

En ese momento, un hombre muy alto e imponente, vestido de blanco, comenzó a abrirse camino, con dificultad, entre la multitud, dirigiéndose al altar. En un instante, un susurro pasó de boca en boca: el hombre era un emisario especial del príncipe de Bethar, que traía la nueva lámpara y todos estaban impacientes por ver el precioso tesoro.

Shamadam se inclinó profundamente ante el mensajero creyendo, como los demás, que traía el precioso presente para el nuevo año. Pero el hombre, después de decir algo en voz baja a Shamadam, sacó del bolso un pergamino y, después de explicar que era un mensaje del príncipe de Be-thar, que le había encargado comunicar personalmente, comenzó a leer:

«Del antiguo príncipe de Bethar a todos sus conciudadanos de las Montañas Blancas reunidos, en este día, en el Arca: paz y amor fraternal.

De mi fervorosa devoción por el Arca, todos vosotros sois testigos vivos. Como me tocó la honra de presentar la lámpara este año, no ahorré esfuerzos ni riquezas para que mi presente fuese digno del Arca. Y mis esfuerzos fueron recompensados, pues la lámpara que mi riqueza y la habilidad de mis artesanos finalmente crearon era verdaderamente una maravilla digna de verse.

No obstante, Dios fue clemente y bondadoso y no quiso que yo expusiese mi miserable pobreza, y por ello me condujo a conocer una lámpara cuya luz es deslumbrante e inextinguible, cuya belleza es insuperable e inmaculada. Al contemplar esa lámpara, quedé terriblemente avergonzado por haber pensado algún día que mi lámpara tenía algún valor. La arrojé, pues, al basurero.

Y es esta Lámpara Viva, no forjada por manos de hombre, la que yo, con todo empeño, os confío. Alegrad vuestros ojos contemplándola, y encended en ella vuestras velas. Ved, está a vuestro alcance: su nombre es MIR-DAD.

Que seáis dignos de su luz.»

Apenas el mensajero había pronunciado las últimas palabras cuando Shamadam, que estaba de pie a su lado, súbitamente desapareció como si fuese un fantasma. El nombre del Maestro corrió, por entre la inmensa multitud, como una ráfaga de poderoso viento a través de una selva virgen. Todos querían ver la Lámpara Viva de la que el príncipe de Bethar hablara con tanto entusiasmo en su mensaje.

Al poco tiempo, se vio al Maestro subir a las gradas del altar y volver su rostro hacia la multitud. Y, súbitamente, aquella masa humana se comportó como un solo hombre, atenta, ansiosa y alerta. Entonces el Maestro habló y dijo...

CAPITULO TREINTA Y SIETE

El Maestro advierte a la multitud del diluvio de fuego y sangre, les muestra el camino de salvación, y bota su Arca

MIRDAD: ¿Qué buscáis en Mirdad? ¿Una lámpara de oro, incrustada de piedras preciosas, para decorar el altar? Pero Mirdad no es un orfebre ni un joyero, sino un faro y un puerto.

¿O buscáis un talismán que os proteja del mal de ojo? Talismanes, Mirdad los tiene cuantiosos, pero de otra especie.

¿O buscáis una luz con la que podáis caminar con seguridad, cada uno por el camino que le fue asignado? En realidad, ¡eso es muy extraño! Tenéis el Sol, la Luna, las estrellas y, ¿todavía teméis tropezar y caer? O vuestros ojos son inadecuados para servir de guías, o la luz es escasa para vuestros ojos. ¿Y quién de vosotros podría pasar sin sus ojos? ¿Quién acusaría al Sol de ser avaro?

¿De qué valen los ojos que impiden que los pies tropiecen en su camino, y dejan que el corazón tropiece y sangre cuando anda buscando a tientas, inútilmente a tientas, un camino?

¿De qué vale la luz que llena los ojos, pero deja el espíritu vacío y sin iluminación?

¿Qué buscáis en Mirdad? Si es ver corazones y espíritus bañados en la luz lo que deseáis y por lo que clamáis, entonces realmente vuestro clamor no es en vano, pues yo sólo cuido del espíritu y del corazón del hombre.

¿Qué habéis traído como ofrendas en este Día, que es un día de gloriosa Realización? ¿Trajisteis machos cabríos, carneros y bueyes? ¿Qué ínfimo precio pretendéis pagar por vuestra liberación! O mejor, qué escaso es el valor de la liberación que pretendéis comprar.

No sería gloria alguna para un hombre vencer a una cabra. Y, realmente, es una gran desgracia para cualquier hombre ofrecer la vida de una cabra como remisión de la suya.

¿Qué es lo que habéis hecho para participar del espíritu de este Día, que es un día de Fe revelada y Amor supremamente justificado?

A decir verdad, habéis practicado múltiples ritos y murmurado muchas oraciones. Pero la duda os ha acompañado en cada movimiento y el odio ha dicho «Amén» a cada oración.

¿No estáis aquí para celebrar la conquista del Diluvio? ¿Cómo podéis celebrar una victoria que os dejó vencidos? Al dominar las profundidades de su propio corazón, Noé no dominó las profundidades de los vuestros, sino que simplemente os mostró el camino. Y en verdad que las profundidades de vuestros corazones están llenas de rabia y amenazan con haceros naufragar. Mientras no superéis vuestro diluvio no merecéis este Día.

Cada uno de vosotros es un diluvio, un arca y un capitán. Y mientras no llegue el día en que podáis desembarcar en una tierra virgen y recién lavada, no tengáis prisa por celebrar la victoria.

Quisierais saber cómo se transformó el hombre en diluvio para sí mismo.

Cuando la Sagrada Voluntad Universal disoció en dos a Adán para que éste se conociese a sí mismo y comprendiese su unidad con el Único, entonces él se convirtió en varón y hembra, en un Adán masculino y un Adán femenino. Fue inundado de deseos que son los hijos de la dualidad; deseos tan numerosos, tan infinitos en aspectos, tan inmensos en magnitud, tan licenciosos y tan prolíficos que, hasta hoy, el hombre es un náufrago bajo sus olas. Apenas una ola le ha levantado a vertiginosas alturas, cuando

ya otra le arrastra hacia el fondo. Eso sucede porque sus deseos van por parejas, como él mismo también es dual. Y aunque dos opuestos se completen realmente el uno al otro, para el ignorante éstos parecen estar en discordia y no querer darse jamás un momento de tregua.

Este es el diluvio al que debe enfrentarse el hombre, hora tras hora, día tras día, durante su larga y ardua vida dual.

Este es el diluvio cuyas poderosas fuentes brotan del corazón y os arrastran con su corriente.

Este es el diluvio cuyo arco iris no brillará en vuestro cielo mientras vuestro cielo no se haya casado con vuestra tierra y ambos sean uno.

Desde que Adán se sembró a sí mismo en Eva, los hombres han cosechado furias y diluvios. Cuando predominan ciertas pasiones, la vida del hombre pierde el equilibrio y los hombres son engullidos por uno u otro diluvio, para que el equilibrio se restablezca. Y el equilibrio no se restablecerá definitivamente hasta que el hombre no aprenda a amasar todos sus deseos en la artesa del Amor, para cocer con ellos el pan de la Sagrada Comprensión.

El diluvio que cubrió la Tierra en los días de Noé no fue el primero ni el último que la humanidad conoció. Solamente fue el que alcanzó la cota más alta, en la serie de diluvios devastadores. El diluvio de fuego y sangre, que en breve inundará la Tierra, sobrepasará con seguridad esa cota. ¿Estáis preparados para flotar, o seréis sumergidos? ¡Ay de vosotros! Estáis muy ocupados amontonando carga sobre carga; muy ocupados envenenando vuestra sangre con placeres rebosantes de dolor; muy ocupados trazando caminos que no os conducen a ninguna parte; demasiado ocupados recogiendo semillas en el patio de los almacenes de la vida, sin que ni tan siquiera os preocupéis en mirar por el ojo de la cerradura. ¿Cómo evitaréis ser sumergidos, queridos huérfanos?

Vosotros, nacidos para elevaros hacia las alturas, para vagar por el espacio infinito, para cruzar el universo con vuestras alas, os enjaulasteis en la jaula de las cómodas convenciones y creencias que os cortan las alas, perjudican vuestra vista y petrifican vuestros músculos. ¿Cómo escaparéis al diluvio venidero, queridos huérfanos?

Vosotros, imagen y semejanza de Dios, ya casi extinguisteis la semejanza y la imagen; vuestro porte divino ha disminuido hasta el punto de que ya no le reconocéis. Vuestra fisonomía divina la habéis enlodado y disfrazado con multitud de máscaras de payaso. ¿Cómo podréis enfrentaros al diluvio que provocasteis, queridos huérfanos?

A no ser que prestéis atención a Mirdad, la Tierra jamás será para vosotros algo más que un sepulcro, y el cielo, algo más que una mortaja. Cuando, en realidad, fueron preparados, una, para serviros de cuna, y otro, para serviros de trono.

Una vez más os digo, vosotros sois el diluvio, el arca y el capitán. Vuestras pasiones son el diluvio. Vuestro cuerpo es el arca. Vuestra fe es el capitán. Vuestra voluntad lo penetra todo. Y por encima de todo, está vuestra comprensión.

Aseguraos de que el arca es estanca y de que puede navegar; pero no gastéis toda la vida en ese menester, pues si no la hora en que debierais navegar no llegará jamás y, al final, tanto vosotros como vuestra arca, os pudriréis y naufragaréis en el propio astillero. Aseguraos de que el capitán es competente y sereno. Pero, sobre todo, aprended a descubrir cuáles son las fuentes de los diluvios y entrenad vuestra voluntad para secarlas una a una. Entonces, ciertamente, el diluvio enflaquecerá y finalmente se extinguirá.

Quemad la pasión, o ella os quemará. No miréis dentro de la boca de la pasión para comprobar si tiene dientes afilados o mandíbulas cubiertas de miel. La abeja que liba el néctar de las flores, recoge también su veneno.

No analicéis el rostro de la pasión para comprobar si es agradable o desagradable. Para Eva, el rostro de la serpiente fue más agradable que el de Dios.

Tampoco coloquéis a la pasión en la balanza para medir su peso. ¿Quién compararía el peso de una diadema con el de una montaña? Sin embargo, en verdad, la diadema pesa mucho más que la montaña.

Existen pasiones que cantan canciones celestiales durante el día y, sin embargo, silban, muerden y agujonean bajo el velo de la noche; hay pasiones hinchidas y desbordantes de alegría que rápidamente se transforman en esqueletos de tristeza; pasiones de mirada dulce y porte sumiso que, súbitamente, se vuelven más voraces que los lobos, más traicioneras que las hienas; pasiones más perfumadas que las rosas, mientras no se las toca, pero que se vuelven más repugnantes que los buitres y los hurones tan pronto como se las toca o se las coge.

No clasificuéis vuestras pasiones en buenas y malas, pues es trabajo perdido. Las buenas no pueden subsistir sin las malas, y las malas sólo pueden tener raíces en las buenas.

El Árbol del Bien y del Mal es uno sólo y uno sólo es su fruto. No podéis conocer el sabor del bien sin conocer al mismo tiempo el sabor del mal.

La ubre de la que mamáis la leche de la vida es la misma que produce la leche de la muerte. La mano que os acuna es la misma que cava vuestra sepultura.

Esta es, queridos huérfanos, la naturaleza de la dualidad. No seáis tan presuntuosos y obstinados, hasta el punto de intentar cambiarla. No seáis tan estúpidos de intentar rasgarla en dos mitades para quedaros con aquella que más os agrada y tirar la otra.

¿Queréis dominar la dualidad? Tratadla como si no fuese ni buena ni mala.

La leche de la vida y de la muerte, ¿no se vuelve agria ya en vuestra boca? ¿No es tiempo ya de que os enjuaguéis la boca con algo que no sea ni bueno ni malo porque supera ambas cosas? ¿No es tiempo ya de que deseéis el fruto que no es ni dulce ni amargo, pues no crece en el Árbol del Bien y del Mal?

¿Queréis liberaros de las muletas de la dualidad? Pues entonces, arrancad su árbol el Árbol del Bien y del Mal— de vuestros corazones. Sí, ¡arrancadlo, con sus raíces, de cuajo!, para que la semilla de la Vida Divina, la semilla de la Sagrada Comprensión que está por encima de todo bien y de todo mal, pueda germinar y brotar en su lugar.

Es triste el mensaje de Mirdad, diréis. Nos roba la alegría de esperar el mañana. Nos hace espectadores de la vida, mudos y desinteresados, cuando podríamos ser competidores vociferantes, pues cuan dulce es competir, sea cual fuese el resultado de la contienda. Y cuan dulce es aventurarse en una competición, aunque el premio sea una bagatela.

Así decís vosotros en vuestros corazones, olvidándoos de que vuestros corazones no os pertenecen en absoluto, desde el momento en que sus riendas están en las manos de las buenas y malas pasiones.

Para ser dueños de vuestros corazones, amasad todas vuestras pasiones —buenas y malas— en la artesa única del Amor, para que podáis cocerlas en el horno de la Sagrada Comprensión en el que toda dualidad es unificada en Dios.

Cesad, desde ahora, de perturbar un mundo en el que ya existen excesivas perturbaciones.

¿Cómo pretendéis sacar agua limpia de un pozo en el que incensantemente arrojáis toda clase de desechos y lodo? ¿Cómo pueden las aguas de una laguna ser claras y serenas si en todo momento las estáis agitando?

No queráis obtener sosiego en un mundo desasosegado, si no queréis obtener desasosiego.

No queráis obtener amor en un mundo de odio, si no queréis obtener odio.

No queráis obtener la vida en un mundo agonizante, si no queréis obtener muerte. El mundo no os puede pagar con otra moneda que no sea su moneda, la cual siempre tiene

dos caras.

Eso solamente lo podéis obtener de vuestro infinito Yo Divino, que es tan rico en pacífica Comprensión.

No exijáis al mundo lo que no podáis exigir a vosotros. Ni exijáis a hombre alguno aquello que no permitiríais que él os exigiera.

¿Y qué es aquello que, si os fuese concedido por el mundo, os ayudaría a superar vuestro diluvio y a desembarcar en un mundo exento de dolor y muerte, unido al cielo en eterno amor y paz de Comprensión? ¿Será el poder, la riqueza, la fama? ¿Será la autoridad, el prestigio y el respeto? ¿Será la ambición realizada y la esperanza satisfecha? Todas estas cosas son fuentes que alimentan vuestro diluvio. ¡Fuera con todo eso, fuera con ello, queridos huérfanos!

Permaneced callados para ser transparentes.

Sed transparentes para que podáis ver con claridad el mundo. Cuando veáis con claridad el mundo, sabréis cuan pobre e incapaz es para proporcionaros la libertad, la paz y la vida que buscáis.

Todo lo que el mundo puede daros es un cuerpo, un arca en la que navegar por el mar de la vida dual. Y eso no se lo debéis a hombre alguno de este mundo. Es deber del universo proporcionáros la y sustentarla. Mantenedla preparada y estanca para afrontar el diluvio; tan preparada y estanca como el Arca de Noé, para contener en ella las fieras y mantenerlas bien controladas, tal como Noé encerró a sus fieras y las mantuvo bajo perfecto control, ése es vuestro deber y solamente vuestro.

Tened una fe despierta y de ojos relucientes para ponerla al frente del timón, una fe inalterable en la Voluntad Universal, que es vuestro guía hacia los bienaventurados puertos del Edén, ése es vuestro trabajo, y solamente vuestro.

Tened una voluntad intrépida para asumir el mando, una voluntad que se supere y participe del Árbol de la Vida de la Sagrada Comprensión, ése es también vuestro trabajo, y solamente vuestro.

El destino del hombre es Dios. Ningún destino que no sea ése merece su esfuerzo. ¿Qué importa si la ruta es larga, llena de borrascas y tempestades? ¿No vencerá la Fe, que proviene de un corazón puro y unos ojos penetrantes, a las borrascas y las tempestades? Apresuraos. El tiempo desperdiciado indolentemente está lleno de dolores. Y los hombres, incluso los más ocupados, son en verdad indolentes.

Todos vosotros sois armadores. Y todos sois marineros. Esa es la tarea que os fue asignada desde la eternidad, para que podáis navegar por el océano sin límites que sois vosotros mismos y para que al final encontréis la armonía indescriptible del Ser cuyo nombre es Dios.

Todas las cosas necesitan tener un centro desde el que irradian y alrededor del cual giren.

Si la vida —la vida del hombre— es un círculo y el encontrar a Dios es, por tanto, el centro, entonces todo vuestro trabajo deberá ser concéntrico en relación a ese centro, si no sería un puro devaneo, aunque esté empapado en sudor de sangre.

Y como la tarea de Mirdad es llevar al hombre a su destino, ¡ved!, he preparado para vosotros un arca magnífica, un arca bien construida y bien gobernada. No es un arca de madera curvada y embreada; ni un arca para transportar cuervos, hienas y lagartos. Es el arca de la Sagrada Comprensión, que realmente es un faro para todos los que anhelan la liberación. Su lastre no serán barriles de vino y prensas de lagar, sino corazones repletos de Amor por todo y por todos. Ni su cargamento serán tierras y bienes, o plata, oro y alhajas, sino almas separadas de sus sombras y vestidas con la luz y con la libertad de la Comprensión.

Que suban a bordo los que quieran romper las amarras que les atan a la Tierra, los que

deseen ser unificados y los que anhelan liberarse.

El Arca está dispuesta. El viento es favorable. El mar está sereno. Así enseñé a Noé. Así os enseñó a vosotros.

NARONDA: Cuando el Maestro terminó de hablar, un susurro recorrió la asamblea que hasta entonces había permanecido inmóvil, como si hubiese suspendido hasta la respiración ante las palabras del Maestro.

Antes de descender las gradas del altar, el Maestro llamó a los Siete, pidió el arpa y, acompañado por ellos, comenzó a cantar el himno de la Nueva Arca. La multitud enseguida aprendió la melodía y, como una poderosa ola, enviaba a los cielos el dulce estribillo:

Dios es tu capitán, ¡navega Arca mía!

**AQUÍ TERMINA LA PARTE DEL
LIBRO QUE ME ES PERMITIDA
PUBLICAR PARA EL MUNDO.
EN CUANTO AL RESTO, SU HORA
TODAVÍA NO HA
LLEGADO.
M. N.**